

Misión Mundial

Perspectivas Bíblicas
e Históricas



Tomos 1

JONATÁN LEWIS 3^o EDICIÓN

MISIÓN MUNDIAL: PERSPECTIVAS BÍBLICAS E HISTÓRICAS

Jonatan P. Lewis, Editor

Publicado por

Red Internacional de Capacitación Misionera
IMTN
Alianza Evangélica Mundial



Se invita sugerencias y correcciones al texto por los usuarios. Favor enviar sus comentarios y anotaciones a: info@theIMTN.org.

Derechos reservados: Esta publicación tiene todos los derechos reservados y se sujeta a las leyes internacionales. Se puede bajar el archivo para el uso personal. Se permite imprimir una copia para uso personal. Para utilizar copias del material con un grupo de estudiantes, solicite permiso por escrito. Favor especificar el numero de copias que se harán y las condiciones bajo las cuales se utilizarán. Bajo ninguna circunstancia pueden utilizarse estos archivos para reproducciones comerciales de este material sin permiso por escrito de la Alianza Evangélica Mundial, sus agentes autorizados, y los que conservan sus derechos. Todos los pedidos al respecto pueden dirigirse a: info@theIMTN.org.

Índice

CAPÍTULO 1:	Génesis de la misión de Dios	1
CAPÍTULO 2:	Para la gloria de su nombre	25
CAPÍTULO 3:	Venga tu reino	57
CAPÍTULO 4:	La iglesia en misión	83
CAPÍTULO 5:	El movimiento cristiano mundial	115
CAPÍTULO 6:	Iberoamérica en la historia misionera	143
CAPITULO 7:	La tarea restante	171

Prefacio a la tercera edición

El curso de misionología contenido en este tomo de *Misión Mundial: perspectivas bíblicas e históricas*, es una actualización del los primeros siete capítulos de los tres tomos de *Misión Mundial: un análisis del movimiento cristiano mundial* (Lewis, J. 1992, UNILIT, Miami). El material originalmente se publicó en Ingles bajo el titulo “Perspectives on the World Christian Movement” (Winter R. y Hawthorne, S., 1980, William Carey Library, Pasadera, CA). Entre 1982-1985, este material fue traducido y adaptado al contexto Latinoamericano, eventualmente siendo publicado como *Misión Mundial* en su primer edición en 1986, por Misiones Mundiales (precursor a COMIBAM, Argentina). Los tomos fueron distribuido por COMIBAM durante el proceso del Congreso Misionero Iberoamericano realizado en San Pablo, Brasil en noviembre de 1987. Durante los siguientes años, la obra fue distribuida a todos los países hispanos y actualmente está siendo utilizada para movilizar a la iglesia, y en la capacitación de misioneros.

La tercera edición de *Misión Mundial* pretende una actualización del contenido. Creemos que esta tercera edición seguirá supliendo un excelente material didáctico para la iglesia hispanoamericana, inspirando una renovada visión por las misiones mundiales, una orientación al ministerio, y el envío de muchos misioneros, a todas las naciones.

Jonatán Lewis Editor
Noviembre de 2006

Instrucciones

Misión Mundial: perspectivas bíblicas e históricas es una obra que puede ser utilizada por grupos de estudio en ambientes formales o informales, indistintamente. La obra examina las raíces de la misión, su origen y su desarrollo a través de los tiempos como también el estado actual de la evangelización mundial. Se anticipa la edición de un segundo tomo, *Misión Mundial: las dimensiones estratégicas y transculturales*, que ayudará a definir la tarea misionera en sí, sugerir metodologías a seguir, y presentar el desafío cultural del llevar el evangelio a otras culturas.

Este tomo contiene siete capítulos, que a su vez se dividen en tres lecciones que desarrollan temas relacionados entre sí. Muchas de estas unidades contienen artículos o extractos escritos por destacados misionólogos y eruditos de la Biblia. Las introducciones y resúmenes de cada capítulo proporcionan cohesión al material.

Cada capítulo termina con dos cuestionarios. El primero, *Tarea integral*, contiene preguntas o trabajos que ayudan al estudiante a fijar los temas importantes. Estas preguntas lo desafían a su vez, a la investigación y al desarrollo de su habilidad para comunicar lo que está aprendiendo. Los grupos de estudio deberán usar estas tareas como un material de aprendizaje en conjunto. El segundo cuestionario, *Preguntas para reflexionar*, hace énfasis en cuestiones personales y espirituales provocadas por los temas estudiados. Recomendamos que cada estudiante escriba sus pensamientos en un diario. Estos pueden ser compartidos con los demás integrantes del grupo durante un determinado momento de reflexión.

Reconocimientos

La mayoría de los artículos y extractos de esta obra fueron traducidos de *Perspectives on the World Christian Movement, Third Edition*, (1999, Steven Hawthorne y Ralph D. Winter, William Carey Library, Pasadena, EE.UU.). Estamos profundamente agradecidos a los editores de esa antología misionológica. También reconocemos el genio inspirador del Dr. Ralph D. Winter en la organización y redacción del curso original, *Perspectives on the World Christian Movement*, y destacamos su labor infatigable a favor de los grupos culturales donde aún el evangelio no ha llegado.

Los artículos de este manual han sido traducidos y usados con autorización.

CAPÍTULO 1

Génesis de la misión de Dios

«De tal manera amó Dios al mundo... » (Juan 3.16)

Introducción

El mensaje de Juan 3.16 es tan sencillo que hasta un niño lo puede entender, pero tan profundo que aun los teólogos más sabios continuarán explorando sus implicaciones hasta el fin del mundo.

Muchos hemos experimentado personalmente la salvación que Dios nos ofrece por medio de su hijo Jesucristo. Pero, ¿hemos empezado a comprender el amor del Padre hacia toda la humanidad? ¿Hemos entendido que el Padre verdaderamente ama a todo el mundo? En el cumplimiento de sus propósitos, Él creó al hombre, lo colocó en un paraíso y se regocijó con él en un compañerismo perfecto. Sin embargo, el hombre eligió frustrar esa camaradería cuando se rebeló contra Dios. El pudo haberlo destruido pero, conforme a su propósito divino, inició un plan para salvar a todos los descendientes de Adán y Eva que aceptaran su redención. Denominamos a ese plan de Dios *Misión Mundial*.

En este capítulo consideraremos el principio de la misión mundial de Dios. En esta primera unidad, *La misión de Dios: cimiento de la Biblia*, comenzaremos reconociendo nuestra fuente principal de información acerca de esta misión. En la segunda unidad, *¿Están perdidos?*, procuraremos dirigirnos a un tema que afecta profundamente la motivación para realizar misiones. Finalmente, en la tercera unidad, *¿Qué quiere Dios?*, nos fijaremos en el inicio del plan redentor de Dios.

A. La misión de Dios: cimiento de la Biblia

La mayoría de los cristianos cree que se puede encontrar bases bíblicas para la obra misionera. Pero la verdad es que la misión redentora de Dios es la razón por la cual existe la Biblia. Si Dios no hubiera propuesto redimir a la humanidad, la revelación divina hubiera sido muy distinta. Porque, aparte de esta misión, no hubiera existido la historia del pueblo de Dios que se encuentra en el Antiguo y el Nuevo Testamento, ni tampoco la vida y obra de Cristo. La única revelación hubiera sido la de la creación, la rebelión y pecado del hombre, y de su muerte y juicio.

Gracias a Dios, ¡Él propuso redimir a la humanidad! La Biblia es la historia de su misión mundial y de los medios que Él ha provisto para la salvación humana. La redención de toda la humanidad es el propósito de Dios. Y su pueblo está muy involucrado en su plan liberador. La evangelización no es solamente una actividad buena, sino que es asociarse con Dios en sus propósitos divinos. Es aunarse a la visión de la profecía de Apocalipsis 11.15: «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y El reinará por los siglos de los siglos».

El manual para la misión

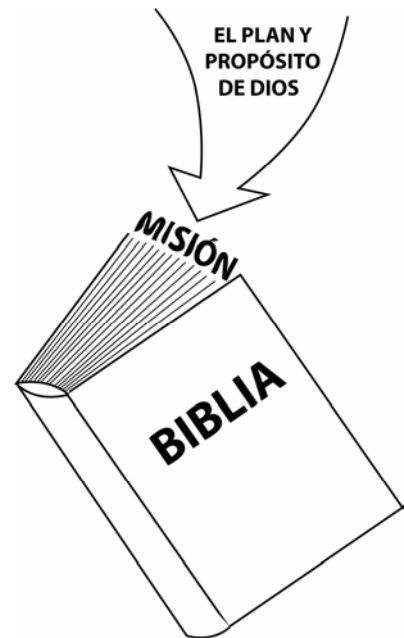
La misión de Dios es el cimiento de la Biblia y por lo tanto, lo que nos revela desde sus primeros capítulos hasta los últimos, nos provee una amplia base para conocer esta misión e involucrarnos en ella. En el siguiente artículo el profesor John R. Stott nos ayuda a entender el papel de la Biblia en el cumplimiento de la misión mundial de Dios.

La Biblia en la evangelización mundial

John R. Stott¹

Sin la Biblia la evangelización del mundo sería no sólo imposible, sino realmente inconcebible. La Biblia es la que pone sobre nosotros la responsabilidad de evangelizar el mundo, nos da un mensaje para proclamar, nos dice cómo proclamarlo y nos asegura el poder de Dios para la salvación de todo hombre perdido.

Además, es un hecho histórico notorio, tanto pasado como presente, que el grado de compromiso de la iglesia con la obra de la evangelización mundial está estrechamente ligado con su grado de convicción en cuanto a la autoridad de la Biblia. Cuando los cristianos dejan de tener confianza en la Biblia también pierden su celo por la evangelización. Igualmente, cuando existe en ellos una convicción en cuanto a la autoridad de la Biblia, crece su deseo y responsabilidad por la difusión de su mensaje.



El mandato para la evangelización mundial

Primeramente, la Biblia nos da el mandato de evangelizar lo cual es una necesidad para todo cristiano. Existen dos fenómenos que avanzan continuamente en todas partes: el fanatismo y el pluralismo religioso. El fanatismo despliega una clase de celo irracional que, si pudiera hacerlo, utilizaría la fuerza para obligar a creer y erradicar la incredulidad (de hecho algunos lo hacen, por ejemplo el Islam). Por otro lado, el pluralismo («todas las religiones nos llevan a Dios») alienta una tendencia totalmente contraria.

Siempre que se presenta el espíritu de fanatismo o su contraparte, el de indiferencia, la evangelización mundial se resiente amargamente. Por un lado, para los fanáticos religiosos el evangelio representa un rival al cual rehúsan tolerar y por otro lado, los pluralistas rechazan las afirmaciones exclusivas del evangelio. Al evangelista cristiano se lo ve como a alguien que anda inmiscuyéndose en los asuntos personales de los demás.

¹ Stott, John R: adaptado de una plenaria presentada en la *Consulta sobre la evangelización mundial*, Pattaya, Tailandia, junio de 1980. Traducido con permiso.

A la luz de dicha oposición necesitamos ser específicos acerca del mandato que nos da la Biblia. No se trata solamente de la Gran Comisión (con toda su importancia), sino de toda la revelación bíblica. Permítasenos explicarlo brevemente.

Existe un solo y verdadero Dios viviente, Creador del universo, el Señor de las naciones y Dios de los espíritus de todos los seres vivientes. Hace aproximadamente 4.000 años Dios llamó a Abraham e hizo un pacto con él, prometiéndole su bendición no sólo a él sino, en la posteridad, a todas las familias de la tierra (Génesis 12.1-4). Dicho texto bíblico es una de las piedras fundamentales de la misionología cristiana porque los descendientes de Abraham (a través de quien son benditas todas las naciones de la tierra) son de Cristo y el pueblo de Cristo. Ahora bien, si por fe somos de Cristo, somos también hijos espirituales de Abraham y tenemos una responsabilidad para con toda la humanidad. Los profetas del Antiguo Testamento advirtieron que Dios iba a hacer de su Cristo el Heredero y la Luz de todas las naciones (Salmos 2.8; Isaías 42.6; 49.6).

Así que, cuando Cristo vino, dichas promesas nos fueron endosadas en Él. Es cierto que durante su ministerio terrenal estuvo restringido a «las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10.6; 15.24), pero también profetizó que «vendrán muchos del oriente y del occidente y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos» (Mateo 8.11; Lucas 13.29). Además, después de su resurrección y antes de su ascensión, Jesús declaró: «toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28.18). Fue como consecuencia de esta potestad universal que Él mandó a sus seguidores que hicieran discípulos de todas las naciones, bautizándolos como iniciación a su nueva forma de vida y transmitiéndoles todas sus enseñanzas (Mateo 28.19).

Y fue así que, cuando el Espíritu de verdad y poder cayó sobre los primeros cristianos, éstos comenzaron a cumplir con aquel mandato. Se hicieron testigos de Cristo hasta lo último de la tierra (Hechos 1.8). Aún más, lo realizaron «por amor de su nombre» (Romanos 1.5; 3 Juan 7). Reconocieron que Dios había exaltado a Cristo sentándolo en el trono a su diestra y dándole la posición más elevada, para que toda lengua confiese su señorío.

Además, algún día, Él regresará gloriosamente para salvar, juzgar y reinar. Entonces, ¿qué ocupará el tiempo entre su primera y segunda venida? ¡La misión mundial de la iglesia! Jesucristo dijo que no vendría el fin de la historia hasta que el evangelio alcanzara lo último de la tierra (Mateo 24.14; 28.20; Hechos 1.8). Estos dos eventos coincidirán.

Por lo tanto, nuestro mandato para la evangelización mundial es la Biblia entera. Lo encontramos en la creación (debido a la cual todo ser humano es responsable ante Dios), en el carácter de Dios (como Dios amoroso y compasivo, no deseando que ninguno perezca sino que todos se arrepientan), en las promesas de Dios (que todas las familias de la tierra serán bendecidas en Abraham y que llegarán a ser la herencia del Mesías), en el Cristo de Dios (ahora exaltado con autoridad universal, para recibir loor universal), en el Espíritu de Dios (que da convicción de pecado, es testigo de Cristo e impulsa a la iglesia hacia la evangelización) y en la iglesia de Dios (la cual es una comunidad misionera internacional, bajo las órdenes de evangelizar hasta que Cristo regrese).

La dimensión global de la misión cristiana es irresistible. Los individuos e iglesias que no están comprometidos con la evangelización mundial están contradiciendo, por ignorancia o desobediencia, una parte integral de su identidad cristiana. No se puede escapar al mandato bíblico para la evangelización del mundo.

1. Según Stott, ¿qué relación directa existe entre el compromiso que tiene la iglesia de evangelizar al mundo y las convicciones de la misma acerca de la autoridad de la Biblia?
2. ¿Cómo demuestra Stott que toda la revelación bíblica es en sí misma el mandato para la evangelización?

El mensaje para la evangelización mundial

En segundo lugar, la Biblia nos proporciona el mensaje para la evangelización del mundo. El Pacto de Lausana² (Congreso Internacional de Evangelización Mundial) definió la evangelización en términos de la Escritura. El párrafo cuatro comienza de la siguiente manera: «Evangelizar significa predicar las buenas nuevas de que Cristo murió por nuestros pecados y se levantó de entre los muertos conforme a las Escrituras y que, como Señor, ahora nos ofrece el perdón de nuestros pecados y el don liberador del Espíritu Santo a todos aquellos que se arrepienten y creen».

Vemos así que nuestro mensaje proviene de la Biblia. Sin embargo, a medida que nos dirigimos a ella para hallar un fundamento para el mismo nos enfrentamos con un dilema: por un lado, se nos ha dado un mensaje ya definido, no tenemos que inventarlo; simplemente nos ha sido confiado como, un «depósito» precioso, el cual, como mayordomos fieles, debemos guardar y dispensar a la casa de Dios y, por otro lado, dicho mensaje no se nos ha entregado a la manera de una simple y sencilla fórmula matemática, sino que nos ha sido dado en una diversidad de formas, en las cuales se han utilizado una amplitud de ejemplos y metáforas.

Por lo tanto, hay un solo evangelio, en el cual todos los apóstoles coincidieron (1 Corintios 15.11), y Pablo aun se atrevió a llamar anatema a todo aquel, incluyéndose a sí mismo, que predicara un evangelio diferente del apostólico de la gracia de Dios (Gálatas 1.6-8). Sin embargo, los apóstoles lo predicaron de maneras diversas: ahora sacrificio (el derrame y rociamiento de la sangre de Cristo); mesiánico (la presentación de la ley prometida de Dios); legal (el gran Juez que declara justos a los injustos); personal (el Padre que se reconcilia con sus hijos descarriados); salvador (el Libertador Celestial que viene a auxiliar a los desamparados); cósmico (el Señor del universo que reclama su dominio universal) y todo esto resulta tan sólo una parte de todo lo que es.

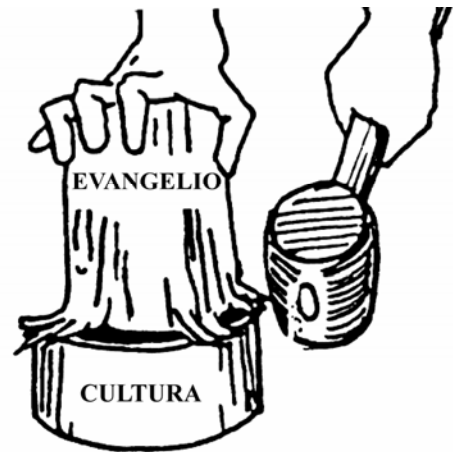
Por lo tanto, tenemos que saber que el evangelio es uno solo y sin embargo diverso. Ya está definido, pero también se adapta culturalmente a todos aquellos a quienes se predica. Una vez que comprendemos esto evitamos caer en dos errores opuestos: al primero lo llamaremos «fluidez completa». No hace mucho, escuché decir al líder de una iglesia que no existe tal cosa como «evangelio definido» sino hasta que nos encontramos en el momento de testificar y es entonces cuando empezamos a definir el evangelio; continuó diciendo que en ningún caso estaremos preparados, porque debemos permanecer sensibles al descubrimiento del evangelio cuando lleguemos al punto de testificar. Estoy de acuerdo totalmente en que tenemos que ser muy sensibles en cada situación, pero si ese es el punto al que dicho líder estaba tratando de llegar, sencillamente hizo demasiado énfasis en él. Reconozcamos que sí existe un evangelio definido el cual no podemos dar nos la libertad de falsificar.

² El Pacto de Lausana es una declaración de compromiso con la evangelización del mundo, elaborado por participantes en el Congreso Internacional de Evangelización Mundial, Lausana, Suiza, julio de 1974.

Al error opuesto lo llamaremos «rigidez estricta». En ese caso el evangelista se comporta como si Dios hubiera dado una serie de fórmulas precisas, que habría que seguir más o menos palabra por palabra, y de ciertas imágenes que, invariablemente, habría que utilizar. Esto nos llevaría a estar atados, ya sea a las palabras o a las imágenes, o a ambas cosas. Así, algunos evangelistas caerían en lo que es pura palabrería y otros se sentirían obligados a mencionar «la sangre de Cristo» en cada ocasión, o la «justificación por fe», o «el reino de Dios», o alguna otra imagen.



FLUIDEZ COMPLETA



RIGIDEZ ESTRICTA

Entre estos dos extremos existe una tercera posición que es mucho mejor. Esta combina el compromiso de la revelación con la contextualización. Acepta que las formulaciones bíblicas del evangelio son permanentemente normativas y que todo intento de proclamarlo en el lenguaje moderno deberá justificarse por sí mismo como una expresión auténtica del evangelio bíblico.

Pero si no se rehúsan eliminar las formulaciones bíblicas, tampoco se rehúsa recitarlas en forma mecánica y sin imaginación. Contrariamente, tenemos que involucrarnos en la lucha continua (en oración, estudio y discusión) para relacionar el evangelio definido con una situación determinada. Debido a que el evangelio proviene de Dios debemos guardarlo, pero interpretarlo teniendo en cuenta que está dirigido a hombres y mujeres de todos los tiempos. Procuraremos combinar la fidelidad (mediante el estudio constante del texto bíblico) con la sensibilidad (examinando consecuentemente la escena contemporánea). Solamente así podremos relacionar con seguridad y relevancia, la Palabra con el mundo, el evangelio con el contexto y la Escritura con la cultura.

3. *Cuando se refiere al mensaje de la Biblia el autor indica que sólo hay un evangelio pero muchas formas, imágenes y metáforas que son usadas para comunicarlo. ¿Cuáles son los dos peligros que él menciona?*

4. *¿Qué sugerencias da para que no caigamos en una de esas dos posiciones extremas?*

El modelo para la evangelización mundial

En tercer lugar, la Biblia nos proporciona el modelo para la evangelización del mundo. Además del mensaje que debemos proclamar, necesitamos un modelo para proclamarlo. Ya que la Biblia no solamente contiene el evangelio sino que es el Evangelio, también nos proporciona el modelo. A través de su Palabra Dios mismo está realmente evangelizando, es decir, está comunicando las buenas nuevas al mundo. Recordemos la afirmación de Pablo sobre Génesis 12.3 que «la Escritura. . . dio de antemano la buena nueva a Abraham» (Gálatas 3.8). Toda la Escritura predica el evangelio; Dios evangeliza a través de ella.

Ahora bien, si aceptamos que la Escritura es en sí una evangelización divina, es razonable suponer que podemos aprender de ella cómo predicar el evangelio, considerando la forma en que Dios lo ha hecho. En el proceso de la inspiración bíblica Dios nos ha dado un modelo evangelístico hermoso.

Lo que nos impacta de inmediato es la grandeza de la condescendencia de Dios. Había sublimado la verdad para revelarse a sí mismo y a su Ungido, su justicia y su salvación completa. Decidió hacer tal revelación a través del vocabulario y la gramática del lenguaje, por medio del hombre, de conceptos y de las culturas humanas. Sin embargo, mediante dichos medios y conceptos humanos tan insignificantes, Dios estaba hablando su Palabra.

Nuestra doctrina evangelística sobre la inspiración de la Escritura hace énfasis en su *doble paternidad* literaria: Dios habló y también lo hizo el hombre. El hombre habló de parte de Dios (2 Pedro 1.21) y Dios habló por medio del hombre (Hebreos 1.1). Las palabras habladas y escritas son igualmente de El y de ellos. El decidió lo que quería decir y sin embargo, no suprimió la personalidad del hombre. Así, el hombre hacía uso de sus facultades libremente pero no distorsionaba el mensaje divino. Los cristianos deseamos afirmar algo similar en relación con la encarnación, el clímax del Dios que se revela a sí mismo. «El Verbo se hizo carne» (Juan 1.14). Es decir, la Palabra eterna de Dios, que desde la eternidad estaba con Dios y era Dios, el agente por medio del cual fue hecho el universo se hizo hombre, con toda la particularidad de un judío palestino del primer siglo. Se hizo pequeño, débil, pobre y vulnerable. Experimentó el dolor, el hambre y se expuso a la tentación. Todo esto se encontraba en la «carne», en el ser humano en que se había convertido. Sin embargo, cuando se hizo como uno de nosotros, no dejó de ser El mismo; siguió siendo siempre el Verbo eterno o Hijo de Dios.

El mismo principio se ilustra esencialmente tanto en la inspiración de la Escritura, como en la encarnación del Hijo. El Verbo se hizo carne, lo divino se comunicó a través de lo humano. Se identificó con nosotros sin renunciar a su propia identidad. Dicho principio de «identificación sin pérdida de la identidad» es el modelo para todo evangelismo, especialmente para el evangelismo transcultural.

Algunos rehusamos identificarnos con la gente a la cual decimos estar sirviendo. Seguimos siendo nosotros mismos y no nos convertimos en uno de ellos. Permanecemos apartados. Nos aferramos desesperadamente a nuestra propia herencia cultural con la idea equivocada de que es una parte indispensable de nuestra identidad. No queremos alejarnos de ella, y, no solamente mantenemos nuestras costumbres con fiera tenacidad, sino que tratamos a la herencia cultural de nuestra tierra adoptiva sin el respeto que merece. Por lo tanto, nos vemos envueltos en la práctica de una clase de doble imperialismo cultural, imponiendo nuestras propias costumbres a otros y despreciando las de ellos. Pero esa no fue la forma en que Cristo actuó. El se despojó de su propia gloria y se humilló a sí mismo para servir.



EL QUE REHÚSA IDENTIFICARSE



EL QUE RENUNCIA SUS PROPIOS VALORES CRISTIANOS

Otros mensajeros transculturales del evangelio cometen el error opuesto. Determinan identificarse con la gente a la cual son enviados de tal forma, que renuncian a sus propios valores y normas cristianas. Tampoco esa fue la forma como Jesús actuó ya que al hacerse hombre no dejó de ser divino. El pacto de Lausana expresa dicho principio en las siguientes palabras: «Los evangelistas de Cristo deberán buscar humildemente el despojarse a sí mismos de toda autenticidad, personal, para convertirse en servidores de otros» (párrafo 10).

Tenemos que luchar en contra de las razones por las cuales la gente resiste al evangelio y, en particular, conceder la importancia debida a los factores culturales. Algunas personas lo rechazan no porque crean que sea falso sino porque piensan que es extranjero.

Al doctor René Padilla se lo criticó en Lausana (durante el Congreso sobre la Evangelización Mundial de 1974) por decir que el evangelio, que algunos europeos y norteamericanos exportaron fue un «cristianismo cultural», un mensaje cristiano distorsionado por la cultura materialista y consumista del Occidente. Verdaderamente fue doloroso escucharlo decir eso, pero realmente tenía razón. Todos necesitamos sujetar nuestro mensaje del evangelio a un escrutinio más estricto y, en una situación transcultural, los evangelistas que realizan tareas de visitación deberán buscar, con humildad, la ayuda de los cristianos locales para poder discernir las distorsiones culturales del mensaje.

Otros rechazan el evangelio porque creen que es una amenaza a su propia cultura. Es un hecho que Cristo reta a todas las civilizaciones. Cada vez que presentamos el evangelio a los budistas, judíos, musulmanes, secularistas o marxistas, Jesucristo los confronta con su demanda de deshacerse de todo aquello que los comprometa con otras doctrinas para reemplazarlo por la suya. El es el Señor de toda persona y de toda cultura. Esa amenaza, esa confrontación no puede evitarse. Pero, analizando la situación, el evangelio que proclamamos, ¿presenta a las personas alguna otra amenaza innecesaria, debido a que demanda la abolición de costumbres inofensivas?, o ¿presenta la apariencia de ser destructivo del arte, la arquitectura, la música o los festivales nacionales?, o ¿estamos demasiado orgullosos de nuestra propia cultura y, por lo tanto, estamos culturalmente ciegos?

Para resumir, cuando Dios nos habló por medio de la Escritura, utilizó el lenguaje humano; cuando nos habló, por medio de Cristo, tomó naturaleza humana. Para revelarse a sí mismo se despojó y se humilló. Ese es el modelo de evangelismo que nos proporciona la Biblia. Existe la

autonegación y la autohumillación en todo evangelismo auténtico; sin esto, contradecemos al evangelio y no presentamos bien al Cristo que proclamamos.

5. *En esta parte, Stott indica nuevamente dos posiciones extremas que nos pueden hacer fallar como mensajeros del evangelio. Explique con sus propias palabras cuáles son esos dos errores.*

6. *¿Cuál es el modelo de evangelización que nos proporciona la Biblia? A continuación lea la sección final del artículo de Stott.*

El poder para la evangelización mundial

En cuarto lugar, la Biblia nos garantiza el poder para la evangelización del mundo. No es necesario hacer énfasis en la necesidad que tenemos de recibir poder, ya que sabemos acerca de la debilidad e insuficiencia de los recursos humanos en comparación con la magnitud de la tarea que tenemos que realizar. También sabemos de la dureza y de las defensas del corazón del hombre. Y peor aún, conocemos acerca de la realidad personal, la malevolencia y el poder del diablo y de las fuerzas demoníacas que están a su mando.

La gente demasiado sofisticada puede ridiculizar nuestra convicción y hasta verla como una caricatura, pero nosotros los cristianos evangélicos debemos tener la fe suficiente para creer lo que enseñaron Jesús y los apóstoles. Para nosotros es una gran verdad lo que dice Juan cuando expresa: «el mundo entero está bajo el maligno» (1 Juan 5.19). Porque, en tanto Cristo no los libere y los traslade a su reino, todo hombre y toda mujer son esclavos de Satanás. Podemos también observar el poder del maligno en el mundo actual: en la oscuridad de la idolatría y en el temor a los espíritus; en la superstición y el fatalismo; en la devoción a dioses que no son dioses; en el materialismo egoísta del Occidente; en la proliferación del comunismo ateo y de los cultos irracionales; en la violencia y agresividad y en la desviación, tan difundida, de toda norma de verdad y bondad. Todo esto es la obra de aquel que la Escritura llama mentiroso, engañador, acusador y homicida.

Por lo tanto, la conversión y la regeneración cristianas continúan siendo milagros de la gracia de Dios. Son la culminación de la lucha entre Cristo y Satanás o, en una descripción vívidamente apocalíptica, entre el Cordero y el dragón. El saqueo de la casa del «hombre fuerte» (Mateo 12.29), es posible sólo porque éste ha sido atado por Aquel que es aún más fuerte y por quien, a través de su muerte y resurrección, ha deshecho y destruido las obras y principados de los poderes del mal (Mateo 12.27-29; Lucas 11.20-22; Colosenses 2.15).

¿Cómo podremos pues, tomar posesión de la victoria en Cristo y derribar las obras del diablo? Dejemos que Lutero nos dé la respuesta a esta pregunta: «Ein Wörtlein will ihn fallen» (una pequeña palabra lo derribará). Hay poder en la Palabra de Dios y en la predicación del evangelio. Quizás la expresión más dramática en cuanto a esto en el Nuevo Testamento se encuentra en 2 Corintios 4. Pablo describe allí al «dios de este siglo» quien ha «cegado las mentes de los incrédulos para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo...» (versículo 4).

Si las mentes están cegadas, ¿cómo podrán entonces ver? Sólo mediante el poder creador de la palabra de Dios. Porque Dios fue quien dijo: «Y brille la luz en las tinieblas», la cual ha

alumbrado en nuestros corazones para «iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (versículo 6). Así que, vemos cómo el apóstol compara el corazón no regenerado con el caos original de la oscuridad y atribuye la regeneración al mandato divino: «Sea la luz».

Si Satanás ciega las mentes de los hombres y Dios brilla en el corazón de la gente, ¿cómo podemos nosotros contribuir a dicho encuentro? ¿No sería más fácil que nos retirásemos del campo de batalla y permitiéramos que ellos dirijan la situación? No, esa no es la conclusión a la que llega Pablo.

Por el contrario, entre los versículos 4 y 6, los cuales describen las actividades de Dios y Satanás, el versículo 5 muestra el trabajo del evangelista: «Nosotros predicamos... a Jesucristo como Señor». Debido a que el diablo quiere evitar que la gente vea la luz y que Dios brille en sus corazones y debido a que dicha luz es el evangelio, ¡más vale que lo prediquemos! La predicación del evangelio, lejos de ser innecesaria, es indispensable. Es el medio señalado por Dios para derrotar al príncipe de las tinieblas y para que la luz brille en el corazón de las personas. Hay poder en el evangelio de Dios, es su poder de salvación (Romanos 1.16).

Puede ser que seamos débiles. A veces yo quisiera que fuésemos más débiles. Confrontados con las fuerzas del mal, en algunas ocasiones somos tentados a dar una exhibición de poder cristiano e involucramos en una pequeña trifulca evangélica de sablazos. Pero, es en medio de nuestras debilidades donde se perfecciona el poder de Cristo y en la debilidad de las palabras humanas se manifiesta el poder del Espíritu. Por lo tanto, vemos que cuando somos débiles, entonces somos fuertes (1 Corintios 2.1-5; 2 Corintios 12.9-10).

¡Dejemos que fluya por el mundo!

No consumamos nuestras energías argumentando acerca de la Palabra de Dios; más bien, empecemos a usarla. Ella demostrará su origen divino mediante su poder divino. ¡Dejémosla fluir en el mundo! Si cada misionero y evangelista cristiano proclama el evangelio bíblico con fidelidad y sensibilidad, y si todo predicador cristiano es un fiel expositor de la Palabra de Dios, entonces ésta desplegará su poder salvador.

Sin la Biblia la evangelización del mundo sería imposible, ya que sin ella no tenemos ningún evangelio que llevar a las naciones, ni autorización para hacerlo, ni idea de cómo realizar la tarea, ni tampoco la más leve esperanza de éxito. La Biblia es la que nos da el mandato, el mensaje, el modelo y el poder que necesitamos para la evangelización mundial. Así que, volvamos a tomar posesión de esto mediante su estudio concienzudo y la oración. Oigamos su llamado, retenemos su mensaje, sigamos sus instrucciones y confiemos en su poder. ¡Alcemos nuestras voces y comuniquemos sus buenas noticias!

7. Según Stott, ¿qué debemos hacer en vez de consumir nuestras energías en argumentos acerca de la Palabra de Dios? ¿Qué resultará de ello?

En esta primera parte de la lección, hemos visto que la misión de Dios es la base principal de la Biblia, y que la Biblia es nuestro manual actual para la evangelización del mundo. En la próxima, queremos estudiar por qué Dios inició su misión redentora.

B. ¿Están perdidos?

El pluralismo, la filosofía que propone que le hombre descubre su propia verdad y que ninguno tiene una verdad «absoluta», asalta nuestro mundo. Esta filosofía forma parte del humanismo y nos pide que aceptemos a toda religión como legítimo camino a Dios. Los que adoptan esta forma de pensar ven a los evangelistas y misioneros como una aberración. Nos tilden de intolerantes y de xenofobitos. Lamentablemente, esta filosofía también ha penetrado a la iglesia y afecta su actitud y compromiso con la Gran Comisión.

Es importante aclarar que no es nuestra búsqueda de Dios lo que define la verdad, sino lo que Él nos ha revelado por medio de su Palabra. De hecho, la tolerancia es un alto valor cristiano. También la aceptación de personas sin prejuicio alguno. No es nuestro papel juzgar a nadie. Pero Dios sí es Juez. Y el nos ha dado a entender que las personas que no se han reconciliados con Él por medio del Señor Jesucristo, están perdidos. No es nuestro papel infundir un sentido de miedo o de culpa en las personas. Pero sí, deberíamos predicar la Palabra de Dios. Y al hacerlo, el Espíritu Santo se encarga de convencerlos del pecado y del juicio que les espera. A nosotros nos ha encargado el mensaje de perdón y salvación. No es nuestra tarea condenar, pero sí es demostrar, explicar y anunciar que esta salvación es real y eficaz. Esto sí son *Nuevas Buenas*. Esto es una parte importante de mostrar amor al prójimo.

En el siguiente artículo, Miguel A. de Marco nos presenta una perspectiva bíblica y balanceada que nos alienta a la tarea de anunciar las buenas nuevas de salvación por todo el mundo.

¿Qué les espera?

Miguel Ángel de Marco³

«Vayan, pues, a las gentes de todas las naciones, y háganlas mis discípulos... dijo... el Señor Jesucristo» (Mateo 28.19).

Dios ha puesto en marcha toda la majestuosa campaña de salvación al mundo, y nos ha invitado a ser protagonistas llevando el mensaje. Es más, nos ha dado una orden, un mandato categórico:

«Como el Padre me envió a mi, así yo los envió a ustedes» (Juan 20.21).

«Vayan por todo el mundo y anuncien a todos la buena noticia. El que crea y sea bautizado, obtendrá la salvación; pero el que no crea, será condenado» (Marcos 16.15).

No es manipulación, como algunos arguyen; es lisa y llanamente la Palabra de Dios. El espíritu negativo lo pone como amenaza de muerte, más quien ha conocido a Cristo lo ve como una epopeya de esperanza: la tarea de llevar las Buenas Nuevas, «pues no quiere que nadie muera, sino que todos se vuelvan a Dios» (2 Pedro 3.9).

Toda vida es valiosa de manera incalculable. Dios ha creado cada una de ellas y tiene un estricto control de lo que sucede con su amada Creación. La abundancia de la muerte parece

³ de Marco, Miguel Ángel, 1996, adaptado de *Ellos y Nosotros*, Año 2, No. 4, 1996, «El cielo nos espera... ¿qué les espera a los no alcanzados?» pp. 10-15, © Latín Editores Asociados, 1997. Todas las citas bíblicas de este artículo se han tomado de la versión *Dios llega al hombre*, usadas con el debido permiso de Sociedades Bíblicas Unidas.

minimizar el valor de los que fallecen, a menos que hayan ocupado un lugar importante en nuestras vidas. Al desconocer la suerte y existencia de millones, permanecemos insensibles al drama completo de la humanidad. «Ojos que no ven, corazón que no siente», decían nuestras abuelas.

Cada segundo, una persona en nuestro mundo pasa a la eternidad sin Cristo. El infierno recibe miles de almas cada hora. Todos los días, en todas las horas, ya sea por guerras, vejez, enfermedades, accidentes o crímenes, el eterno destino recibe personas para quienes la oportunidad (si realmente la hubo) ya pasó.

Toda vida es valiosa por ser criatura de Dios. Todo ser humano tiene valor intrínseco y trascendental desde el momento que ocupa un lugar clave en el corazón y en los planes de nuestro Dios. Todos los demás valores son temporales. Y Dios tiene un plan que incluye a cada uno de los seres humanos, «pues no quiere que nadie muera» (2 Pedro 3.9).

¿Por qué perecen muchos, aun en contra del deseo de Dios? Porque ya hemos sido condenados por nosotros mismos. Nuestro pecado ha hecho división eterna entre nosotros y Dios. «Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5.8). Él hizo lo que nosotros no podíamos hacer; ahora nos pide que lo acompañemos en divulgarlo. Él quiere adelantar el Reino a través de su Espíritu, ¡y a través nuestro! Quiere llegar a cada corazón que aún permanece en oscuridad, y para ello espera nuestra obediencia y nuestra entrega. Por lo demás, como diría Job, «yo sé en quién he creído», y conocemos también la grandeza de su corazón misionero. Dios los ama y quiere bendecirlos, así como ha bendecido ya a cada uno de los que lo conocemos personalmente y esperamos su regreso.

1. *¿Por qué es valiosa cada persona?*

2. *Si Dios es bueno, ¿por qué perecen muchas almas?*

Desconocemos, pero somos testigos

Muchos han quedado inmóviles ante el mandato, excusándose en la impotencia o en la ignorancia. «No sabemos; realmente no conocemos», y con eso pretenden excusarse de obedecer. Mordecai Richler, comentarista canadiense, expresó: «Lo que me asusta de esta generación, es la medida en que se parapeta en la ignorancia, muchos se aferran a ella pensando que “están a salvo” de futuras recriminaciones».

Aun cuando nos sentimos impotentes ante la inmensidad del problema humano y lo implacable de la perdición de muchos, también hemos sido testigos de muchas cosas preciosas que Dios ha venido haciendo en cada generación cuando sus hijos le obedecen. Cada vida cambiada, cada cristiano que pasa a la eternidad, cada familia restaurada es un testimonio viviente de la obra de Dios en las gentes. La obra de Jesucristo ha llegado a millones y millones de vidas y las ha transformado, desde ahora y para la eternidad.

Qué desconocemos mucho de la eternidad y de los planes de Dios, no nos queda ninguna duda. No obstante, también conocemos mucho, porque Dios lo ha dado a conocer. Dios ha dado su Palabra, maravillosamente contundente, y miles de sus hijos la han puesto por obra.

Nosotros mismos, los cristianos de hoy en día, somos fruto de la obediencia de muchos que nos precedieron. La esperanza y la dicha de vida eterna que gozamos se deben al amor de Dios, y a la obediencia de varones y mujeres que llegaron hasta donde estábamos. Y la historia del cristianismo, tan vapuleada, manoseada y ensuciada por muchos, es también una larga sucesión de gloriosos testimonios de cómo el Evangelio llegó a ser real en la vida de la gente.

«En Cristo, Dios estaba reconciliando consigo mismo al mundo, sin tomar en cuenta los pecados de los hombres; y a nosotros nos encargó que diéramos a conocer ese mensaje. Así que somos embajadores de Cristo», escribió Pablo en 2 Corintios 5.19,20. Más de 1500 millones de personas en el mundo permanecen sin la más remota idea del Evangelio. ¿Cómo aceptarán a Cristo si no lo conocen? ¿Cómo podrán tener una esperanza de gloria, tal como nosotros la tenemos, si no tienen oportunidad para escoger?

La misión nace en el corazón de Dios

Dios tiene un corazón misionero, y en su propio seno planificó toda la obra de la redención del hombre. Juan 3.16 dice: «Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna».

«Dios tuvo un Hijo y lo hizo misionero». Lo envió a la tierra y Jesucristo trajo las Buenas Nuevas. Vivió su misión y ofrendó su vida en sacrificio vicario. Su muerte fue en nuestro lugar, y su resurrección garantiza la aplicación de esa redención. Él regresará a buscar a los suyos y a inaugurar una etapa nueva y eterna.

Cuando uno recorre las páginas de la Biblia puede ver desde sus inicios el deseo ferviente en el corazón de Dios de rescatar, perdonar y restaurar a los hombres, de bendecir a todas las familias de la tierra, de manifestar su bendición sobre todo pueblo y nación. «Por medio de ti bendeciré a todas las familias del mundo», le dijo a Abraham (Génesis 12.3b).

Fue Él quien no sólo envió profetas a Israel sino también a predicar a otros pueblos (Amós, Jonás, Nahum, Isaías, etc.) Y aun cuando era inminente el castigo sobre Moab, el mismo Dios clama: «Mi corazón pide socorro para Moab... por eso lloro... y derramo lágrimas... Mi corazón se estremece como un arpa por Moab y por Quir-harésset» (Isaías 15.5; 16.9,11).

Luego diría a Israel: «No basta que seas mi siervo solo para restablecer [a]... Israel; yo haré que seas la luz de las naciones, para que lleves mi salvación hasta las partes más lejanas de la tierra» (Isaías 4.6). «...No quiero la muerte del malvado, sino que cambie de conducta y viva»... (Ezequiel 33:11). Él inspiró el Salmo 67: «Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros; para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación».

Es allí donde nacen las misiones, en el mismo corazón de Dios. Y su mandato para que nos involucremos en esa gesta forma parte del plan global de alcanzar a todos los pueblos con el Evangelio de Jesucristo.

3. Si la misión nace y reside en el corazón de Dios, ¿qué implica este hecho para los que decimos amar a Dios?

Un mandato que responde a la realidad

Juan 3:16 dice que Jesús vino y llevó en su propio cuerpo la obra de la cruz «para que todo aquel que en Él cree no se pierda». Pablo, en esa simplísima pero magistral presentación de la necesidad de hacer misiones de Romanos 10:13 al 15, declara: «Porque esto es lo que dice: “Todos los que invoquen el nombre del Señor, alcanzarán la salvación.”» Y luego agrega: «Pero ¿cómo van a invocarlo, si no han creído en Él? Y ¿cómo van a creer en Él, si no han oído hablar de Él? Y ¿cómo van a oír, si no hay quien les anuncie el mensaje? Y ¿cómo van a anunciar el mensaje, si no son enviados?», para luego concluir con la preciosa declaración sobre las misiones: «Como dice la Escritura: “¡Qué hermosa es la llegada de los que traen buenas noticias!”»

El mandato de Cristo responde a una suma de realidades: a la situación del mundo, su destino de perdición, la oscuridad reinante en muchos pueblos sobre la obra de Cristo, la necesidad de ser salvo, etc. Es un mandato que reconoce dónde es necesario enfocar la misión: a todas las naciones, para que conozcan y crean.

Los mandatos de Dios

La Gran Comisión es específica, debido a que la inercia de nuestra vida no nos lleva naturalmente a las misiones. Es por eso que Dios da la orden. No tenemos mandatos de amar a nuestros amigos, sino a nuestros enemigos. Jesús, reconociendo la tendencia de la naturaleza humana, hizo referencia a lo obvio en este sentido: lea Mateo 5.44 al 48. De igual manera, no tenemos mandatos para ocuparnos de nosotros mismos sino de nuestro prójimo en necesidad. No tenemos mandatos de amar a nuestros novios, sino a nuestro cónyuge, después de varios años de vivir juntos. No hay mandatos a obtener propiedades, sino a compartir las que tenemos. Y no hay ordenanzas hacia la pereza sino a trabajar, para compartir con los necesitados el fruto de nuestras manos. De igual forma, no hay un mandato de meramente disfrutar la salvación sino a compartirla con aquellos que aún no han tenido acceso a ella. Al dar tan enfático mandato, Dios reconoce que de la propia naturaleza humana no saldrá el camino hacia la misión. Por eso el Señor ha hablado; Él ha dado su Gran Comisión para que su pueblo camine en obediencia. «Creo yo», dijo Guillermo Carey ante una asamblea de líderes cristianos que debatían sobre el ministerio, «que debemos obedecer a la Palabra de Dios, y si allí dice que debemos ir a los perdidos, pues entonces nuestra parte es cumplirlo».

Precisamente, obediencia

«Las grandes doctrinas de la creación, la revelación, la redención y el juicio implican todas, que el hombre tiene el ineludible deber de pensar, y de actuar según lo que piensa y sabe», escribió John Stott, pensador cristiano contemporáneo. En buen lenguaje criollo, significa enterarse, reflexionar, entender y actuar en función de lo que hemos comprendido.

Una misionera inglesa llamada Gladys Aylward vivía y ministraba en la China. Convencida de que Dios amaba tanto a los tibetanos lejanos como a los chinos que tenía a su lado, emprendió un viaje para predicar el Evangelio a los lamas (sacerdotes del budismo) del Tíbet. Después de muchas penurias llegó con su acompañante hasta un desolado paraje, un lugar aislado de todo el mundo conocido. «Desde hace mucho los esperamos para que nos hablen de ese Dios que ama», fue la frase con que los recibió el primer sacerdote que vieron allí. Luego otros dos les dijeron: «¿Quiere explicarme cómo y por qué murió? ¿Podría decirme por qué me pudo amar?» «Estos hombres jamás dudaron que Dios los amaba», relata Aylward. Ellos habían recibido

tiempo atrás una copia de los evangelios y allí leyeron Juan 3.16, lo cual los dejó asombrados. También leyeron: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio». La misionera cuenta que el principal del monasterio le dijo: «Ante esa orden, entonces, alguien tenía que venir a decirnos más acerca de ese maravilloso Dios. Todo lo que teníamos que hacer era esperar, y cuando Dios lo enviara, estar listos para recibirlo».

Somos hijos de Dios, pero no hemos dejado de ser sus siervos. Jesús dijo que ya no nos llamaría así porque prefería llamarnos amigos; sin embargo, no por eso dejamos de ser siervos. Hablando más propiamente, somos esclavos. Jesús ha dado la orden, y lo lógico es que sea obedecida sin cuestionamientos.

Podemos reflexionar en el mandato y debatir con Dios; es la libertad que sólo Él da. Pero eso no quita que la orden debe ser cumplida. Hasta los lamas tibetanos creen que una orden divina será irremediamente obedecida. ¿Qué creemos nosotros? ¿Qué actitud tomamos ante ese mandato?

Hace unos quince años atrás me encontraba en un grupo de trabajo de unos ochenta pastores, en el cual se debatía acerca de cómo trabajar mancomunadamente para saturar con el Evangelio a mi país, Argentina. Comenzamos hablando de las causas por las cuales, después de 150 años de haber llegado el mensaje a esas tierras, todavía había tanto por hacer. Las razones esgrimidas fueron muchas, hasta que de pronto un joven pastor se puso de pie, y dijo: «Tal vez debemos reconocer que la razón principal ha sido la desobediencia de muchos de nosotros al mandato de Jesús». Todo quedó en silencio. Los presentes miraron a este joven colega y después bajaron sus cabezas. Luego de varios e incómodos segundos, el coordinador del grupo dijo: «Bueno..., seguimos mañana...».

Abraham tuvo la promesa de ser protagonista de toda la gesta de salvación, debido a su obediencia. En Génesis 22.18 leemos: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz». Esto también se puede leer de la siguiente forma: «Puesto que fuiste obediente, decreto que sea de tu descendencia de donde saldrá la bendición que alcanzará a cada grupo étnico de todo el globo terráqueo». Dios cumplirá su plan, pero nuestra obediencia es un factor clave.

Podemos discutir y racionalizar mucho sobre las misiones; nada nos impide pensar y dialogar. Pero mientras, vayamos, enviemos, apoyemos, intercedamos, sirvamos, ¡y prediquemos!

4. Si el ir es «mandato», ¿quién es responsable por el hecho de que todavía hay millones que no han tenido la oportunidad de escuchar el evangelio?

Compasión

Se ha sostenido que la compasión no debe ser la motivación real que nos impulse a las misiones, ya que nada de lo que nace en el corazón del hombre puede ser bueno en sí mismo. Personalmente creo que es una forma de perder tiempo en discusiones y vanas filosofías, en lugar de aceptar una acuciante realidad. Muchas emociones que nacen en el corazón humano son vanas, pero muchas otras nacen por la obra del Espíritu Santo, redarguyéndonos y mostrándonos por un lado la Palabra, y por otro la dura realidad del mundo en que vivimos. Que hayamos caído en pecado no le impide a Dios hacernos vibrar en compasión por los perdidos y sufrientes. Marcos 6.34 nos dice que Jesús desembarcó y vio a la multitud, y

entonces tuvo compasión de ellos, porque estaban como ovejas sin pastor, y comenzó a enseñarles... Dios quiere que veamos lo que sucede a nuestro alrededor y que nuestro corazón responda tal como el suyo lo hizo: «Como el padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes» (Juan 20.21).

¿Qué pasará, entonces, con quienes nunca se enteraron acerca de Jesucristo?

La Palabra de Dios nos dice que «Él gobernará a los pueblos del mundo rectitud e igualdad» (Salmo 98.9), y que todo ser humano pasará frente a su Suprema Corte (2 Timoteo 4.1). Dios no condenará a una persona por rechazar a un Cristo del que nunca escuchó hablar. No obstante, la Palabra de Dios es final, definitiva al decir que el Evangelio es una buena noticia de salvación que irrumpe en un mundo ya caído, ya condenado. La Palabra de Dios dice que quien no cree en Jesucristo ya está condenado por algo más elemental, por algo previo: «Todos han pecado y están lejos de la presencia gloriosa de Dios» (Romanos 3.23).

Además, Dios se ha revelado a todos por medio de su Creación. Cada persona puede saber lo suficiente de Dios, a tal punto que nadie tiene ninguna excusa (Romanos 1.20). Miguel Horner concluye: «Es por esa supresión, distorsión y rechazo del conocimiento verdadero de Dios, y por la violación concurrente de las leyes de Dios, que estamos condenados». Creer en Jesucristo nos da la salvación; el no creer en Él nos deja en el estado previo: «...ya han sido condenados» (Juan 3.18-21). De allí la importancia de ir con las Buenas Nuevas a quienes permanecen en oscuridad.

No hay otra opción

«Yo soy el camino, la verdad y la vida. Solamente por mí se puede llegar al Padre», dijo Jesucristo (Juan 14.6). Nuestro Señor fue terminante, no dejando lugar dudas acerca de cualquier otro camino para llegar al Cielo. Los apóstoles aprendieron muy bien, y en uno de los primeros encuentros públicos posteriores a la ascensión de Cristo, Pedro, de pie ante gentes de muchas culturas y trasfondos religiosos, dijo: «En ningún otro hay salvación, porque en todo el mundo Dios no nos ha dado otra persona por la cual podamos salvarnos» (Hechos 4.12). Y luego, ante los gentiles en la casa de Cornelio, afirmará: «Y Él nos envió a anunciarle al pueblo que Dios lo ha puesto como Juez de los vivos y de los muertos. Todos los profetas habían hablado ya de Jesús, y habían dicho que quienes creen en Él reciben por medio de Él el perdón de los pecados» (Hechos 10.42, 43). Más tarde Pablo escribirá: «Pues nadie puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, que es Jesucristo» (1 Corintios 3.11), concluyendo ante Timoteo de la siguiente forma: «Porque no hay más que un Dios, y un solo hombre que sea el mediador entre Dios y los hombres: Cristo Jesús» (1 Timoteo 2.5). No hay otra opción para ningún hombre o mujer en la tierra. Sólo Jesucristo puede darles la salvación, la vida eterna, la esperanza de gloria.

Para la gloria de Dios

Trabajemos, pues, para llevar el Evangelio a los que se pierden. Seamos agradecidos a Dios y entreguemos nuestras vidas y recursos para que muchos puedan sumar sus voces y alabar al Cordero, por los siglos de los siglos. Y ya sea que nos mueva la obediencia, la compasión o el agradecimiento, marchemos como cristianos en la misión de la Iglesia, buscando que el Reino de Dios avance en aquellos territorios que aún se le han negado, en los corazones que permanecen en la oscuridad, para que muchos puedan disfrutar la misma esperanza que tiene usted, que tengo yo. Y que, por sobre todo, Dios sea alabado y engrandecido porque su obra ha sido realizada y su palabra cumplida. ¡Amén!

5. *¿Está de acuerdo con que no hay otra opción para la salvación que aceptar a Cristo como Salvador? Justifique su respuesta.*

C. ¿Qué quiere Dios?

Como seres humanos, tenemos un entendimiento finito e incompleto. Pero la Biblia nos ayuda a comprender el propósito que tuvo Dios al crearnos. La creación fue «buena» y llena de propósito. Pero la rebelión de Satanás y del hombre cambió todo. El siguiente artículo presenta dos «problemas» que Dios enfrenta y dos «soluciones».

El gran plan de Dios

Stanley A. Ellisen⁴

El reino eterno de Dios

La Biblia describe a Dios como Rey eterno: «Jehová es Rey para siempre» (Salmos 10.16). También declara su soberanía sobre todas las cosas (Salmos 103.19). Siendo infinito, se encuentra en todas partes. Por lo tanto, en todo momento y en todo lugar, en las vastas riquezas de su universo, Dios está en total control de todo. Dios nunca ha comprometido la prerrogativa suprema de su señorío. El hacer una cosa semejante lo reduciría a ser menos que Dios. Es necesario reconocer su soberanía absoluta si queremos tener una visión adecuada acerca de su reino. La obra de su creación, con todos sus riesgos aparentes, es el resultado de su soberanía.

La primera rebelión

En el manejo de su reino, Dios gobierna mediante el principio de la delegación de autoridad. Dios organiza a los ángeles en jerarquías, asigna niveles de responsabilidad y esferas de servicio. Con el fin de que actuara como su principal lugarteniente en la dirección de su reino, Dios dotó de belleza refulgente, inteligencia y poder a un arcángel específico (Ezequiel 28.12-17; Judas 9). Lo llamó Lucero y le dio un trono desde donde pudiera gobernar (Isaías 14.12-14). Dicho ángel gobernó como el primer ministro de Dios.

No aparece registrada la duración de dicho arreglo tan armonioso del pasado. Habiendo sido dotado de libre albedrío, la prueba crucial era su fidelidad a la voluntad de Dios. Esa prueba le llegó a Lucero cuando optó por alabarse a sí mismo en razón de los rasgos de belleza que le fueron conferidos por Dios. Deslumbrado por su propia grandeza, declaró su independencia y presumió ser «semejante al Altísimo» (Isaías 14.14). En ese momento de decisión él mismo se arrojó fuera del eje estabilizador de la voluntad de Dios e inició la gran caída al olvido de un ser sin Dios. Su decisión fue final y nunca se arrepintió de ella.

Sin embargo, Satanás no fue el único en su elección. Es evidente que fue seguido por una tercera parte de los ángeles del cielo (Apocalipsis 12.4-7), lo cual permite presuponer la

⁴ Ellisen, Stanley A.: *Biography of a Great Planet*. Tyndale House Publishers Wheaton, IL 1975, págs. 16-26. Traducido con permiso.

capacidad persuasiva de su liderazgo. Con dicha multitud de rebeldes Lucero formó su propio reino, el falso reino de las tinieblas. Su nombre fue cambiado por el de «Satanás» (adversario) de acuerdo con su conducta. Si Dios es soberano, ¿por qué no destruyó de inmediato a ese rebelde tan astuto? ¿Por qué no llevó a cabo una ejecución en masa de toda esa horda de ángeles desobedientes? O, cuando menos, ¿por qué no los encerró para siempre en los abismos del infierno?

La respuesta es que Dios tiene planeado hacer eso, pero temporalmente está utilizando a dichos rebeldes para lograr otro propósito. Dios tiene un gran plan en el desarrollo de su programa. No es un plan rígido en el cual Él se ha encasillado sino que es flexible a los cambios y resultados que la batalla presente. Tan profunda es su soberanía que es capaz de hacer que la ira de los hombres lo alabe y que sus enemigos lo sirvan (Salmos 76.10). La ironía devastadora para sus adversarios es que terminan por servirle a pesar de ellos mismos. Encadenó a algunos de los ángeles caídos hasta el día del juicio y a otros les ha permitido una libertad limitada hasta que se logre su propósito final.

El hecho central que debemos observar es que Dios permitió que se formara un reino de las tinieblas. Este reino fue constituido por las fuerzas voluntarias guiadas por Satanás, no a través de la creación de Dios. Por lo anterior, se convirtió en el polo opuesto del reino de luz de Dios y en una opción tentadora para todas las criaturas en ejercicio de su libertad moral. Es un falso reino que opera simultáneamente con el verdadero reino de justicia. Algunas veces parece ser dominante, no solamente desviando a las personas, sino hasta ganándoselas. Esto se debe a su «modus operandi». Contra muchas opiniones ingenuas, el diablo no es aquella figura horrible con un tridente, sino que más bien es un ángel engañador e hipócrita, cuya meta en la vida es falsificar las obras de Dios. Esa ha sido su ambición más grande desde que decidió rebelarse. Su primera intención registrada termina con las siguientes palabras: «seré semejante al Altísimo» (Isaías 14.14). Dicho esfuerzo falsificador es su maniobra más efectiva, ya que mientras más pueda imitar las obras de Dios, los hombres se verán menos inclinados a buscar a Dios y hacer su voluntad.

El reino de Dios es establecido en la tierra

Después de la caída de Satanás, Dios empezó otra creación: el hombre. También a éste dotó Dios de libre albedrío, a pesar de que ello fuera peligroso. Si tanto el hombre como la mujer iban a ser hechos a la semejanza de Dios, entonces el libre albedrío vendría a ser esencial para la personalidad humana ya que el gran diseño de Dios es reproducirse a sí mismo en ella y, en especial, reproducir sus rasgos de amor y santidad. Dichas características divinas sólo pueden crecer en un terreno de libertad moral, requerida a la vez, por la comunión.

Mediante dicha libertad Dios buscó establecer al hombre y a la mujer en un perfecto vínculo con su soberanía. Trató de relacionarse con ellos por medio del amor y no de la fuerza. El lazo del amor es mucho más firme que el de la fuerza. Con esto en mente, creó a Adán y a Eva haciéndolos partícipes de su reino. Como prueba inicial, les fue prohibido comer del «árbol del conocimiento del bien y del mal» (Génesis 2.17). Se les permitió escoger la obediencia o la desobediencia. El árbol no fue puesto allí como una provocación o una trampa, sino como una prueba inevitable. Se le dio a la pareja la capacidad de elegir entre ser leales a Dios o someterse a las opciones engañosas que les ofrecía la serpiente. Si hubieran rechazado la tentación del maligno para contraer un pacto firme con Dios, se les hubiera permitido comer del «árbol de la vida» y hubieran sido confirmados eternamente en justicia (Génesis 3.24; Apocalipsis 22.2). Sin embargo, cada uno desobedeció la orden directa de Dios y se consumó la caída de la raza humana.

Mediante esa acción deliberada declararon su independencia de la voluntad de Dios y su adhesión al reino de las tinieblas de Satanás. La causa de dicho desastre no fue el árbol, ni tampoco la serpiente o el diablo detrás de ésta (Apocalipsis 12.9), sino que ellos propiciaron la ocasión para que los dos expresaran su libre albedrío con relación a la voluntad de Dios. La causa del desastre fue su decisión. Fracasaron en la prueba de su lealtad y por ello cayeron, junto con el ejército de los ángeles caídos anteriormente. Aparentemente esta segunda caída de la creación da el aspecto de haber acabado con las esperanzas de Dios de extender su reino a agentes morales. Al hombre se le dieron las responsabilidades cósmicas de ejercer dominio sobre la tierra, pero la realidad fue que no se le podía confiar ni un trozo de fruta. ¿Sería dicho don la ruina suicida de toda la raza humana? Lo cierto es que daba la apariencia de ser contraproducente para los propósitos de Dios, ya que el pecado aparentaba levantarse como vencedor.

Los dos problemas resumidos

Hasta este punto el conflicto puede resumirse en dos problemas que Dios adquirió en el proceso creativo. Uno es que su lugarteniente, Satanás, falló e inició un reino falso, robando la lealtad de un gran contingente de ángeles y el otro es que el hombre, hecho a imagen de Dios, también falló y cayó en un estado de pecado y desintegración personal. Por lo tanto el reino de Dios fue dividido y usurpado parcialmente.

La pregunta que se hace con mucha frecuencia es: ¿por qué Dios se tomó la molestia de llevar a cabo el plan de salvación? ¿Por qué no destruyó todo y comenzó nuevamente? Claro que eso no estaba dentro de su plan soberano, ni tampoco sería una solución real al gran reto que presentaba la doble rebelión. Dios no solamente se levantó al reto incidental del pecado, sino que su gran misericordia inició un programa que redimiría maravillosamente a los pecadores. En dicho plan Dios se dirigió hacia dos problemas: 1) cómo reestablecer su reino usurpado y 2) cómo propiciar la redención para toda la humanidad. La solución que Dios buscaba no podía tratar con ambos problemas de una manera separada. Por lo tanto, diseñó un plan por medio del cual la victoria sobre el reino falso proporcionara salvación para la humanidad. No podía lograrse por un simple despliegue de fuerza divina. La respuesta no estaba en hacer sonar el látigo. El cataclismo, e incluso el juicio, serían pospuestos. Requería de la acción y del poder de su mayor atributo: el amor.

1. Este artículo comienza afirmando la soberanía eternal de Dios. Satanás, y luego el hombre, han disputado esa soberanía y Dios lo ha permitido. Sin embargo, esta rebelión ha presentado un doble problema para Dios. Haga un resumen de los dos aspectos de este problema.

El reino de Dios y sus programas redentores

Cuando Adán y Eva pecaron por primera vez, Dios inició su juicio para con la serpiente (Génesis 3.14). En dicho juicio también dio el prototipo del evangelio, anunciando el propósito redentor del hombre. A la serpiente le dijo: «y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar». Dicho mensaje era obviamente para el hombre así como para Satanás y quizás aún más; Dios profetizó que después de una enemistad recíproca surgirían dos encuentros violentos. La

cabeza de la serpiente sería aplastada por la simiente de la mujer y el calcañar de la simiente de ella sería dañado por la serpiente. Los dos personajes de este conflicto posteriormente serían declarados como Cristo, la simiente de la mujer (Gálatas 4.4) y Satanás, llamado la «serpiente antigua» (Apocalipsis 20.2).

Mediante el análisis de estos dos encuentros violentos nos damos una idea del plan de Dios con respecto a Satanás y al hombre. La primera frase, «Esta te herirá en la cabeza» fue un anuncio de que Cristo destruirá al diablo. Cristo mismo mencionó que Él ataría a Satanás, «el hombre fuerte» de este sistema mundial, y lo echaría fuera (Mateo 12.29; Juan 12.31). La muerte de Cristo en la cruz proporcionó el medio para la aniquilación final de Satanás ya que, «el que construye el cadalso también colgará de él». Y con el juicio final del diablo, también el falso reino, obra de él, será destruido. Esto último, claro está, todavía no ocurre, sino que sucederá después del reinado milenario de Cristo. Todo este proceso, mediante el cual Dios reclama su autoridad sobre todos los reinos y detiene por completo toda rebelión, se puede denominar como el «programa del reino de Dios».

El segundo golpe anunciado en Génesis 3.15 es la herida en el calcañar de la simiente de la mujer por parte de la serpiente. Este asalto diabólico se cumplió en la cruz, donde Satanás fue el que provocó la crucifixión de Cristo. La herida en el calcañar nos permite ver la naturaleza temporal de la muerte de Cristo en contraste con el aplastamiento de la cabeza de la serpiente. La muerte de Cristo en la cruz sirvió como base para el programa redentor de Dios, mediante el cual hizo provisión para la salvación del hombre.

Podemos, pues, ver en el protoevangelio del Edén en forma bosquejada, el doble plan de Dios para su reino y la redención del hombre. Finalmente, Dios recuperará la totalidad de su reino mediante la destrucción de Satanás y su reino falso, redimiendo también a todos los creyentes por el proceso de la muerte de Cristo.

El doble programa de Dios es revelado

El resto del Antiguo Testamento describe el desarrollo progresivo del doble propósito de Dios en la tierra. El Señor escogió a dos hombres de fe mediante los cuales inició dichos propósitos y los puso en movimiento. El primero de estos hombres fue Abraham, quien vivió aproximadamente en el año 2.000 A.C. Dios hizo un pacto con él y le prometió, entre otras cosas, una simiente que sería de bendición a todas las naciones. A dicha simiente el Apóstol Pablo la identificó con Cristo y a la bendición que vendría a través de Él, como redención o justificación (Gálatas 3.6-16). La simiente de Abraham propiciaría la redención del hombre, ejecutando así el programa redentor.

Para dar cumplimiento al propósito de su reino Dios escogió a David, del mismo linaje, aproximadamente 1.000 años A.C., e hizo un pacto con él acerca de un reino y una simiente real (2 Samuel 7.12-16). Dicha simiente de David posteriormente reinaría sobre la casa de Israel para siempre. Además, de reinar sobre Israel, después se reveló que su Ungido extendería su reino sobre todo el mundo (Amós 9.12; Zacarías 14.9). Mediante la simiente de David, Dios cumpliría el programa de su reino, destruyendo a todos los rebeldes y gobernando al mundo en justicia.

2. ¿Cuáles son los dos programas que Dios ha iniciado que se dirigen a los dos problemas creados por la rebelión de Satanás y del hombre?

Los dos hijos tipos de Cristo

Es muy interesante notar que a cada uno de estos dos hombres se le dio un hijo que tipificó aquella simiente prometida. Isaac, el hijo de Abraham, tipificaba a Cristo en su acción redentora, siendo ofrecido en el monte Moriah como un sacrificio vivo. Salomón, el hijo de David, tipificaba a Cristo en su realeza, siendo un rey de gloria y esplendor. Estos dos hijos tipificaron, de manera sorprendente, a aquella simiente de Abraham y David que buscó con tanta anticipación en el resto del período del Antiguo Testamento. A la luz de esto no es de asombrarse que el Espíritu de Dios comience el Nuevo Testamento presentando a la figura central como «el hijo de David, hijo de Abraham» (Mateo 1.1).

Dos animales tipos de Cristo

El Antiguo Testamento también describe las funciones de la redención y del reinado de Cristo mediante dos animales simbólicos. El cordero para el sacrificio lo tipifica en su obra redentora como «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Juan 1.29). Lo describe como el Siervo de Jehová que es llevado «como un cordero... al matadero» (Isaías 53.7).

El otro animal que tipifica a Cristo en el Antiguo Testamento es el león (Génesis 49.9-10). Juan, en Apocalipsis 5.5, se refiere a esta metáfora del Antiguo Testamento cuando describe a Cristo como «el León... de la tribu de Judá». Como rey de las bestias, el león representa autoridad real. El punto clave es que de la tribu de Judá saldría un Gobernador que reinaría sobre Israel y el resto del mundo.

El propósito de Dios puede ser resumido así:

Redimir a un pueblo de todos los pueblos y ser Soberano de un reino que reemplazará a todos los reinos



Los dos programas se relacionan

Aunque esas dos funciones de Cristo se relacionan entre sí a través de toda la Biblia, son distintas en cuanto a su propósito; el relativo al reino es principalmente para Dios y está ligado a su reclamo de lo que perdió de su reino, y el propósito redentor lo es para el hombre, propiciando la base de su salvación. Aunque el objetivo del reino es más amplio, extendiéndose hasta el plano espiritual, no podría lograrse sin el programa redentor para el hombre. Observe cómo Juan relaciona ambos programas en su visión profética de Apocalipsis 5. Después de ver a Cristo como el León y el Cordero, escucha a las multitudes celestiales aclamar a gran voz: «El cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza» (Apocalipsis 5.12). No solamente había probado sus

derechos sino también su dignidad para reinar como el León de Dios al ser inmolado como el Cordero de Dios. Antes de comenzar a destruir el reino de las tinieblas con su ira tuvo que andar por el fuego del juicio para salvar a los pecadores, dando su vida como un cordero. Vemos entonces, que estas dos partes se entrelazan pero apuntan hacia dos direcciones distintas y muestran dos cualidades diferentes de la naturaleza de Dios.

Finalmente Cristo entregará al Padre este reino recuperado (1 Corintios 15.24) y dicha entrega constituirá el cumplimiento de la doble comisión del Padre en su papel de simiente de la mujer. Es importante destacar que el medio por el cual El recuperará el reino será su amor redentor y no su poder soberano. Esa gracia redentora es el fundamento de su doble propósito y también constituye la base de su comunión eterna con el hombre. La comunión divina, y humana no estará basada en el temor o la fuerza sino en el amor.

3. *¿Qué evento señalará el cumplimiento de los dos aspectos del programa de Dios?*

La rebelión de Satanás y el hombre no significa que Dios ha perdido su suprema autoridad. Lo retiene por completo. Pero sí perdió la lealtad de un grupo de ángeles y la del hombre que había creado por amor. La rebeldía le costó a Satanás y sus seguidores el Cielo. Al hombre le costó Edén y su íntima comunión con Dios. Pero por su amor, Dios está enfrentando este problema. Él toma la iniciativa misionera. Por medio de los profetas, restablece comunicación. Y por medio la obra de Cristo, la comunión íntima con él. Con el tiempo, sujetará a Satanás y restablecerá su gobierno completo sobre toda su creación.

El comienzo del plan redentor

Los primeros capítulos de Génesis comienzan a desarrollar la historia del plan de Dios a través de los siglos. Los capítulos uno y dos de Génesis describen la creación y el ambiente ideal en que se encuentran Adán y Eva. El capítulo tres relata la caída del hombre y predice las trágicas consecuencias que esa desobediencia traerá para él mismo y para toda la creación. También proclama el «proto-evangelio», el anuncio en Génesis 3.15 que el vencimiento de Satanás es seguro, y será por la semilla de la mujer.



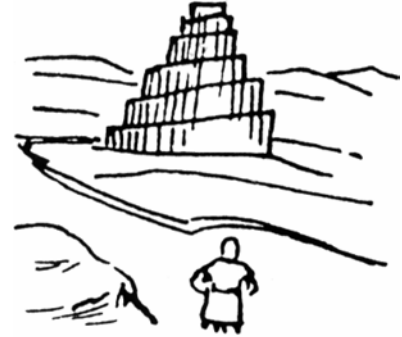
4. *Los primeros dos capítulos de la Biblia, Génesis 1-2, y los dos últimos, Apocalipsis 21-22, son los únicos que NO enfocan la misión de Dios. Todos los demás describen esa misión. ¿Por qué se puede arribar a esta conclusión?*



En los capítulos cuatro al siete, vemos un alejamiento progresivo de la raza humana con respecto a Dios y una degeneración moral como consecuencia de ello. Dios envía una destrucción sobre la faz de la tierra en forma de un enorme diluvio. Comienza de nuevo con la familia de Noé, pero la rebeldía está muy arraigada en el corazón del hombre.

5. *¿Qué evidencia hay en estos capítulos de que la rebelión está bien arraigada en el corazón del hombre?*

El capítulo 11 nos pinta un paisaje oscuro de una raza monolítica con un solo lenguaje, unida en su rebelión contra Dios. Como consecuencia, Dios confunde su idioma y los desparrama por toda la tierra. Y desde ese escenario oscuro y pagano, Dios llama a un hombre y a su familia para comenzar a trabajar un plan por medio de ellos. Con Abraham, comienza la historia del Pueblo de Dios. Y con él seguiremos en el próximo capítulo.



6. *Si el hombre hubiese tenido éxito en hacerse un nombre, tal vez hubiera rechazado aún más la oferta redentora de Dios e incluso con esa actitud de rebelión, hubiera sido más difícil todavía quebrar su autosuficiencia. ¿En qué medida el esparcimiento de las naciones es una ayuda para el plan de Dios? ¿Cómo dificulta la obra misionera?*

Resumen

La misión de Dios es la base de la Biblia y la Biblia es la base de la misión de Dios. Por medio de la Biblia vemos que Dios ha revelado un mandato, un mensaje, un modelo y el poder para su cumplimiento.

La misión parte de la presuposición que el hombre está perdido sin Cristo. Dios requiere un cambio de actitud hacia él y ofrece perdón por medio de la obra redentora. Es nuestro gozo y deber anunciar este evangelio. Y sin esta salvación, la Biblia no ofrece esperanza.

Habiendo establecido el papel clave de la Biblia en la evangelización del mundo y la imperante necesidad de aunarnos a los propósitos de Dios, comenzamos a examinar los primeros sucesos de la historia humana, sus consecuencias, y la forma en que Dios está obrando para restaurar al hombre a una comunión, y restablecer su gobierno.

Con este propósito en mente, Dios comienza a relacionarse con la humanidad. Aun ante las repetidas demostraciones de la bondad y misericordia de Dios el hombre continúa firme en su rebelión. Después de tres fracasos (en el huerto, en el gran diluvio y en la torre de Babel) la humanidad se encuentra totalmente esparcida y Dios cambia su modo de trabajar; en vez de reaccionar con ésta de una manera general, Él elige a un hombre, Abraham, por medio del cual planea bendecir a todas las naciones.

Tarea integral

1. *La misión de Dios y la Biblia son indispensables la una para la otra. Haga un bosquejo de los puntos que usaría para dar una charla sobre esta tesis.*

2. *¿Qué esperanza ofrece la Biblia de que pueda haber otra forma en que la gente se salve, aparte de un conocimiento de Cristo y su obra redentora? Presente su respuesta apoyado por textos claves de las Escrituras.*
3. *¿Cuáles son los dos aspectos del problema causada por la rebelión de Satanás y la implicación del hombre en esa rebelión? Describa el doble programa de Dios que se dirigen a este problema.*

Preguntas para reflexionar

Estas preguntas son formuladas para su reflexión y meditación personal. Sin embargo, le sugerimos que comience a anotar sus impresiones en un diario personal. Sea honrado consigo mismo y con el Señor. Esta tarea no será pedida por su profesor pero, de vez en cuando, tendrá la oportunidad de compartir sus pensamientos con otros. Encontrará que este ejercicio sencillo le ayudará a medir el progreso en su vida espiritual.

1. *¿Cómo le ha impresionado este estudio respecto al plan y propósito de Dios para los siglos?*
2. *La rebelión en el corazón del hombre ha sido demostrada repetidamente en Génesis, capítulos 1 al 11. ¿Sigue siendo un problema hoy en día? Lea el Salmo 51 y examine su propio corazón.*
3. *Como creyentes, ninguno de nosotros está libre de la responsabilidad de servir a nuestro Rey en su gran causa. ¿Cómo espera Él que usted le sirva? Establezca un tiempo diario para buscar la voluntad del Señor para su vida.*

Comience a anotar sus impresiones y pensamientos en su diario.

CAPÍTULO 2

Para la gloria de su nombre

«Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran... » (Daniel 7.14)

Introducción

La misión de Dios a las naciones no empezó con la Gran Comisión de Mateo 28:18-20, sino en Génesis. Después de los sucesos contados en los primeros once capítulos de Génesis, que confirman una rebelión fijada en el corazón del hombre, el Señor cambia su manera de trabajar. Hasta este punto, Dios se revela en términos universales, como todavía lo hace. Toda la creación da testimonio a su Creador y muchos lo buscan en y por medio de esa creación. Pero en Génesis capítulo 12, comienza a revelarse en forma específica. Además de dirigirse al mundo en forma general, comienza una etapa de revelación específica. Por esta revelación, comienza a implementar un plan de alcanzar al mundo, familia por familia, nación por nación. El resto de la Biblia registra cómo Dios lleva a cabo este plan misionero hasta el fin del mundo.

Dios inicia su plan revelándose a un hombre: Abraham, e involucrándolo por medio de un pacto. Con él, forma un pueblo para realizar su misión de restauración a todas las naciones. Aunque muchos se fascinan con la idea de la nación Judía como pueblo «elegido», esta no fue una acción arbitraria ni exclusivista, sino una iniciativa estratégica en la ofensiva para reclamar su reino en toda la tierra. Esta acción no fue una actitud limitada de Dios en crear un pueblo que recibiera su afecto y bendición, a exclusión de otras, sino la creación de una nación para comunicar su mensaje a las demás. El propósito del «pueblo de Dios», cual sea su composición cultural e histórica, siempre ha sido llevar a cabo Su misión.

A. La responsabilidad y la oportunidad

Aunque a Dios le interesa redimir al hombre, la misión no está centrada en el hombre, sino en la gloria de Dios. Dios toma esta responsabilidad porque le trae gloria. No es una vanagloria, sino la realización del propósito de su creación. En su magnificencia, Dios torna aún las acciones de sus enemigos en victorias para sus propósitos. La motivación principal de encarar la obra misionera es buscar la gloria de Dios, no una desesperación por las almas. Esto nos ayuda a mantener el equilibrio. Reconocemos que Dios es soberano, justo y bueno. Nos aunamos a sus propósitos para y por su gloria.

Un tema interpretativo del Antiguo Testamento

Mucho del material del Antiguo Testamento puede ser mejor entendido en el contexto de un bosquejo de tres puntos, los cuales revelan la función de Israel en el plan misionero de Dios para todas las naciones del mundo:

- **Responsabilidad.** Le es encomendado a Israel el mandato de compartir las bendiciones de Dios con otras naciones.
- **Oportunidad.** Le son dados a Israel los medios para cumplir esta tarea.
- **Respuesta.** Israel, con pocas excepciones, falla en el cumplimiento de su obligación, y contra su voluntad, es enviado a las naciones.



Todas las historias del Antiguo Testamento toman un nuevo significado cuando son vistas desde esta perspectiva. En lugar de considerarlas como un número de relatos, casi inconexos, se puede ver la razón detrás de los acontecimientos. Aún historias tan conocidas como las de José, Daniel y Jonás, toman un nuevo significado cuando se leen desde la perspectiva de la misión de Dios. Hagamos un breve repaso del Antiguo Testamento, usando el mencionado bosquejo como guía.

El propósito de Dios, como se revela en el Antiguo Testamento, comprende toda la humanidad. La Biblia empieza con Adán, el padre de la raza humana, no con Abraham el padre de los judíos. Los primeros once capítulos de Génesis, registran los esfuerzos de Dios tratando con los hombres en su totalidad. Luego, cambia su estrategia, formando una nación, que llevaría a cabo su plan. El pacto que Dios hace con Abraham es claro en sus expectativas.

Al examinar el pacto abrahámico en Génesis 12.1-3, observamos que las promesas del Señor no son hechas con la intención de excluir a las demás naciones de su bendición, sino de proveer una manera por la cual todas ellas pudieran recibir las bendiciones que Él ofrece. Pero, ¿qué papel tendría Israel en todo esto?

Muchos cristianos creen que la función principal del pueblo de Israel en el plan redentor, era proveer una línea biológica para la venida del Salvador. Aunque este concepto contiene una verdad, no deberíamos aceptar este concepto pasivo como la única función para la creación de esta nación. Dios dio a su pueblo un papel protagónico como receptores de su revelación específica, ejemplo de una nación santa, y el papel de sacerdocio real a todas las naciones, anunciando la Palabra de Dios. Aunque Israel demostró poca iniciativa para realizar estas funciones, no debemos interpretar esta indiferencia como la voluntad de Dios.

Lo que nos ocupa como propósito de este estudio, es la expectativa de que Israel funcione como portavoz de Dios a las demás naciones de la tierra. Examinemos tres pasajes claves del Antiguo Testamento y varios otros textos de apoyo, los cuales demuestran claramente la obligación bajo la cual estaba Israel de dar a conocer el mensaje de Dios a los gentiles. Estos tres pasajes son: Génesis 12.1-3; Éxodo 19.5,6 y Salmo 67. Al estudiarlos, tengamos en mente que también se aplican a nosotros. Como hijos espirituales de Abraham y «herederos de la promesa»,

tenemos la misma obligación.

El pacto abrahámico

La piedra fundamental de la relación de Dios con el género humano se muestra en varios pactos (o contratos) que Él ha hecho con sus hijos, a través de los tiempos. Los pactos con Adán, Abraham, Moisés y David han tenido un efecto significativo en la teología, pues han provisto las perspectivas básicas, por medio de las cuales, han sido vistas e interpretadas las doctrinas más importantes. En nuestro estudio de la misión mundial, el pacto abrahámico es de particular importancia, ya que muestra claramente cómo Dios planea obrar a través de su pueblo, en el cumplimiento de su misión.

Lea los términos del pacto abrahámico en Génesis 12.1-3, y después, conteste las siguientes preguntas:

- 1. ¿Cuáles son los beneficios que Dios promete a Abraham en el pacto propuesto?*
- 2. En todo contrato hay obligaciones que deben ser cumplidas como una condición para recibir los beneficios del mismo. ¿Puede usted deducir de este texto qué esperaba Dios de Abraham?*

Como hijos espirituales de Abraham y herederos de la promesas de Dios, entendemos que el pacto abrahámico tiene vigencia hoy. Esto es fundamental para entender la expectativa de Dios con la iglesia. En el cumplimiento de su propósito eterno, Dios también nos bendice para que podamos ser sus agentes de bendición a otros. En cualquier contrato, ambos firmantes están bajo la obligación de cumplir su parte del acuerdo. No hay duda de que a través de la historia Dios ha cumplido constantemente la suya, pero sus hijos han fallado al no acatar de buena gana su obligación.

Los términos del pacto fueron reafirmados a Abraham en varias ocasiones durante el curso de su vida, y también, transferidos específicamente a sus descendientes. En Génesis 17, cuando Abraham tiene noventa y nueve años y puede llegar a dudar que Dios cumpla su promesa, por causa de la esterilidad de Sara, nuevamente el Señor se le aparece y le asegura que obrará como le ha dicho. Aproximadamente un año más tarde, le nace un hijo de Sara.

Isaac, el hijo del pacto de Abraham, heredó los términos del mismo pacto, establecidos por Dios para él en Génesis 26. De igual manera, Jacob, el hijo de Isaac y heredero por derecho de nacimiento, recibió los términos del mismo pacto reiterado por Dios en Betel, según Génesis 28. A través de este período patriarcal registrado en Génesis, Dios obra fielmente cumpliendo su parte del acuerdo. Él bendice abundantemente a Abraham, Isaac y Jacob dándoles riquezas fabulosas, tierras, fama y una familia poderosa. Aún la transición a Egipto y los cuatrocientos años de cautividad son de bendición en forma disimulada. En el fértil valle del Nilo, un puñado de descendientes de Jacob llega a ser un pueblo multitudinario. Condicionados por la dureza de la esclavitud, se vuelven una nación vigorosa, cuya virilidad e instinto para sobrevivir les ayudan a perseverar hasta hoy.

- 3. Ahora vea Génesis 17.1-2. ¿Qué se demanda aquí de Abraham?*

4. *Lea la prueba definitiva de Dios para Abraham en Génesis 22.1-19. ¿Qué se espera de Abraham aquí? ¿Qué espera Abraham de Dios?*
5. *Vea Génesis 12 y lea nuevamente los tres primeros versículos. El Nuevo Testamento habla de «la obediencia de fe». ¿Qué tuvo que hacer Abraham a fin de apropiarse de los términos del pacto que Dios le ofreció?*

«Y Abraham le creyó a Dios y le fue contado por justicia...» (Santiago 2.23). No es menos lo que hacemos nosotros cuando creemos el testimonio de Dios de que en Cristo tenemos el perdón de pecados. La fe es actuar en base a la certeza de la Palabra de Dios (Hebreos 11.1). Abraham estaba seguro que Dios cumpliría hasta la última letra del contrato. También nosotros podemos estar igualmente seguros de ello.

A través del pacto abrahámico, entendemos que Dios intenta llevar a cabo su misión por medio de sus hijos. Él los bendice a fin de que puedan ser agentes de bendición para el mundo. Por medio del ejemplo de Abraham y de la multitud de sus descendientes espirituales sabemos que Dios es siempre fiel en el cumplimiento de sus promesas.



El Éxodo

El pacto abrahámico fue un contrato. Había condiciones que debían ser observadas por ambos, Abraham y Dios. Aunque a veces la sombra de la duda cruzó el sendero de Abraham, éste permaneció fiel en su creencia de que Dios cumpliría su Palabra. Por esta razón fue llamado «el padre de la fe». Pero no todos sus descendientes físicos demostraron esa misma fidelidad, aunque está claro que el Señor quiso que fueran herederos de la misma promesa.

Los primeros capítulos del Éxodo registran las maravillosas formas en que Dios obra al liberar a la nación de Israel de la esclavitud en Egipto. En cada paso del camino la poderosa mano del Señor está obrando. Tres meses después de esta gran liberación encontramos a Israel acampando en el desierto, al pie del monte Sinaí.

6. *Lea el mensaje «Alas de Águila» de parte de Dios para ellos, en Éxodo 19.3-6. ¿Cómo sostuvo Dios su parte del pacto?*
7. *¿Cuáles eran las dos cosas que, en el versículo cinco, se esperaban de Israel, a cambio de ser «especial tesoro» para Dios?*

La intención del Señor era que su mensaje fuese transferible a otros. Por eso lo confió a un pueblo humano. Israel se estableció como sacerdocio real para ministrar el reino de Dios a las naciones. Nos llama la atención que era la nación entera que es nombrada a esta función sacerdotal, no un grupo exclusivo. La función sacerdotal es principalmente la de ser un intermediario entre Dios y el pueblo. Percibe la voz de Dios y se la comunica al pueblo. A la inversa, escucha las necesidades y peticiones del pueblo y las presenta a Dios. Como sacerdocio santo, la función de todo el pueblo de Israel – como nación escogida – era de ser un intermediario entre Dios y los demás pueblos. Como su «especial tesoro», era el receptor de la gracia de Dios, el seleccionado para recibir sus bendiciones y compartirlas con las demás naciones.

Para recibir esta unción y bendiciones, tenían que obedecer a Dios. Para ejercer su función sacerdotal, Israel tenía que mantenerse como una nación santa y pura, totalmente separada de la contaminación moral de sus vecinos. No tenía que adorar a otros dioses ni seguir las mismas vanidades y pecados que consumían a los pueblos gentiles; por el contrario, debía entregarse completamente a Dios y a sus propósitos divinos.

El éxodo de Egipto y la conquista de Canaán fueron dos sucesos que sirvieron para establecer esa identidad de separación. De este modo, Dios santificó su nombre, apartándolo de aquellos dioses que las naciones no hebreas adoraban. Y a través del éxodo y de la conquista de Canaán, Dios continuó siendo fiel a su pacto con su pueblo y, por medio de hechos poderosos realizados por Israel, su nombre fue exaltado entre las naciones.



El pacto continúa

Los términos básicos del pacto que Dios establece con Abraham son repetidos, en una forma u otra, en más de cincuenta pasajes y versículos del Antiguo Testamento. El más conocido de estos es el Salmo 67, identificado como el padrenuestro del Antiguo Testamento. Probablemente este salmo fue cantado en la fiesta anual de acción de gracias de Pentecostés. ¡Cuán certeras debieron hallarse estas palabras con tan tremendo cumplimiento profético en el primer día de Pentecostés de la era cristiana! (Hechos 2).

8. Lea el Salmo 67. Los versículos 1-2 demuestran que el salmista tenía un claro entendimiento de la razón por la cual Dios había bendecido a Israel. Exponga esta razón con sus propias palabras.

9. Según los versículos 3-5, ¿por qué los pueblos deben alabar a Dios?

La justicia de Dios es ensalzada. Él es el gobernante justo de las naciones. Él bendice a Israel a fin de que todas las naciones puedan reconocer su soberanía; ha cumplido su parte del contrato y su pueblo reconoce la responsabilidad que le corresponde.

La oportunidad



El hecho de que Israel poseía la obligación bien definida de ministrar a las naciones es certísimo. Como un reino de sacerdotes, ellos tuvieron el papel de mediadores entre Dios y los otros pueblos. Pero, ¿cómo iban a hacer para cumplir con esta parte? ¿Qué clase de oportunidades iban a buscar? ¿Evangelizarían activamente a las naciones de su alrededor, o se sentarían a esperar que las naciones vinieran a ellos?

Las dos fuerzas

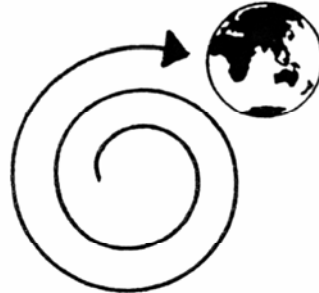
En el cumplimiento de la responsabilidad de Israel, estaban obrando dos fuerzas. La primera de éstas era “centrípeta”, una fuerza atrayente. Esta fuerza tenía su centro y su foco en el templo, que representaba el lugar donde moraba el nombre de Dios. Era un lugar santo, el corazón de las ceremonias y prácticas religiosas de Israel. Sin embargo, no se pretendía que sólo serviría a Israel como centro de adoración a Dios.

*10. Lea los siguientes pasajes: 1 Reyes 8.41-43; 1 Reyes 8.54-61; 1 Reyes 10.1-9; Isaías 56.6-8
¿Cuáles fueron los propósitos más importantes del templo?*

La segunda fuerza en operación era «centrífuga». Esta fuerza expansiva sirvió para llevar el mensaje de Dios más allá de los límites de Israel. Esta responsabilidad implícita de ir a las naciones y actuar como mensajeros de Dios, aparece repetidamente a través del Antiguo Testamento. Algunos de los ejemplos más obvios son los testimonios de cautivos como José, o de exiliados, como Daniel y Ester. Considere también a Jonás, a quien se le mandó que predicara el arrepentimiento a Nínive. Los libros proféticos, además, contenían muchos mensajes a las naciones, que debían ser comunicados. Dios no sólo usó a los grandes en esta tarea; fue una pequeña esclava israelita quien anunció a Naamán, el poderoso capitán del ejército sirio afectado con lepra, el gran poder de Dios para sanarlo. Por este testimonio, Dios bendijo a Siria.



CENTRÍPETA: una fuerza atrayente



CENTRÍFUGA: una fuerza expansiva

Algunos estudiosos de la Biblia pueden argumentar que estos casos fueron excepciones a la regla, señalando que muchos de estos ejemplos son de personas que estaban cautivas, o bien, ministrando contra su voluntad. Sin embargo, Dios los usó como testigos a las naciones. Es aún más razonable asumir que si Israel hubiera respondido con mayor fidelidad a su responsabilidad misionera, los desolados capítulos de sus exilios no se hubieran escrito.

11. ¿Por qué son necesarias ambas fuerzas en el cumplimiento de la misión de Dios?

Al considerar estas dos fuerzas, también es importante notar que Dios colocó a Israel en un lugar físicamente estratégico, para la comunicación del mensaje divino que debía transmitir al mundo. La tierra de Israel se hallaba en el centro geográfico de tres continentes: Asia, África y Europa. Era el principal cruce de caminos del mundo antiguo, así que tenía muchas oportunidades para exponer la verdad de Dios a los viajeros y comerciantes de diversas naciones. A la vez, constituía una buena base, desde la cual, Dios podía enviar sus emisarios a las naciones.

Israel tuvo la oportunidad de actuar como el mensajero de Dios a las naciones, así como también la de recibir «buscadores» provenientes de ellas. Ambas fuerzas, centrípeta y centrífuga, estuvieron obrando durante los tiempos del Antiguo Testamento, como lo están haciendo en la actualidad. Las dos, actuando a la vez, describen una tensión dinámica existente entre la consolidación del pueblo de Dios y su propagación.



El mensaje

El pacto abrahámico de Génesis 12, no sólo prometió que Abraham sería bendecido, sino también que él y sus descendientes serían una bendición para todas las naciones. El pacto en el Sinaí, en Éxodo 19, especificó cuál sería la función de Israel como agente portador de bendición a otros grupos culturales. Pero, ¿cuál era el mensaje que Israel tenía que proclamar? Aún no podían anunciar el evangelio de Jesucristo tal como lo conocemos hoy.

Abraham reverenció la verdad del Señor en la «obediencia de fe» y caminó en una vital y confiable comunión con un Dios viviente. Esta creencia en Él y esta sumisión a su soberanía en cada área de la vida es lo que Dios siempre ha deseado de la humanidad. Así pues, los hijos espirituales de Abraham debían portar y proclamar este mismo mensaje. Su obligación parte de una actitud, que como lo dice Miqueas, es «hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios» (Miqueas 6.8).

La identidad y el carácter de Dios

Si las naciones se hubieran sometido a la soberanía de Dios, habrían conocido quién era Él. Su nombre viene a ser el punto focal de su identidad. Jehová, el gran «Yo Soy», el Creador no creado, fue el título que Él escogió cuando se reveló por primera vez a Moisés en el Sinaí (Éxodo 3.13-15). El mensaje estaba contenido en su nombre, porque a través de él, Dios reveló su carácter a Israel. Él exaltaría su nombre con poderosos hechos y comprobaría su derecho de ser reconocido como Soberano del universo.

El poder salvador de Dios

El estudio de los nombres de Dios es extenso. No sólo revelan su identidad, carácter y preeminencia, sino que son el punto focal de su poder para salvar. A través de toda la Escritura encontramos repetidas referencias de hombres que «invocaron el nombre del Señor» u otras alusiones al poder salvador del nombre de Dios.

12. Lea las siguientes referencias: Génesis 4.26; Génesis 12.8; Salmo 50.15; Salmo 55.16; Isaías 55.6, 7; Romanos 10.12, 13. ¿Qué conceptos se desenvuelven en la expresión «invocar el nombre del Señor»?

Los cristianos frecuentemente tienen dificultades para entender cómo fueron salvadas las personas antes de la muerte y resurrección de Cristo. Pero muchos pasajes de la Biblia aclaran que el proceso de entonces no era significativamente diferente al de ahora. Los creyentes genuinos de todos los tiempos han demostrado siempre un reconocimiento fundamental de un solo Dios verdadero y soberano, su necesidad de reconciliación con Él, y fe en su capacidad y deseo de salvarlos y bendecirlos.

El Nuevo Testamento amplía nuestro conocimiento en lo que respecta a los detalles de la justificación, y la manera como Dios llevó a cabo su programa de redención a través de Cristo. Pero los creyentes del Antiguo Testamento no tenían menos confianza que la que nosotros tenemos hoy en la provisión de Dios para su salvación. Fue así como Job, en la antigüedad, pudo afirmar con confianza: «Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y

después de deshecha está mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro...» (Job 19.25-27).

La victoria definitiva de Dios

Como lo indica el texto precedente, los creyentes del Antiguo Testamento también miraban hacia adelante, al día del regreso de Dios a la tierra y del restablecimiento literal y físico de su reino.

13. Lea los siguientes pasajes y escriba el pensamiento clave de cada cita, con respecto al establecimiento verdadero del gobierno de Dios: Salmo 66.4; Salmo 86.8-10; Isaías 12; Jeremías 16.19-21; Sofonías 3.8-9; Zacarías 14.9.

En cantos, palabras y hechos, Israel demostró a las naciones que Dios es el Soberano del universo. Los creyentes de todas las épocas lo han reconocido como Señor y se han sometido a Él. Desde los primeros tiempos, han estado unidos en la esperanza de su regreso y de la restauración de su reino en la tierra.

B. La historia de su gloria

Dios ha propuesto revelar su gloria a todas las naciones, y la Biblia es la historia de su gloria. La palabra “gloria” se refiere a la hermosura y grandeza de Dios y también a la gloria que recibe cuando seres humanos entran en una relación con Él y le adoran debidamente.

Los nombres de Dios revelan distintos aspectos de su gloria por manifestar distintos atributos y su carácter. Es la intención de Dios que todas las naciones le adoren por medio de Jesucristo, quien les ofrece la salvación y la manera de entrar en una relación personal con Él, como verdaderos adoradores. Como alguien ha dicho, misiones es la tarea de reclutar miembros para el gran coro de Apocalipsis siete, que adoraran frente al trono de Dios para siempre.

Nuestra adoración expresa nuestro amor y lealtad a Dios. En tanto, Dios responde con amor y misericordia a los que le aman. Es esencialmente nuestra manera de expresar que consideramos de mucho valor nuestra relación con Dios. También sirve para expresar la verdad acerca de Dios.

El enfoque sobre la adoración nos trae coherencia a la tarea misionera. Hay una relación directa entre una pasión por Dios, y el desarrollo de una pasión por las almas. Sabemos que eventualmente, todas las naciones tendrán una representación en este grupo de adoradores (Apocalipsis 7.10). Esto nos ayuda a definir la misión y traer integración a sus actividades. Y porque todas las naciones necesitan ser representadas en el coro de adoradores, nos pone en claro la importancia de iniciar movimientos autóctonos de obediencia a Cristo y adoración, en cada pueblo y nación. En el siguiente artículo, Steve Hawthorne nos ayuda a entender con profundidad la importancia y relación de la gloria de Dios y la obra misionera.

La historia de su gloria

Steven C. Hawthorne¹

La Biblia es básicamente una historia acerca de Dios. Cuando la observamos en su totalidad, desde el punto de vista de Dios, la gran historia de amor toma sentido: no es simplemente que Dios ama a los seres humanos. Los está transformando para que puedan amarlo plenamente a Él. Dios está atrayendo hacia sí a adoradores que, inspirados por el amor, le rindan gloria libremente. Dios sólo puede ser amado cuando se lo conoce. Es por eso que la historia de la Biblia es la historia de un Dios que se revela a sí mismo. Teniendo como núcleo el amor apasionado de Dios, la Biblia es verdaderamente la historia de Su gloria.

Conceptos básicos de la gloria

Para trazar la historia de Dios tal cual la presenta la Biblia, necesitamos tomar tres ideas interrelacionadas que definen la historia a cada paso: la gloria, el Nombre de Dios y la adoración.

La gloria

No se deje despistar por la palabra «gloria», con su dejo religioso. La gloria es la belleza de una relación que todo corazón humano aspira ver, y al cual aún puede aspirar a entrar. La palabra «gloria», en las Escrituras, se refiere al valor esencial, la belleza y el gran precio de los seres humanos, de lo creado, y por supuesto, del Creador mismo. La palabra hebrea que significa «gloria» es una palabra que significa el peso, la esencia de algo y, al mismo tiempo, el brillo o belleza radiantes que posee. Glorificar a alguien significa reconocer su valor intrínseco y su belleza, y hablar de esa cualidad públicamente. Glorificar a Dios significa alabarle o hablar de Él abiertamente y haciendo honor a la verdad. La gloria es el corazón mismo de la adoración a lo largo de las Escrituras:

Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre (Salmo 86.9).

Nosotros...servimos a Dios en espíritu... nos gloriamos en Cristo Jesús (Fil. 3.3).

La idea de «gloria» también se refiere a la honra que puede ser dada u otorgada. Cuando alguien es exaltado o engrandecido, está, en cierto modo y en el sentido bíblico, siendo glorificado. Dios tiene tanta gloria que puede otorgar honores extravagantes a sus siervos humanos sin menoscabar de modo alguno su propia majestad. Jesús sacó a luz nuestra costumbre de buscar «gloria los unos de los otros», y al mismo tiempo, «no buscar la gloria que viene del Dios único» (Juan 5.44).

El Nombre de Dios

A lo largo de la historia central de la Biblia, los autores bíblicos usan el concepto del «Nombre de Dios» como idea clave. Podemos distinguir tres funciones que cumple el Nombre:

¹ Steven Hawthorne es el fundador y director de WayMakers, en Austin, Texas. Luego de co-editar en 1981 el curso y el libro *Perspectivas del movimiento cristiano mundial*, inauguró el “Proyecto Josué”, una serie de expediciones para hacer una investigación sobre grupos humanos no alcanzados por el evangelio en las ciudades principales del mundo. Fue co-autor, con Graham Kendrick, de *Prayerwalking: Praying on site with insight* (Caminatas de Oración: la oración perceptiva en sitio), y ha escrito numerosos artículos.

referencia, revelación y reputación.

Referencia: En primer lugar, están los nombres mismos que se utilizan para referirse a Dios en la Biblia. Dios nunca es anónimo en su historia. Utiliza muchos nombres, y cada uno lo identifica y distingue. Es tan apropiado referirse al Dios de las Escrituras como «el Señor de los ejércitos» como lo es referirse a Él como «Dios todopoderoso» o «Juez de toda la tierra» o «Rey de gloria». Cada uno de estos nombres es verdaderamente el Nombre de Dios.²

Revelación: En segundo lugar, Dios se complace en revelarse fielmente a través de cualquiera de los nombres bíblicos. Esta función es la de *revelación*. Por ejemplo, cualquiera que dedica algunos minutos a reflexionar sobre el nombre bíblico «Jehová mi pastor», llegará a comprender mejor la bondad protectora de Dios.

Reputación: El tercer uso de la frase «el nombre de Dios» es el que más abunda en la Biblia, aunque no es muy ampliamente reconocido. «El Nombre de Dios» generalmente se refiere a su renombre. Esta función del nombre es la de recalcar la *reputación* de Dios. El Nombre de Dios es su apodo mundial. Es la memoria pública, basada en eventos históricos, que establece para el futuro una reputación digna de confianza. El Nombre de Dios es el conjunto de verdades acerca sí mismo, que Él ha desplegado y declarado en el relato que va desarrollándose a lo largo de la historia bíblica. El pueblo hebreo debía no sólo atesorar esta historia, sino también contarla. A diferencia de muchas religiones, la revelación de Dios nunca fue un asunto secreto reservado para algunos pocos. Isaías llama a Israel a «hacer conocer entre los pueblos sus obras», a fin de que se recuerde permanentemente a las naciones «que su nombre es enaltecido» (Isa.12.4). Como veremos, gran parte de la historia de la Biblia relata lo que Dios ha hecho para que Su Nombre sea engrandecido entre las naciones.

Adoración

¿Por qué es que Dios desea ser conocido con tanta precisión? Lo que quiere Dios no es meramente gozar de fama mundial, desea ser adorado «en verdad».

Dios revela gloria a fin de recibir gloria

La gloria de Dios fluye en dos sentidos. En primer lugar, su gloria fluye hacia el mundo. Muestra su gloria a los pueblos en todo el mundo. Revela quién es y lo que ha hecho, a fin de lograr que la gloria fluya en el otro sentido: que la gente le dé gloria a través de la adoración en amor. Dios *revela* su gloria a todas las naciones a fin de que pueda *recibir* gloria de la gente, a través de su adoración. El salmo 96 muestra la gloria de Dios fluyendo en estos dos sentidos. Dios manda

² ¿Qué decimos acerca del nombre “Yahweh”; o, como está en algunas traducciones, “Jehová”? Es, sin duda, un nombre importante. Pero debemos tener cuidado de no pensar en el Dios viviente como si poseyera un solo nombre legal, “verdadero”, como si tuviera un certificado de nacimiento en algún archivo. La Biblia es muy consecuente en pedir que conozcamos a Dios del modo que aspira a ser conocido mundialmente. La pregunta de Éxodo 3.13 probablemente no tiene el sentido de referencia (Moisés, ¿a cuál Dios estás representando?). Era, más bien, cuestión de la reputación de Dios (¿Qué tipo de trayectoria tiene este Dios, que nos movería a cometer un acto suicida como lo es la rebelión contra el Faraón? ¿Hay fundamento para pensar que Dios es fiable?) Es posible entender el tetragrámaton (YHWH) en el sentido de “Yo haré que sea lo que ha de ser”, que concuerda perfectamente con un Dios que es tanto Creador como cumplidor de lo prometido. El contexto más amplio recalca la respuesta final de Dios al interrogante del pueblo: “Así dirás a los hijos de Israel: ‘Jehová, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre; con él se me recordará por todos los siglos.’” (Éxodo 3.15).

que su gloria sea declarada a las naciones en los versículos 2 y 3:

*Anunciad de día en día su salvación;
Proclamad entre las naciones su gloria,
En todos los pueblos sus maravillas.*

¡Qué descripción elocuente de la evangelización del mundo! Pero a continuación, el salmista nos dice el propósito de la evangelización del mundo, describiendo en los versículos 7 al 9 el segundo aspecto de la gloria de Dios, la respuesta de gloria de las naciones hacia Dios:

*Tributad a Jehová, dad a Jehová la gloria y el poder.
Dad a Jehová la honra debida a su Nombre;
Traed ofrendas y venid a sus atrios.
Adorad a Jehová en la hermosura de la santidad;
Temed delante de él, toda la tierra.*

El propósito central de las misiones fluye en esta asombrosa economía de la gloria: Dios *revela* su gloria a todas las naciones a fin de *recibir* gloria de toda la creación.

Un propósito que va más allá de la salvación

Cierto es que la gente es salva a través de la proclamación global de la salvación de Dios, pero el valor supremo de su salvación se ve, no en aquello *de lo cual* ha sido salvada; lo que realmente importa es *para qué* ha sido salvada. La gente es salva para servir a Dios en adoración. En este sentido, podemos decir que la evangelización mundial es para Dios. Aunque estemos muy acostumbrados a pensar que los seres humanos son de suprema importancia, la Biblia es clara: el fundamento de la misión es la colosal dignidad de Dios. Observe la lógica del Salmo 96.2-4:

*Anunciad de día en día su salvación;
Proclamad entre las naciones su gloria,
En todos los pueblos sus maravillas,
Porque grande es Jehová y digno de suprema alabanza;
Temible sobre todos los dioses.*

Una razón que va más allá de la supremacía de Dios

La razón que da origen a la misión parece sencilla: ya que Dios es supremo, toda criatura debiera postrarse en sujeción a Él. ¿Pero es realmente ésta la lógica central del universo? Nuestros corazones no están de acuerdo. Hay algo más. Las Escrituras proclaman en voz alta la verdad que Dios es amor. Dios llama a los seres humanos a amarle con todo lo que son. ¿Dónde yace el amor de Dios? y ¿dónde yace el amor nuestro que responde a ese amor?

Un Dios que exige adoración sólo porque es supremo no parece ser un Dios de amor. Es más, un Dios así ni siquiera parece merecer admiración. El énfasis de Dios sobre la adoración podría hacer creer que tiene un problema de falta de auto-estima. Es necio hablar del celo de Dios por la adoración como si Dios fuera alguna quejumbrosa deidad tribal amenazada por dioses rivales. Dios no se siente amenazado; al contrario, le entristece enormemente la falsa adoración. Cuando los seres humanos adoran a cualquier ser o a cualquier cosa que no es Dios, empiezan a asemejarse a lo que adoran. Dios tiene mejores intenciones para los seres humanos. ¿Qué es, en realidad, la verdadera adoración? La adoración ocurre cuando las

personas reconocen quién es Dios y ofrecen un reconocimiento público, acercándose libremente a Dios, ofreciéndole gratitud personal y una lealtad persistente día a día. La adoración es una interacción de relación genuina con Dios. Es por eso que Dios siempre nos invita a adorarlo trayendo ofrendas.

Dios no necesita las ofrendas de adoración. Pero la ofrenda trae al que ofrenda. Es por eso se exhorta a las naciones a venir trayendo ofrendas, a ofrecerle a Dios lo más valioso (Salmo 96.8 y muchos otros pasajes). A través de sus sacrificios y de sus ofrendas, las naciones se ofrecen a sí mismas.

Brindando plenamente Su amor

¿Por qué tanto desea Dios la adoración? Hay dos razones: se deleita en el amor sincero que le llega a través de la adoración genuina. Pero hay algo más: al atraer a los seres humanos hacia una adoración verdadera, Dios puede brindarles su amor plenamente. Se ve esto en el Salmo 96.6.

*Gloria y esplendor hay delante de él;
Poder y hermosura hay en su santuario.*

«Gloria y esplendor» no se refieren a lo que Dios siente. Más bien, juntamente con «poder y hermosura» (el pasaje paralelo en 1 Crónicas 16.27 dice «alegría»), se trata de aspectos de la presencia de Dios que han de experimentar los que se acercan a Él en verdadera adoración. No hay cosa más espléndida o majestuosa para un ser humano que sentirse levantado y colocado en la hermosa y emocionante grandeza de la presencia real de Dios.

El ser humano da gloria a Dios mediante la adoración. Mirándolo desde el punto de vista de Dios, podemos ver que la adoración es también el medio que Dios usa para glorificar a los seres humanos en el mejor sentido, el de hacerlos entrar al lugar de supremo honor. La adoración satisface el amor de Dios. Ama tanto a las personas, que está dispuesto a exaltarlas a algo que es mayor que la grandeza; desea hacerlas llegar a un lugar de honor cerca de sí mismo. Nunca podremos percibir el alcance de lo que Dios ha preparado para los que le aman, aunque lo intentemos con toda nuestra mente y corazón (1 Cor. 2.9).

Quizás Juan vislumbró la «gloria y esplendor» de la corte celestial en Apocalipsis 5.1-14. Escuchó a las huestes celestiales levantar sus voces aclamando la maravilla de la redención de gente de toda tribu y lengua, efectuada por Dios mismo. ¿Por qué ha redimido Dios a los seres humanos tan indignos al extravagante precio de la sangre de su Hijo? Es más, ¿por qué ha comprado a algunos representantes de cada uno de los grupos étnicos? ¿Qué valor tienen éstos? Su extraordinario valor es el siguiente: ellos serán sus sacerdotes. Representantes de cada pueblo gustosamente ofrecerán a Dios los honores distintivos y las glorias redimidas de sus pueblos. Cada uno de estos pueblos tiene un valor eterno a causa de la sangre de Cristo. Cada uno de los pueblos tiene un sitio señalado delante de Dios. Dios se ha propuesto en su corazón poderoso traerlos a ese lugar. Debe ocurrir. La pasión de este amor de Dios sin respuesta por cada uno de estos pueblos, es la esencia misma de toda verdadera empresa misionera.

El salmista refleja el celo de Dios por los grupos humanos de la tierra. Dios llama a cada una de las «familias de las gentes», es decir, aquellos que están ligados por sangre y matrimonio con

antecedentes generacionales. Cada una de estas familias extendidas tiene una historia y un destino ante Dios. Cada una recibe una invitación formal a entrar en su presencia real (Salmo 96.7-9). No deben presentarse con las manos vacías, sino que deben ofrecer a Dios una muestra de la gloria y la fuerza peculiares de su pueblo. Los pueblos han de ofrecer ofrendas de alabanza a Dios en sus muchos idiomas; pero ningún grupo debe ofrecer especulaciones acerca de lo que constituye la verdadera alabanza. Sólo la verdad de lo que Dios ha revelado respecto de sí, «la gloria de su Nombre» es la esencia y medida fiel de lo que es la alabanza digna (versículo 8).

1. *¿Cuáles son las tres «ideas» importantes acerca de la gloria de Dios que presenta el autor?
¿Cómo se pueden expresar estas ideas en la práctica diaria del creyente?*

La Biblia como historia de Dios

La Biblia es el asombroso drama cuyo tema es el amor de Dios atrayendo la adoración de las naciones. Recuerde la tesis básica: Dios *revela* su gloria a todos los pueblos, a fin de *recibir* gloria de toda la creación. Esta dimensión doble de la gloria puede ayudarnos a encontrarle sentido a lo que parece ser un embrollo de antiguas historias.

Abraham

Cuando Abraham llegó a la tierra prometida, no se destacó como misionero brillante, sea cual fuere la definición que le demos a tal papel. El relato indudablemente no lo pinta como un gran evangelista. De hecho, fue expulsado de Egipto en desgracia (Gen. 12.10-20). Los vecinos de Abraham lo asustaron tanto que mintió acerca de su familia. El razonamiento que lo llevó a declaraciones falsas acerca de su esposa no revelan que tenía la confianza de un evangelista de que vidas pueden cambiar: «Ciertamente no hay temor de Dios en este lugar» (Gen. 20.11). Pero a pesar de todas sus fallas, realizó el acto más misionero posible al llegar a la nueva tierra: su primer acto fue de establecer la adoración pública y continua de Dios. «...edificó allí un altar a Jehová...e invocó el nombre de Jehová» (Gen. 12.7-8). Puede ser que los de su familia hayan sido los únicos adoradores en ese altar, pero Dios fue nombrado y adorado explícita y públicamente.

Bendecido para bendecir a Dios

A la vista de las naciones, Abraham firmemente nombró a Dios como aquel que le recompensaría y bendeciría. Sus valientes palabras (Gen. 14.21-24) se vieron sustanciadas por los bienes que Abraham ofrendó a Dios. Abraham ofreció a Dios tanto las riquezas de Sodoma como las de otras naciones. Ayudó a naciones extranjeras a presentar un diezmo a Dios, un conocido acto formal de adoración a Dios (Gen. 14.18-20).

Abraham fue bendecido a fin de ser una bendición a las naciones (Gen. 12.1-3). Pero el propósito va más allá de ser bendición a las naciones. ¡Dios mismo es bendecido!

2. *¿En qué forma práctica demuestra Abraham su preocupación por la gloria de Dios, al llegar a Canaán?*

El Éxodo

Dios hizo algo más para engrandecer su Nombre que lograr la temprana adoración de Abraham. Actuó globalmente a través del éxodo. Éxodo 9.13-16 es el pasaje clave; allí Moisés ofrece un ultimátum al Faraón, describiendo osadamente los propósitos de Dios:

Así dice Jehová, el Dios de los hebreos: «Deja ir a mi pueblo para que me sirva. Porque esta vez enviaré todas mis plagas sobre ti, sobre tus siervos y sobre tu pueblo, para que sepas que no hay otro como yo en toda la tierra. Porque si yo hubiera extendido mi mano y te hubiera herido a ti y a tu pueblo con pestilencia, ya habrías sido cortado de la tierra. Pero en verdad, por esta razón te he permitido permanecer: para mostrarte mi poder y para proclamar mi Nombre por toda la tierra».

Dios se estaba diferenciando de todos los dioses de la tierra. Estaba forjando para sí un «Nombre eterno» (Isa. 63.11-14 y Neh. 9.9-10). Quería que todos en Egipto y más allá de Egipto supieran terminantemente que no había otro dios como el Dios «único viviente».

Juzgando a los dioses de Egipto

Algunos eruditos han notado que cada una de las plagas de Egipto estaba dirigida contra uno de los dioses falsos de Egipto, o contra las estructuras opresivas de poder que eran reverenciadas con fanático celo.³ Algunas de las deidades egipcias, tales como el río Nilo o el gran dios del sol se vieron comprometidas directamente por las plagas de sangre y de oscuridad. Otras deidades sufrieron ignominia al ponerse en claro su total incapacidad para hacer lo que debían hacer, como los dioses que eran reverenciados por su capacidad de detener las manifestaciones de insectos o de proteger al ganado de las enfermedades. La poderosa élite religiosa pasó vergüenza. Las fuerzas militares altamente reverenciadas fueron sumariamente aniquiladas. ¿Por qué estaba Dios destruyendo a Egipto ante los ojos del mundo?

Dios estaba ejecutando juicios «contra todos los dioses de Egipto» (Éx. 12.12). Su fin principal no era destruir a seres humanos, sino más bien devastar a una de las colecciones de dioses falsos más admiradas en el mundo entero. Si hubiera querido destruir al pueblo de Egipto, podría haberlo hecho rápidamente. «Porque si yo hubiera extendido mi mano y te hubiera herido a tí y a tu pueblo con pestilencia, ya habrías sido cortado de la tierra. Pero en verdad, por esta razón te he permitido permanecer...para proclamar mi Nombre por toda la tierra» (Éx. 9.15-16).

Las naciones prestan atención

¿Tuvo éxito? ¿Se dio cuenta el mundo de que Dios estaba engrandeciendo su Nombre? La asolación de Egipto relatada en el libro de Éxodo no salió en los titulares hieroglíficos del país; pero debemos entender que aquellos eventos que hacían quedar mal a Egipto nunca se registraban en sus documentos.

La Biblia nos dice que las olas del Mar Rojo no habían alcanzado a aquietarse antes de que Moisés guiara al pueblo en una canción: «¡Jehová es su Nombre!... ¿Quién como tú, Jehová, entre los dioses? ¿Quién como tú, magnífico en santidad?» Luego comenzaron en su canción a

³ Véase *Moses and the Gods of Egypt (Moisés y los dioses de Egipto)*, por John Davis, (Grand Rapids: Baker Book House, 1971).

enumerar algunas de las naciones vecinas, afirmando claramente que: «lo han oído los pueblos y tiemblan» (Éx. 15.3, 11, 14-15).

3. *¿Cómo sirvió el éxodo para engrandecer el nombre de Dios?*

La conquista

A primera vista, la conquista puede parecer al lector moderno un acto de genocidio para apoderarse de la tierra, no la acción de un Dios bueno y amante. Pero el examen cuidadoso de los pasajes pertinentes de las Escrituras muestra que Dios dispuso la conquista de Canaán con un doble propósito. En primer lugar, Dios estaba recompensando con justicia la «impiedad» de los pueblos de la tierra (Deut. 9.5). En segundo lugar, la razón principal que explica la ferocidad de la conquista hebrea es esta: Dios estaba demoliendo sistemas de falsa adoración a fin de preservar la singular devoción de su pueblo y la santidad de su Nombre. Casi todos los pasajes que explican la razón de la expulsión de los habitantes de la tierra, ofrecen esta explicación: la adoración cananea rápidamente lograría apartar a los hebreos «de seguirme para servir a otros dioses» (Deut. 4.15-24; 6.13-15; 7.1-8, etc.).

La idolatría profanaría el Nombre

La mayoría de los creyentes hoy en día no parecen sentirse amenazados por la idolatría. Los primeros cuatro de los diez mandamientos pueden desconcertarnos o aún aburrirnos. ¿Por qué Dios tenía una pasión tan feroz contra la idolatría? Si no comprendemos los alcances globales de su gloria, podría parecer que Dios estaba alterado a causa de un hábito desagradable y primitivo.

Pero piense en la idolatría desde el punto de vista de Dios. Él había distinguido Su Nombre muy por encima de todo otro nombre. Cualquier tipo de idolatría en efecto profanaría (es decir, rebajaría, haciendo común) el Nombre de Dios, aquel Nombre que Dios acababa de escoger y proclamar al mundo.

4. *¿Por qué odia Jehová la idolatría?*

El Templo

Quizás la primera mención clara del templo ocurre en los llanos de Moab antes de que Josué introdujera al pueblo en la tierra prometida. Moisés transmite las directivas divinas de destruir «todos los lugares donde las naciones...sirvieron a sus dioses». En vez de remodelar algunos de los antiguos lugares de culto, los santuarios debían ser completamente destruidos a fin de «borrar su nombre de aquel lugar». El Nombre de Dios nunca debe ser confundido con el nombre de otra deidad. Se edificaría, en cambio, un lugar nuevo y especial «para poner allí su nombre y habitar en él» (Deut.12.2-14, sobre todo el versículo 5).

Piense en lo que Dios declara ser el propósito del templo: «poner allí su nombre y habitar en él». Dios quería hacer dos cosas en este lugar especial. Primero, quería hacerse conocer mediante «Su Nombre». Sería un lugar de revelación, a medida que los adoradores exaltaran

el carácter de Dios y dieran expresión a relatos y cánticos acerca de su obra. En segundo lugar, Dios deseaba un lugar de encuentro, de relación, de morada. Desde la primera mención del tabernáculo, Dios insinúa su deseo de disfrutar una proximidad exaltada en medio de su pueblo: «habitaré en medio de ellos» (Éx. 25.8). «Habitar» significa relacionarse. Es la adoración consumada. Dios se acerca a su pueblo cuando ellos se acercan a Él. Salomón sabía que el templo no era el domicilio de Dios. Al dedicar esa fabulosa estructura, oró: «Pero, ¿es verdad que Dios habitará con el hombre en la tierra? Si los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener, ¿cuánto menos esta casa que he edificado?» (2 Crón. 6.18).⁴

Pero la casa no era solamente para Israel. Salomón hizo mención especial de «los pueblos». Sabía que el propósito de Dios para el templo era dar la bienvenida a todas las naciones para que adoraran. Salomón no oró para que vinieran unos pocos individuos, sino para que vinieran muchos de cada uno de los pueblos.

5. *¿Qué propósito tiene el templo como medio para traer gloria a Dios?*

Las naciones comienzan a venir

Las escrituras muestran que poco después de completado el templo (1 Reyes 9.25) la reina de Sabá «oyó de la fama de Salomón, *por causa del nombre del SEÑOR*» (10.1). Vino para aprender, escuchó la sabiduría de Salomón (v. 8) y se fue entendiendo algo del Dios que cumple lo pactado y que «ha amado siempre a Israel». Se dio cuenta, como sólo podía hacerlo un potentado real, que Dios mismo había establecido el poder de Salomón, como también la esperanza de que a través del reinado de Dios hubiera «derecho y justicia» (v. 9).

¿Fue este un caso aislado? Aparentemente no. Pocos versículos más abajo dicen que «toda la tierra procuraba ver el rostro de Salomón, para oír la sabiduría que Dios había puesto en su corazón» (v. 24). Los propósitos de Dios aparentemente se estaban cumpliendo. Su Nombre era engrandecido. Israel lo estaba dando a conocer de modo que las naciones pudieran conocer a Dios personalmente. ¿Qué podría haber entorpecido el plan de Dios, que estaba en pleno desarrollo, de atraer a las naciones a sí mismo? Sólo una cosa. Y era aquella respecto de la cual Dios había estrictamente advertido a su pueblo: la idolatría.

Y de todos los horrores posibles, ocurrió el peor. Fue Salomón mismo quien abrió la entrada a una idolatría grotesca. Hasta edificó santuarios a la vista del monte santo de Dios (1 Reyes 11.1-8). ¿Puede algún creyente que lee estos versículos no sentirse desilusionado y asqueado? Es difícil no especular acerca de lo que podría haber ocurrido si la adoración se hubiera mantenido pura e ininterrumpida durante por lo menos otra generación.

La persistencia de Dios

El plan de Dios era sencillo: Dios engrandecería su Nombre y luego Israel podría hacerlo

⁴ No debe usted tomar la pregunta de Salomón acerca de la posibilidad de que Dios more con el pueblo en la tierra como si deseara de esa posibilidad. La intención de su oración no es la de proveer un mapa definitivo del cosmos. Es, más bien, un ejemplo de humildad al acercarse al Altísimo. Salomón continúa su oración con una petición profundamente humilde, expresada en los términos más formales del discurso de la corte: que el rey de toda la tierra se digne mirar hacia un lugar de encuentro y otorgar audiencias tal cual lo había prometido (2 Crón. 6.19-21). Véase también 2 Crónicas 6.1-2, que expresa el reconocimiento de Salomón al presenciar la nube de la gloria de Dios llenando con tan temible brillantez el templo, que ningún sacerdote podía soportarlo (2 Crón. 5.13-14).

conocer. Siempre ha sido su propósito diferenciar Su Nombre del de todos los otros dioses, y luego dar la bienvenida a las naciones para que le adoren personalmente a la luz de ese Nombre revelado por el testimonio del pueblo de Israel.

La historia, a partir de este punto, se convierte en una prolongada lucha con altibajos contra la idolatría. Varios episodios reaniman la fidelidad en la adoración a Dios; pero van seguidos nuevamente de chocantes bajones, al profanarse el Nombre de Dios. El hecho más importante a través de las generaciones era la gloria de Dios vista en la adoración de Israel. A veces el pueblo hizo caso omiso de la adoración a Dios, de modo tal que pasaban generaciones enteras sin que se prestara la más mínima atención a los regímenes sencillos, a través de los cuales Dios había invitado a Israel a encontrarse con Él (las ordenanzas del culto en los libros de Moisés). Las palabras de algunos de los profetas muestran que, aún cuando se observaban las normas del culto, a menudo se lo hacía superficialmente. Los profetas denunciaron el culto superficial, demostrando que perversamente carecía de la justicia y bondad que debía haber prosperado detrás de toda ofrenda y oración a Dios (Isaías 1.11-15; Amós 5.21-24; Miqueas 6.6-8). Aunque Dios demoró el gran sacudón de Israel y Judá, terminó por separar al pueblo de la tierra que debió ser el muestrario de la bendición de Dios. Fueron exiliados a países distantes. Y luego, la tragedia culminante: la casa de Dios fue quemada y reducida a escombros.

Ya hacia el fin del tiempo del exilio, Daniel clamó a Dios, pidiendo que cumpliera su promesa de restaurar el templo y su pueblo. Daniel comprendía claramente todo el drama; Dios había sacado a su pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa para establecer Su Nombre: «te hiciste renombre cual lo tienes hoy» (Dan. 9.15). Lo que más preocupaba a Daniel era que las ruinas sobre el monte del templo en Jerusalén, que habían sido para gloria, eran un reproche continuo para la gloria de Dios de parte «de todos los que nos rodean». Oró pidiendo que Dios restaurara el pueblo y la ciudad a fin de que la gloria de Su Nombre fuera restaurada. Daniel no basó su pedido en una supuesta grandeza de Israel, sino «por amor de tí mismo, Dios mío, porque tu Nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo» (Dan. 9.16-19).

La gloria de Dios en Cristo

Cristo es el punto culminante de la historia de la gloria de Dios. Cuando lleguen a su fin todas las cosas, Él habrá comprado y llevado a gentes de toda tribu y lengua para honrar al Padre. No es de sorprender, por tanto, que cada paso que dio fue parte del movimiento de la historia de la gloria de Dios hacia su culminación por todas las naciones.

Jesús resumió Su ministerio refiriéndose a la gloria global que traería al Padre:

Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera.

¿Y cuál fue la obra?

He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. (Juan 17. 4, 6).

Santifica tu Nombre

La oración que Jesús enseñó a sus discípulos para que la oraran puede ser fácilmente malentendida a causa de la traducción española anticuada: «Santificado sea tu Nombre». La

oración no es una alabanza. Es, en el idioma original, un pedido explícito. «Padre... ¡santifica tu Nombre!» Parfraseándolo: «Padre, levanta en alto, resalta, exalta, manifiesta, y revela tu Nombre a los pueblos de la tierra. Hazte famoso a causa de lo que realmente eres. Haz que los pueblos de la tierra te conozcan y te adoren». La oración puede ser orada más plenamente en la dimensión global indicada por Jesús: «en la tierra como en el cielo». Es innegable que esta es la oración primordial de todo creyente. La oración debe ser entendida. Sin duda, Jesús está enseñando a la Iglesia a orar por el cumplimiento de los propósitos antiguos revelados en la Ley, en la historia, en los cantos, y en las profecías de Israel, para la gloria de Dios.

En un encuentro significativo con la mujer samaritana, no judía, Jesús declaró el futuro que tenía Dios para ella y para otras naciones gentiles: «la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca que lo adoren» (Juan 4.23).

Una casa de adoración de todos los pueblos

En su hora más pública y más apasionada, Jesús sacó a relucir el tema de la adoración de todos los pueblos. Limpió el templo del comercialismo religioso que había bloqueado prohibitivamente el acercamiento de las naciones a Dios. Citó Isaías 56.7: «mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos». Los dirigentes religiosos que lo estaban escuchando recordaron de inmediato el resto del pasaje que Jesús estaba citando, Isaías 56.6-7. Jesús quiso que lo escucharan en su totalidad:

*Y a los hijos de los extranjeros que sigan a Jehová para servirle, que amen el nombre de Jehová para ser sus siervos; a todos los que guarden el sábado para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptados sobre mi altar, **porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.***

Justo antes de encaminarse a la muerte, Jesús sacó a relucir el propósito de su vida y el propósito de su próxima muerte (Juan 12.24-32). Consideró abiertamente la opción de pedirle al Padre que lo rescatara de morir: «¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?» Pero no pidió escapar; en cambio, dijo: «Pero para esto he llegado a esta hora». ¿Cuál era el propósito? El propósito irrumpe de su corazón en la afirmación que sigue. Se convierte en la oración de Su muerte y de Su vida: «Padre, ¡glorifica tu nombre!» Y luego, ante el asombro confuso de los que estaban cerca, Dios Padre en persona respondió desde el cielo: «lo he glorificado (refiriéndose a su Nombre), y lo glorificaré otra vez». Aún es atronadora la respuesta de Dios desde el cielo si es que usted puede oírla. Es la respuesta de Dios a cualquiera que entrega su vida al Padre para mayor gloria de Su Nombre. Jesús dijo que la respuesta no había venido por Él, sino por Sus seguidores, quienes también pasarían por momentos semejantes de tener que escoger seguirle (12.30) en conformidad con el propósito original de Dios. ¿De qué modo podría la muerte de Jesús glorificar el Nombre de Dios? «...cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (12.32).

6. ¿Cómo se puede resumir el propósito de Cristo?

Un ministerio de extraordinaria gloria con Pablo

Pablo comprendió que su vida era continuación de ese antiguo propósito de lograr un derramamiento masivo global de obediente adoración por parte de todas las naciones. El enunciado más preciso del propósito de su misión fue «conducir a todas las naciones a la

obediencia de la fe *por amor de su nombre*» (Rom. 1.5; bastardilla agregada). Pablo vio al mundo entero dividido en dos sectores: donde Cristo era «nombrado» y donde Cristo no era aún nombrado. Pablo dio decidida prioridad a los esfuerzos que contribuían a la obra donde Cristo no había sido nombrado (Rom. 15.20)⁵.

Podemos ver la dirección doble de la gloria de Dios en el ministerio de Pablo. Por una parte, trabajó para glorificar a Dios, revelando a Cristo a las naciones, logrando que Cristo fuera «nombrado». Pero su más grande celo, su mayor gloria, era lo que regresaría a Dios *desde* las naciones. «...por la gracia que de Dios me es dada para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando [como sacerdote]⁶ el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean como ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo. Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús en lo que a Dios se refiere»⁷ (Rom. 15.15-17).

Ensayando para la gloria eterna

Al finalizar la historia, nos asombrará la magnitud de lo que ha logrado el amor de Dios. Su amor habrá triunfado, ganando la devoción apasionada de todos los pueblos. Jesús habrá cumplido totalmente la promesa hecha al Padre: «Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado esté en ellos...» (Juan 17.26).

Más allá de la historia, habremos descubierto que todo el servicio de adoración de las muchas naciones a lo largo de las generaciones, no ha sido más que un ensayo, en preparación para despliegues mayores de amor y de gloria, despliegues que seguirán demostrando la gloria hermosa de todo pueblo.

El cielo llenará la tierra: «El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo⁸ y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Apoc. 21.3).

Los pueblos existirán eternamente. La ciudad que es el cielo en la tierra será adornada por reyes de los pueblos que continuamente traerán el tesoro y el fruto de los pueblos al trono de Dios (Apoc. 21.22-26). Serviremos a Dios, asombrados y honrados al tener su Nombre en nuestros rostros. Y mirando su rostro, le serviremos como sacerdotes amados (Apoc. 22.1-5).

¿Qué fin tiene un mundo evangelizado?

Hasta ahora hemos clamado: «¡Que la tierra escuche Su voz!» No dejemos nunca de enunciar

⁵ Un examen cuidadoso del contexto nos indica lo que quiso decir Pablo al hablar de que Cristo fuera “nombrado”. No era cuestión de que el mensaje de Cristo fuera anunciado alguna vez por un misionero, sino, más bien, que se echara un “fundamento” (Rom. 15.20). Pablo ha estado hablando de regiones específicas dentro de las cuales el evangelio se ha predicado “en toda su plenitud” (LBA), “todo lo he llenado” (RV95; Rom. 15.19). Algunas traducciones que utilizan frases como “plenamente predicado”, o “plenamente proclamado” ponen demasiado énfasis en la transmisión cognitiva de la información acerca del evangelio, sobre todo a la luz de la lista de actividades evangélicas que se encuentra en 15.18-19. A la luz del modo en que Pablo emplea la palabra “fundamento” en otros lugares (en especial en 1 Cor. 3.8-15), llego a la conclusión de que “Cristo es nombrado” cuando se ha establecido un movimiento creciente de enunciar y demostrar la vida de Cristo a toda la comunidad. Esto es lo que muchos considerarían una iglesia.

⁶ Pablo emplea el concepto de sacerdote y lo transforma en un verbo, de modo que dice, en efecto, que está “sacerdotando” el evangelio. La imagen es la de un sacerdote hebreo cuya tarea principal era la de ayudar al pueblo a presentar sus ofrendas de adoración a Dios.

⁷ La idea es “hacia el rostro de Dios”, como en un templo.

⁸ Algunos manuscritos bien auténticos conservan en este pasaje el vocablo plural “pueblos”.

Su Palabra a toda criatura. Pero pronto llegará el día cuando, de acuerdo a la mayoría de los cálculos, la tierra toda habrá oído. ¿Y luego, qué?

Hay otro clamor, mucho más antiguo. Es un grito que proclama el destino de la tierra. Debe alzarse hoy más que nunca: «¡todos los pueblos te alaben!» (Salmo 67.3-5). Escuchamos ya la adoración creciente de las naciones. Concentremos pues nuestros afectos más profundos y nuestros planes más osados en el esplendor de todos los pueblos amando a Dios con lo mejor de su sociedad santificada. ¡Qué esperanza magnífica!

Cambios en nuestras prácticas

Este énfasis en la gloria de Dios es mucho más que una flor que adorna a la Gran Comisión. Más que nunca debemos trabajar juntos con una misma pasión para que Cristo sea nombrado y para que Cristo sea alabado en todo pueblo. Una visión «doxológica» (es decir, que tenga que ver con gloria) de la evangelización mundial nos ofrece sabiduría práctica que es esencial para poder completar la tarea restante. Metiéndonos en la historia de su gloria nos ayudará en tres maneras prácticas:

1. Profundizando la base de nuestra motivación amar la gloria de Dios

La evangelización del mundo es para Dios. Generalmente obramos motivados por una preocupación por la penosa situación de la gente. Deseamos verlos salvados del infierno, o verlos salvados para lograr la integridad en sus relaciones con otros, o ambas cosas. Tal compasión es bíblica y es necesaria. Sin embargo, nuestro amor por los pueblos adquiere equilibrio y poder cuando nuestra pasión suprema es que Dios sea honrado por los actos bondadosos ofrecidos en Su Nombre; y aún más, que Dios reciba el agradecimiento personal de aquellos que han sido transformados por el poder del evangelio.

Los esfuerzos misioneros cuya motivación surge de una respuesta compasiva a la crisis humana tienen un alcance limitado. La apelación a ayudar a los que están doloridos o perdidos, basada en un sentimiento de culpa, ablanda un poco nuestros corazones. En la práctica, sin embargo, cansa y endurece a los creyentes, de modo que el resultado es una obediencia mínima, «de muestra». La necesidad del hombre exige un trabajo costoso y difícil. Tal obra no puede ser sostenida por un celo momentáneo, huidizo, generado por apelaciones a favor de almas desesperadas y moribundas. El propósito global de Dios es mucho más que la respuesta a una necesidad urgente; es un plan que Él trazó desde el principio. Ahora más que nunca los creyentes deben ser estimulados a un celo de largo alcance por la gloria de Dios. Teniendo la certidumbre de que Dios cumplirá con su promesa, podemos experimentar profunda compasión por las necesidades de otros, y al mismo tiempo, actuar osadamente para cumplir con el propósito de Dios.

2. Definiendo la tarea: aumentar la gloria de Dios

En ningún momento ha habido tanta preocupación por parte de los cristianos por alcanzar a todos los pueblos del mundo con el evangelio. El reconocimiento de la existencia de grupos sociales y culturales nos ayuda a diseñar formas eficaces para comunicar el evangelio a grupos humanos específicos. El tener en cuenta los grupos étnicos y sociales parece ser útil para evaluar el progreso y para repartir distintas tareas, a fin de lograr una colaboración eficaz. Pero nuestra meta no debe reducirse a llegar a los pueblos «impactándolos» como si fueran «blancos». Debemos ir más allá del encuentro evangelístico. Nuestra meta debe ser la de ver como resultado una adoración obediente a Dios, que puede ser distintiva para ese grupo específico. Lo que propongo no es que el *enfoque* del trabajo por grupos sociales es importante, sino que el *resultado* en estos grupos sí lo es. ¿Cuál es el resultado del evangelio?

Seguramente no es simplemente que cada persona tenga la oportunidad de rendir un veredicto en cuanto al mensaje. Dios ha prometido obtener gloria obediente para sí de toda tribu y lengua. Anhela la corriente singular de amor, justicia, sabiduría y adoración que puede surgir de cada pueblo. Esta sería la mejor razón para sembrar iglesias autóctonas. Tal perspectiva realza el valor distintivo de cada grupo social, y al mismo tiempo, realza el valor de lograr la irrupción del evangelio en todo lugar. La geografía tiene importancia. Cada ciudad y lugar adquiere una significación mayor como asiento de una exhibición única del Reino de Dios.

3. Integrando los esfuerzos para la gloria de Dios

Un enfoque doxológico pone a un lado la dicotomía, claramente errónea, entre la evangelización y la acción social. Al discutir el tema, la cuestión que se plantea es: ¿Cuál aspecto del ser humano es el más importante? ¿Es más importante salvar un alma o sanar una comunidad? La pregunta es repugnante para todos. La respuesta más común ha sido una generalización poco específica que dice que debemos encarar ambos aspectos, en vez de oponerlos entre sí. Posiblemente podamos hacer algo aún mejor. ¿Qué ocurriría si ambos aspectos fueran examinados cuidadosamente y luego adoptados según cual sea el resultado para Dios?

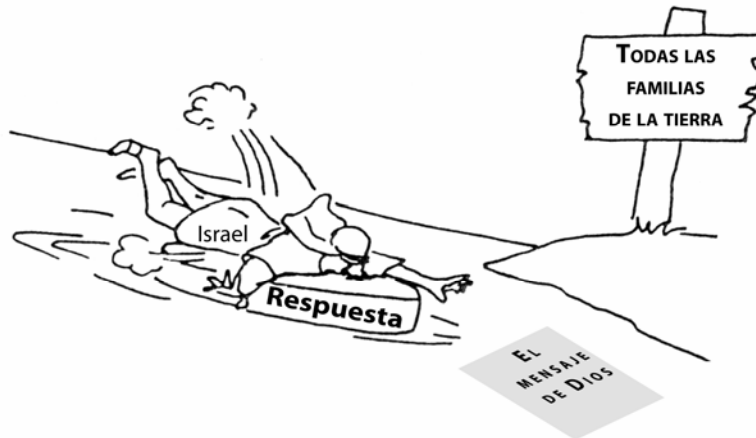
Dios recibe gloria tanto de la proclamación del evangelio como de un acto bondadoso realizado en Su Nombre. Resuena mayor gloria cuando comunidades enteras ven la mano de Cristo transformando sus vidas.

Dentro de la visión para la gloria de Dios yace la sustancia de una verdadera unidad entre las iglesias. Cuando existe un celo para que Dios reciba gloria singular de todo pueblo, se pueden fácilmente poner de lado las exigencias de uniformidad de culto y de conducta. Nos podemos deleitar en una variedad de estilos de justicia, paz, y gozo, en tanto aumenta nuestro celo por aquella verdad, confesada por todos: la persona de Cristo.

8. *¿Qué beneficios se ven para la obra de la evangelización mundial cuando se utiliza la perspectiva de aumentar la gloria de Dios para llevar adelante la obra?*

C. La respuesta de Israel

Uno no tiene que ser un gran estudiante del Antiguo Testamento para darse cuenta que Israel falló tristemente en su responsabilidad de ser «agente de Dios» para bendición. Aún durante los tiempos en que Dios estaba demostrando más activamente su poder en favor de él, revelaba un corazón idólatra e incrédulo. En algunas ocasiones, siendo castigado por la disciplina del Señor, o animado con los éxitos que Él le concedía, parecía que se sometería a la voluntad de Dios y seguiría su llamamiento. Pero, después de gozar de su relación especial con Él, una total complacencia empezaba a invadirlo, dando lugar nuevamente al pecado y la idolatría.



Dios bendijo a Israel en cada paso de su desarrollo como nación. Lo libró de Egipto y lo alimentó en el desierto. Venció a sus enemigos por todos lados y le permitió tomar posesión de la tierra prometida con poco esfuerzo. Le dio la ley mosaica, una «constitución» que si era obedecida le garantizaba salud, riqueza y seguridad. Y El quiso continuar gobernando y rigiendo a Israel por sí mismo, a través de sus jueces escogidos. Pero el pueblo demostró continuamente su infidelidad al Señor. Desobediencia e idolatría fueron su respuesta a la bendición divina. Por último, hasta rechazó el benigno régimen de Dios por la tiranía de un rey humano.

1. Lea 1 Samuel 8.4-22. ¿Por qué permitió Dios que Israel escogiera un rey? ¿Qué advertencia solemne tenía que darles Samuel al tomar ellos una decisión?

El reino

La decisión de Dios fue evidente. Samuel ungió a Saúl como primer rey de Israel, pero su desobediencia le costó el trono. Sin embargo, Dios empezó a conceder liberación de sus enemigos al pueblo bajo el gobierno de Saúl. Más tarde, el rey David fue ungió y demostró ser un hombre conforme al corazón de Dios. Bajo su gobierno, la nación prosperó y expandió sus fronteras. Su hijo Salomón edificó sobre los logros de su padre y llevó el reino a su época de oro. Pero, durante la última parte del reinado, su corazón se alejó de Dios. Aunque evidentemente había gran riqueza en Israel durante ese tiempo, la misma fue adquirida por medio de la explotación del pueblo (1 Reyes 12.4). La advertencia de Samuel vino a ser realidad. Y, de una manera más que significativa, el rey Salomón permitió que el pueblo se alejara de Dios debido a las concesiones que hizo a sus esposas.

2. Lea 1 Reyes 11.1-13. ¿Cuál fue el principio del pecado de Salomón? ¿A qué condujo este pecado?

La historia de Israel después de la muerte de Salomón fue de tragedia y de gradual desintegración. De inmediato estalló la guerra civil con la coronación de su hijo Roboam. Esto

finalmente trajo la división del reino. Poco después de la coronación de Roboam, el rey de Egipto invadió el país y saqueó a Jerusalén, iniciando así una larga era de opresión y dominio sobre este pueblo por parte de sus vecinos. Aunque hubo breves reavivamientos en el caminar espiritual de Israel, lo cual afectó su fortuna nacional, nunca quiso conducirse como para demostrar verdadera fidelidad a sus obligaciones del pacto. A pesar de las muchas advertencias que le hicieron sus profetas, insistió en seguir su propio sendero idólatra.

3. Jeremías fue profeta durante los años de declinación del reino. Lea el mensaje de Dios a Israel en Jeremías 3.1-14. ¿Desde qué punto de vista contemplaba Dios a Israel?

4. Vea de nuevo los versículos 12-14. ¿Cuál era la actitud de Dios hacia Israel?

Dios era amorosamente persistente con Israel, deseoso siempre de recuperarlo en cualquier momento. Pero Israel no respondía ni a su oferta de perdón, ni a sus disciplinas y constantes reproches. Por último, Dios permitió que su pueblo fuera llevado en cautividad.

Exiliados los israelitas de su patria y colocados de nuevo en una posición de servidumbre, Dios comenzó el proceso de seleccionar un remanente, el cual se habría de ceñir a los términos del pacto. Ezequiel, el gran profeta del exilio babilónico, enumera un registro de los tratados de Dios con Israel, en Ezequiel 20, y describe el proceso que el Señor usaría para asegurar la fidelidad de su pueblo al restaurar un remanente a su patria.

5. Lea Ezequiel 20.30-38, teniendo en mente la relación del pacto de Dios con Israel. En el versículo 33, Dios declara su intención de reforzar su gobierno sobre Israel, como su Rey justo. En los siguientes versículos, traza un curso de medidas disciplinarias que lo guiaría a la restauración como su pueblo. Deduzca de este pasaje, ¿qué haría Dios para purificar a Israel y asegurar su fidelidad en los términos del pacto?

Esta vez, Dios no iba a permitir que Israel corriera tras sus propias aspiraciones paganas. Nunca más Israel iba a exhibir un tipo de vida idólatra ante las naciones.

Jonás

Sería inapropiado hablar sobre la desobediencia de Israel y sus fracasos, sin autoexaminarnos bajo la misma luz. Es verdad que Israel adoró ídolos, fue rebelde y etnocéntrico, pero, ¿podemos estar completamente seguros que no somos culpables de los mismos pecados y fracasos?

Probablemente, el libro de Jonás sea el ejemplo más claro del Antiguo Testamento acerca del mandato directo de Dios a un israelita para llevar su mensaje a una nación no hebrea. A través de su respuesta a ese mandato, el libro también revela la naturaleza etnocéntrica y rebelde que caracteriza a Israel. Si lo leemos cuidadosamente, puede también mostrarnos algunas actitudes escondidas de la iglesia actual.

Lea el libro de Jonás por completo y después lea el siguiente comentario.

El libro de Jonás⁹ **Johannes Verkuyl¹⁰**

El libro de Jonás es muy significativo para entender las bases bíblicas de la misión, porque muestra el mandamiento de Dios a su pueblo con referencia a las naciones no judías, y por lo tanto, sirve como un paso preparatorio al mandato misionero del Nuevo Testamento. Asimismo, es importante para tener una idea de la profunda resistencia que enfrenta este mandato por parte de los mismos siervos que Jehová escoge para realizar su obra por todo el mundo.

Hoy en día se habla y escribe mucho sobre «educación de la congregación» y «educación del personal» para misiones. Jonás es una lección muy apropiada para la preparación de aquél que quiere ser un misionero. Revela la necesidad de una conversión radical de las tendencias naturales de cada uno y de una completa reestructuración de su vida, para hacerla útil para la obra.

Antecedentes del libro

En los días del rey Jeroboam II (788-746 A.C.) vivía un profeta llamado Jonás Ben Ammitai. El título del libro es pues, el nombre personal de este profeta. Es obvio, sin embargo, que la intención de esta «midrash» (enseñanza) no fue detallar simplemente los eventos de la vida de este hombre. El autor usa este nombre personal para describir a un misionero que no tiene corazón para los gentiles y, como los fariseos más tarde, no puede tolerar a un Dios que les muestre misericordia. Según las palabras del holandés Miskotte, «el escritor intenta representar a una persona que es exactamente lo opuesto a un apóstol». El libro de Jonás advierte a sus lectores contra esa actitud intolerante y establece delante de ellos la pregunta que cuestiona si están dispuestos o no, a ser transformados en siervos que trabajen para llevar a cabo los mandatos de Dios.

Tal como el autor lo ve, Israel se torna tan preocupado por sí mismo que no dirige más sus ojos hacia las naciones. Israel, el recipiente de toda la revelación de Dios, rehúsa poner su pie en territorio extraño para decir a los pueblos su mensaje de juicio y de liberación. Pero, el libro también está dirigido a la congregación del Nuevo Testamento que trata de evadir el mandato del Señor de predicar su palabra a todo el mundo.

Los astutos esfuerzos de una evasión por parte de Jonás, simbolizan a una iglesia infiel y perezosa que no presta atención al mandamiento de su Señor. Dios tiene que luchar contra el estrecho etnocentrismo de Israel, que trata de restringir su actividad solamente a sus límites geográficos y contra el eclesiocentrismo de la iglesia, que rehúsa ir al mundo a proclamar su mensaje y hacer su obra. El escritor está inclinado a convencer a sus lectores de que el radio activo de liberación de Dios es lo suficientemente amplio como para cubrir a ambos, a Israel y a los gentiles.

Es un milagro que el libro de Jonás, con su fuerte advertencia contra el etnocentrismo, implantara su trayectoria en el canon de la Escritura. Se establece tan firmemente contra el atentado del hombre de sabotear el plan mundial de Dios, que sus lectores (Israel, la iglesia neotestamentaria y nosotros), pueden escuchar lo que el Espíritu Santo, por medio de este corto libro, está tratando de decirles.

⁹ Verkuyl, Johannes, *Contemporary Missiology: An Introduction*. B. Erdmans Pub., Grand Rapids MI., 1978, págs. 96-100. Traducido con permiso.

¹⁰ Johannes Verkuyl (1908-2001) fue profesor de misionología y evangelismo de la Free University en Ámsterdam.

Un breve examen de las ocho escenas del libro

La primera escena empieza cuando Jonás recibe el mandamiento de ir a Nínive. Mientras que en el Antiguo Testamento generalmente se les dice a las naciones que vengan a Sión, el monte de Dios, a Jonás, así como a los discípulos del Nuevo Testamento se les dice que ¡vayan! En la Septuaginta,¹¹ Jonás usa la palabra «*poreúomai*» en el capítulo 1.2-3 y nuevamente en 3.2-3. Es el mismo verbo usado por Jesús en su Gran Comisión registrada en Mateo 28. ¿A dónde debía ir Jonás? A Nínive. De todos los lugares, Nínive era el centro de la brutalidad total y de las actitudes bélicas; además, era notoria por sus vergonzosas acciones canallescas, torturas viciosas y por ser una imperialista descarada para quienes se oponían a sus reglas. Dios quiere que su siervo advierta a Nínive del inminente juicio y le dé la llave del arrepentimiento. ¡El quiere salvar a Nínive!

Pero Jonás rehúsa ir. Se prepara, pero solamente para huir del rostro de Dios, quien es Señor de todo.

En la segunda escena, Dios responde a la huida de Jonás con una tempestad (1.4-6). El viento obedece al mandato de Jehová, pero el desobediente Jonás duerme en el fondo de la nave, inconsciente ante el hecho de que la tormenta es causada por su actitud. A veces, la iglesia también duerme, precisamente en la tormenta del juicio de Dios que pasa sobre el mundo, asegurándose a sí misma que el viento de afuera no tiene nada que ver con ella. Mientras la tripulación busca en vano las causas del temporal, Jonás confiesa que él adora y teme a Dios, que hizo el mar y la tierra, el único Dios que está sobre todas las naciones. Más tarde declara: «Tomadme y echadme al mar, y el mar se os aquietará, porque yo sé que por mi causa ha venido esta gran tempestad sobre vosotros».

En esta escena la tripulación representa a los gentiles, hacia quienes Jonás permanece totalmente indiferente. Sin embargo, son ellos los que están interesados ahora en salvarlo. Después de una segunda orden de Jonás, lo arrojan al mar y la tormenta cesa. Casi incrédulos ante lo que están viendo con sus propios ojos, los marineros prorrumpen en alabanzas al Dios de Jonás. Ellos estaban más abiertos hacia el Señor que el mismo profeta.

La tercera escena (1.17) describe a un gran pez, que por instrucciones de Jehová abre su boca, traga a Jonás y, a su debido tiempo, lo vomita en la playa. Jonás no puede escapar tan simplemente del mandato misionero de Dios. El Dios que batió los vientos tempestuosos y dirigió a los marineros para lograr su propósito, ahora guía a un pez como parte de su plan para salvar a Nínive. Jehová continúa su obra de formar y preparar a su misionero, a fin de que sea un instrumento perfecto para sus planes.

En la cuarta escena (2.1-10), Jonás implora a Dios que lo rescate del vientre del pez. El que no tuvo misericordia de los gentiles y rehusó aceptar que la palabra de Dios se extendiera hacia ellos, apela ahora a la misericordia divina y, citando frases de varios salmos, suspira tras esas promesas clamadas por los adoradores en el templo de Dios. Jehová reacciona. Le habla a la bestia, y Jonás, aterriza sano y salvo sobre la playa. Sólo por su rescate Jonás fue —sin querer— un testigo de la salvadora misericordia de Dios. Aunque cubierto con hierbas marinas, Jonás fue nada menos que un testimonio de que Dios no se complace en la muerte de los pecadores y saboteadores, sino más bien se regocija en su conversión.

¹¹ Traducción del hebreo al griego del Antiguo Testamento.

En la quinta escena (3.1-4), Dios repite su orden al hombre cuya vida afirma la verdad de lo que él confesó en el vientre del pez: «La salvación es de Jehová». La versión Septuaginta usa el término «*kérygma*» en 3.1-2. Esa sola palabra resume la misión de Jonás: él debe proclamar que Nínive, tan impía como pueda ser, es aún objeto del cuidado de Dios y, a menos que se arrepienta, será destruida. Su mensaje debe ser de trato, como también de promesa; de juicio, como también de evangelio.

En la sexta escena (3.5-10), Nínive responde ante el llamado de Jonás al arrepentimiento. El orgulloso y déspota rey baja de su trono real, cambia sus ropas por polvo y ceniza e impone a todos los hombres y animales que sigan su ejemplo. Lo que Israel continuamente rehusara hacer, los gentiles paganos lo hicieron: el cruel rey de Nínive es como el antitipo de los desobedientes reyes de Judá.

El pueblo se une al rey en su arrepentimiento. Cesa toda su obra maligna y los terribles cuarteles de coacción de injusticia política se detienen. En profunda penitencia, dejan a los ídolos para servir a Dios, quien es el Señor de cada nación y de toda la creación. Todo esto viene a ser posible porque Jehová es Dios y el mundo de los paganos es un campo misionero potencialmente productivo por esta sola razón.

La cortina se cierra en esta escena con las siguientes palabras de asombro: «Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino, y se arrepintió del mal que había dicho que les haría y no lo hizo». Jehová es fiel a sus promesas. Todavía hoy su voluntad para Moscú y Pekín, para Londres y Amsterdam, para Buenos Aires y México, no es menos que lo que fue para Nínive, llena de gracia y misericordia. Lutero, que amaba predicar sobre el libro de Jonás, decía: «la mano izquierda de la ira de Dios es reemplazada por su mano derecha de bendición y libertad».

La séptima escena (4.14) relata el hecho de que los obstáculos más grandes a vencer para cumplir el mandato misionero no son los marineros, ni el pez, ni la ciudadanía, ni el rey de Nínive, sino que es Jonás mismo, la iglesia reacia y de mente estrecha. El capítulo 4 describe a Jonás, que había deseado, desde que partió, encontrar albergue en la ciudad al este de las fronteras. El período de los cuarenta días de arrepentimiento había pasado, pero ya que Dios había cambiado de parecer acerca de su destrucción, Nínive continúa alimentada por la gracia y misericordia, más allá de los límites de Israel a los gentiles. Él quería un Dios de acuerdo a su propio modelo: un Señor frío, duro, de naturaleza cruel, con una voluntad inmovible contra los gentiles. No podía soportar el pensar que los gentiles formaran parte de la historia de la salvación.

Este es el pecado de Jonás, el pecado de un misionero cuyo corazón no está en su misión. El, que una vez imploró a Dios misericordia para que lo librara del desolado aislamiento en el vientre de un pez, está ahora enojado porque este Dios muestra misericordia a las naciones. El profeta desahoga su furia en una oración que se encuentra en 4.2, el texto clave de todo el libro: «Ahora, o Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis; porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal». Parte del texto viene de una antigua liturgia israelita, la cual todo judío sabe de memoria y puede recitar en el templo o en la sinagoga aún estando medio dormido (Éxodo 34.6; Nehemías 9.17; Salmos 86.15; 103.8; 145.8). Pero Jonás no podía detenerse a pensar que esta liturgia no sólo era verdad para Jerusalén, la localización del templo de Dios, sino también para otros lugares: Nínive, San Pablo, Nairobi, Nueva York, Lima y París.

¿Por qué está Jonás realmente tan enojado? Por una sola razón: porque Dios está tratando a los que están fuera del pacto, de la misma manera que a los que están dentro de él. Pero la ira de Jonás, en efecto, lo está poniendo a él mismo fuera de ese pacto, porque obstinadamente rehúsa conocer el propósito del mismo, que es traer salvación a los gentiles. Aún no ha aprendido que Israel no puede presumir sobre algunos favores especiales de Dios. Israel y los gentiles viven igualmente por la gracia que da el Creador a todas sus criaturas. Así pues, viene Dios a su profeta, pero ya no como a un miembro del pacto; viene como el Creador y pregunta a su criatura: «¿Haces tú bien en enojarte tanto?»

En la octava y última escena (4.5-11) uno puede ver a Dios obrar otra vez para enseñar sus lecciones a este misionero duro de entenderlas. El no aborda el tema de la tormenta, ni el de los marineros; ni del pez o de la conversión de Nínive porque no quiere. Ahora Jehová intenta un acercamiento más: un árbol milagroso. Una calabacera crece rápidamente, se marchita y muere, víctima de un gusano devorador. Jonás está furioso.

En este punto, Dios vuelve de nuevo a su misionero aprendiz, usando la calabacera como el objeto de su lección. El mismo Dios que dirige el curso completo de la historia, gobierna los vientos y los sacude y vuelve al arrepentimiento a miles de ninivitas, ahora pregunta amablemente: «¿Tanto te enojas por la calabacera? Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer, que en espacio de una noche nació y en espacio de otra noche pereció. ¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?»

Dios salva y rescata. El Dios de Jerusalén es el Dios de Nínive también. Dios es diferente a Jonás, El no tiene «complejo gentil». Y aunque El nunca fuerza a ninguno de nosotros, nos pide amablemente que pongamos nuestro corazón y alma por completo en la obra de la misión. Dios aún está interesado en transformar a «Jonases» obstinados, irritables, depresivos e iracundos en heraldos de las Buenas Nuevas que dan libertad.

El libro termina con una inquietante pregunta que nunca será contestada. Dios alcanzó su meta con Nínive, pero ¿qué pasó con Jonás? Nadie lo sabe. La pregunta de Israel, de la iglesia y de su obediencia aún está esperando respuesta. La cuestión es de tal importancia, que cada generación de cristianos debe contestarla por sí misma. Jacques Ellul, termina su libro «El Juicio de Jonás» con estas palabras: «El libro de Jonás no tiene conclusión, excepto la de aquella persona que se da cuenta de la plenitud de la misericordia de Dios y la de aquélla que de hecho, y no sólo místicamente, lleva a cabo la salvación del mundo».

La iglesia neotestamentaria debe poner mucha atención al libro de Jonás. Jesucristo es «más grande que Jonás» (Mateo 12.39-41; Lucas 11.29-32). Su muerte en la cruz, con su terrible clamor ante el desamparo de Dios, y su resurrección, con su jubiloso grito de victoria, son señales de Jonás para nosotros, indicando el profundo significado de su vida y confirmando claramente la manera tan grande en que Dios amó al mundo.

Si una persona acepta la sangre de Jesús para tener vida eterna, y sin embargo se niega a esparcir las buenas nuevas entre otros, está en efecto saboteando el propósito de Dios mismo. Jonás es el padre de todos aquellos cristianos que desean los beneficios de la elección, pero rechazan su responsabilidad. Tomás Carlisle termina un poema con estas líneas:

Y Jonás caminó majestuoso
a su silla en la penumbra
para esperar que Dios
cediera
a su manera de pensar.

Y Dios está aún esperando
por una multitud de Jonases
que cedan
a su manera de amar.



6. *Escriba un resumen descriptivo con una frase por cada una de las ocho escenas que el autor bosquejó.*
7. *El autor propone algunos paralelos entre la actitud de Jonás y la que caracteriza a muchas iglesias. Resuma estas actitudes con sus propias palabras.*

Es obvio que no podemos examinar las verdades del Antiguo Testamento sin ver también su aplicación a nuestra propia situación. Dios es inmutable y totalmente fiel. Desafortunadamente muchos de sus hijos también son inmutables en su infidelidad.

La dispersión de Israel

Durante los acontecimientos que provocaron la ruina de Israel como entidad política, los profetas continuamente denunciaron la decadencia y la infidelidad del pueblo hacia Dios y le recordaron su obligación con respecto al pacto. Algunas veces tuvieron éxito e hicieron volver los ojos de esta nación hacia el Señor, pero por poco tiempo, durante el cual Dios la bendijo y ella cumplió su parte como un testigo positivo ante las naciones. Pero la mayoría de las veces su testimonio fue tan pobre, que fue un testimonio dañino y llegó a ser piedra de tropiezo en el avance del reino de Dios.

Al estar el pueblo de Israel desprovisto de la protección y de la bendición de Dios, fue consumido por las naciones de su alrededor. Durante el gobierno del rey Joacim (609-587 A.C.), los judíos fueron deportados por la fuerza a Babilonia. Anteriormente, los israelitas del reino del norte habían sido exiliados a Asiria. En el año 587 A.C. Nabucodonosor, rey de Babilonia, destruyó a Jerusalén y señaló así el fin del reino de Judá como entidad política. Y no fue sino hasta el 536 A.C. que Ciro emitió su decreto por el cual permitió a los judíos iniciar el regreso a su tierra. Pero estos tuvieron que esperar muchos siglos antes de que su dignidad nacional fuera restaurada.

Fue solamente por medio de la pesada mano de la disciplina, que Dios empezó a cumplir su propósito a través de Israel. Muchos de los capítulos más lustrosos del Antiguo Testamento son los relatos de los israelitas que fueron llevados cautivos, y que a través de cuya fidelidad, el nombre de Dios fue exaltado y glorificado entre los gentiles.

En el fuego de la tribulación, el mejor elemento surgió y fue purificado. Dios obró

claramente, cumpliendo lo que Él dijo que haría en Ezequiel 20.33-38. Por primera vez, desde que el Señor había llamado a la nación fuera de Egipto, Israel empezó a reconocer fielmente la soberanía del verdadero y único Dios. El remanente que sobrevivió a la cautividad nunca más se prostituiría con los dioses de otras naciones.

También el propósito misionero de Dios fue claramente llevado a cabo. Si Israel no iba a cumplir voluntariamente su obligación del pacto de ser una bendición a las naciones, Dios llevaría a cabo su propósito por la fuerza. Así empezó la dispersión de Israel, que no volvería a reunirse como entidad política por aproximadamente 2.500 años. Durante ese tiempo un remanente fiel de judíos diseminados por toda Babilonia y el imperio de Persia, difundió su Nombre entre las naciones. Fue en esa época cuando aparecieron por primera vez las sinagogas, donde pequeños grupos de judíos se juntaban para adorar a su Dios.

Durante el período de los imperios griego y romano, la dispersión continuó, principalmente por emigración. Los judíos se trasladaron a los más importantes centros de gobierno y comercio del mundo conocido. Allí prosperaron y se multiplicaron. Sin embargo, dondequiera que fueron mantuvieron su cultura y establecieron sus centros religiosos. Fue con esta «diáspora» de israelitas que Pablo tuvo su primer contacto, cuando viajó de ciudad en ciudad durante sus jornadas misioneras. Algunos judíos hasta empezaron a tomar en serio su responsabilidad de iniciar el trabajo misionero. Estos misioneros viajaron por tierra y mar para convertir gentiles a la fe hebrea. Más tarde, estos judíos prosélitos, como también los «temerosos de Dios» que habían creído pero no habían aceptado las normas de la cultura hebrea, eran los primeros gentiles que respondían al evangelio de Jesucristo.

Johannes Verkuyl, habla sobre este período intertestamentario en el siguiente párrafo:¹²

Investigando en el período de la diáspora judía, hay evidencias claras de un esfuerzo judío en hacer prosélitos, lo cual, a la vez, forjó definitivamente un trabajo misionero que más tarde fue realizado por los gentiles, como también, por los judíos cristianos. La versión Septuaginta del Antiguo Testamento fue llevada a través del mundo civilizado y explicada en las sinagogas. El impacto misionero de la diáspora judía fue mucho mayor que lo que muchos piensan. Lo que es más, el judaísmo afectó a la primera cristiandad porque los judíos cristianos mantenían un fuerte contacto con las sinagogas de las comunidades. Las sinagogas tomaban una parte crucial porque atraían no sólo prosélitos (gentiles que habían adoptado el rango completo de creencias y prácticas, incluyendo la circuncisión), sino también una clase denominada «los temerosos de Dios» (gentiles que habían aceptado la mayoría de la ética del judaísmo y algo de sus cultos, pero rehusaban la circuncisión).

8. Según este párrafo, ¿cuáles fueron las características de la diáspora que establecieron el escenario para la venida del Mesías y la rápida expansión del cristianismo?

Resumen

Después del fracaso del hombre para responder a Dios a través de sucesivos tratos, en

¹² Verkuyl, pág. 101.

Génesis 1-11, Dios empieza a manifestar su propósito de reclamar su reino, nación por nación. Dios escoge a Abraham, promete bendecirlo y hacer de él una nación grande e instrumento de bendición para todas las naciones. Pero, la rebelión del hombre está tan encasillada, que toma muchos siglos de amor paciente y disciplina para lograr que el pueblo de Israel tenga un reconocimiento fiel de la soberanía de Dios.

Como Israel no deseaba cumplir su obligación de exaltar el nombre de Dios entre las naciones, Dios usó la persecución y el exilio para dispersarlo por la tierra. Cuando empezó el período intertestamentario, que se extendería aproximadamente por cuatrocientos años, fue cuando finalmente el mundo comenzó a escuchar el mensaje destinado a Israel. En miles de hogares judíos y en lugares de reunión, esparcidos por todas las naciones, el mensaje fue fielmente proclamado: «¡Escucha Israel, el Señor tu Dios, uno es!»

Trabajo integral

1. Usando como base Génesis 12.1-3, Éxodo 19.5-6 y Salmo 67, prepare un bosquejo conciso para un breve discurso titulado: «Dios nos bendice para que todas las naciones de la tierra puedan ser bendecidas».
2. ¿Cómo logra cumplir con el antiguo propósito de Dios, el «Padre Nuestro», al pedir que su Nombre sea santificado? De su estudio del libro de Jonás deduzca: ¿Qué cualidades debe tener el creyente para ser un misionero efectivo?
3. Según este párrafo, ¿cuáles fueron las características de la diáspora que establecieron el escenario para la venida del Mesías y la rápida expansión del cristianismo?

Preguntas para reflexionar

1. «Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia» (Santiago 2.23). Nuestra justicia está también basada en nuestra creencia de que Dios hará lo que dice su Palabra. Hay una relación directa entre la profundidad de nuestro entendimiento de la Palabra de Dios y nuestra fiel habilidad para actuar sobre ello. ¿Está usted entregado al conocimiento de la Palabra de Dios íntimamente? Si aún no lo ha hecho, planifique un horario para tener cada día un tiempo destinado a la lectura de la Biblia. Empiece por leer y meditar el Salmo 119. Prometa a Dios que en adelante será un fiel estudiante de su Palabra. Escriba su compromiso en su diario.
2. Las fuerzas centrífuga y centrípeta también forman parte de nuestra vida como creyentes individuales. ¿De qué modo atrae usted a los incrédulos? ¿De qué manera usted está siendo de bendición para ellos? Reflexione sobre esto y escriba sus pensamientos en su diario.
3. La idolatría no es simplemente la adoración de los ídolos. Es cualquier cosa que cautiva nuestro corazón y hace que nuestro afecto se desvíe de Dios. Salomón permitió que su interés se centrara en sus esposas y concubinas y esto destrozó su relación con Dios. ¿Qué «ídolos»

son las más grandes piedras de tropiezo para los creyentes de hoy? ¿Están sus afectos puestos solamente en Dios? Lea Salmo 42.1. Luego escriba en su diario un versículo que refleje el deseo que su propio corazón siente por Dios.

CAPÍTULO 3

Venga tu reino

*«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino... »
(Mateo 6.9-10)*

Introducción

En los dos capítulos iniciales, estudiamos el Antiguo Testamento como la base para la misión, y quedamos convencidos de que la Biblia hebrea contiene claramente el mandato misionero. Desde los primeros registros del libro de Génesis, vimos que Dios estaba trabajando para redimir a la gente y restablecer su gobierno en la tierra. Usando el bosquejo interpretativo de Israel, su «responsabilidad», «oportunidad» y «respuesta», hallamos que Dios obró en la nación de Israel y a través de ella, tratando de hacer de la misma, un testigo para los pueblos gentiles. Al entrar en el Nuevo Testamento, encontramos que el interés de Dios por las naciones persiste como el propósito central de su relación con el hombre.

Malaquías, el último libro del Antiguo Testamento, contiene la postrera palabra profética de parte de Dios hacia Israel, antes de la era del Nuevo Testamento. Apropiadamente, el mensaje bosquejado en sus cuatro capítulos habla del pecado de Israel y de su fracaso al no ser un testigo para las naciones. Pero, también anuncia a alguien que «preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros...» (Malaquías 3.1). Esta palabra profética referida a la venida de Juan el Bautista y del Mesías, creó un sentido de anticipación en los judíos devotos.

A. Israel y el reino venidero

La posición política de Israel en el tiempo de Cristo era lamentable. Estaba bajo el yugo de Roma y, desde la época de los exilios, no había disfrutado de una verdadera autonomía política. Muchos judíos esperaban el día en que los gentiles fueran castigados e Israel recuperara una posición prominente dentro de las naciones. Para muchos, la venida del Mesías, el «Redentor de Israel», estaba asociada directamente con una independencia política.

Podemos suponer que numerosos líderes judíos, en el tiempo de Jesucristo, tenían estas altas expectativas nacionalistas. Una visión del Mesías gobernando una sociedad agraciada, en la cual todas las naciones habrían de venir regularmente a Jerusalén para pagar su tributo, nubló el entendimiento del verdadero propósito del Mesías. Malaquías, claramente, les advirtió contra ese falso optimismo:

¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque Él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán a Jehová ofrenda en justicia» (Malaquías 3.2-3).

El propósito inicial de Cristo fue traer un fuego purificador para Israel y no la realización de sus esperanzas nacionalistas.

La naturaleza de su reino

Los líderes judíos erraron porque no entendieron la verdadera naturaleza del Reino. Cristo vino a establecer el reino de Dios, pero no lo que el liderazgo judío imaginó por «reino». Ellos esperaban un reino físico, y Cristo, trajo un reino espiritual.

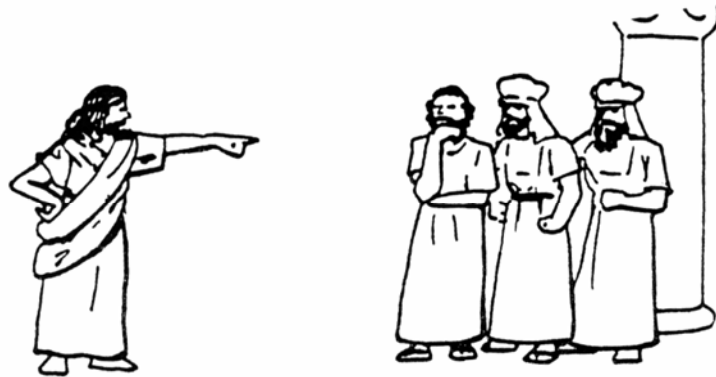
Los evangelios registran varios encuentros que tuvo Jesús con los líderes judíos. Las respuestas de éstos a sus enseñanzas acerca del «reino» nos muestran la profundidad y firmeza de sus propios conceptos al respecto. Imaginemos cuál sería el posible pensamiento de los dirigentes judíos cuando Cristo proclamó su mensaje:

Jesús: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mateo 4.17).

Judíos: «¿Qué tiene que ver nuestro arrepentimiento con el reino? Son los Romanos quienes necesitan el arrepentimiento y mucho más. Vea su maligno sistema político y continuos atentados de injusticia social y opresión económica del pueblo escogido de Dios. ¡Llámelos a ellos al arrepentimiento!»

Jesús: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios» (Juan 3.3).

Judíos: «¿Cómo puede ser esto? ¿Puede el reino ser cualquier otra cosa, y no una manifestación política del gobierno de Dios en la tierra? ¿Qué significa este enigma de renacer?»



Jesús: «De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios» (Juan 3.5).

Judíos: «¿Pero respecto de este feroz juicio sobre las naciones, que indicaría la iniciación del reino de Dios? ¿Puede esta misteriosa plática acerca del nacimiento de agua y del Espíritu, tener alguna relación con el reino que los profetas predijeron?»

Muchos judíos devotos esperaban un Mesías que iba a conducir a la nación y los iba a despojar del maligno yugo romano. Jesús de Nazaret, con su mensaje del reino, fue tan diferente a sus expectativas, que no tenían «ojos para ver y oídos para oír». Únicamente podían responder con incredulidad y rechazo. Fue esta falta de entendimiento la que finalmente condujo al más significativo evento de la historia: la crucifixión y resurrección de Jesucristo. Aunque fueron muchos los factores que contribuyeron al rechazo del redentor por parte de Israel, los mismos brotaron de la falta de comprensión acerca del verdadero propósito y misión del Mesías. La

veracidad de Cristo consistía, para los judíos, en que cumpliera sus propias expectativas. Como esto no fue así, llegaron a la conclusión de que Él era un blasfemo y un impostor.

Los profetas judíos predijeron que Cristo iba a traer un reinado eterno, y también la paz sobre la cual Israel iba a ser restaurada, y el juicio que iba a ser ejecutado sobre las naciones. Pero esto les cegó el entendimiento de muchos pasajes de la Escritura, en los cuales se predijo que el ministerio del Mesías era el de purificar a la nación de Israel y adquirir la redención para la humanidad.

Sin embargo, Jesucristo cumplió completamente con las expectativas de Dios. Él fue un ejemplo del perfecto acatamiento de la Ley y de los profetas. Él dio cuerpo a todo lo que Dios había deseado para el hombre, pero para muchos líderes judíos, fue una amarga contrariedad. Reaccionaron humanamente; ellos tenían sus corazones fijos en la realización de sus propias expectativas. Fueron confundidos y dudaron de Jesús y de su revelación. También ensordecieron sus oídos al mensaje y decidieron no ver la evidencia del reino a través de los milagros que Él realizó. Haciendo esto, fracasaron en su intento de entender el verdadero significado del reino.

El significado del reino

Para aquellos que podían «ver» y «oír», Cristo reveló el reino. Este fue el tema central de su predicación y de su enseñanza. Sus trabajos demostraron que el reino verdaderamente se había acercado a ellos (Mateo 12.28); y Él propuso que todos los hombres entraran a ese reino del Espíritu a través de la puerta, difícil y angosta, del arrepentimiento y la fe en Dios.

El siguiente artículo ayudará a desarrollar un entendimiento más claro respecto del significado y naturaleza del reino.

El significado del reino de Dios

George Eldon Ladd¹

Cuando la Biblia menciona el «reino de Dios», siempre se refiere a su señorío, su gobierno, su soberanía, y nunca a la realidad sobre la cual ejerce autoridad. Salmos 103.19: «Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos».

«El reino de Dios», su «malkuth», es su gobierno universal, su soberanía sobre toda la tierra. Salmos 145.11: «La gloria de tu reino digan, y hablen de tu poder». En el paralelismo de la poesía hebrea, las dos líneas expresan la misma verdad: El «reino de Dios» es su poder. Salmos 145.13: «Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío en todas las generaciones». La realidad del gobierno de Dios comprende cielo y tierra, pero este versículo no hace referencia al tiempo en que permanece esta realidad. El gobierno de Dios es eterno. Daniel 2.37: «Tú, oh rey, eres rey de reyes; porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad». Nótese los sinónimos de reino: poder, fuerza, majestad; todas, expresiones de autoridad. Estos términos identifican el reino como el «gobierno que Dios ha dado al rey». De Belsasar se ha escrito: «Contó Dios tu reino, y le ha puesto fin» (Daniel 5.26). Claro está que la realidad sobre la cual Belsasar gobernaba, así como el pueblo babilónico, no habían sido destruidos. Era el gobierno del rey lo que terminaba y era transferido junto a Babilonia a otro gobernante, a Darío el medo (Daniel 5.31).

¹ Ladd, George Eldon (1911-1982) fue profesor de teología en el Fuller Theological Seminary, Pasadena, California. Este artículo es del libro: *El Evangelio del Reino*, Editorial Vida, Miami, FL 1974, págs. 20-23. Usado con permiso.

Una referencia en nuestros evangelios pone bien en claro esta significación. Leemos en Lucas 19.11-12: «Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente. Dijo, pues: un hombre noble se fue a un país lejano para recibir un reino y volver». El señor noble no fue a tomar posesión de una realidad, una región sobre la cual gobernar. La realidad sobre la cual deseaba gobernar estaba a la mano. El territorio sobre el cual había de gobernar era el lugar que dejó. El problema consistía en que él no era rey. Necesitaba la autoridad, el derecho de gobernar. Fue a obtener un «reino, realeza, autoridad. En la versión del Nuevo Testamento *Dios Llega al Hombre*, se ha traducido «para ser nombrado rey».

Esto mismo había ocurrido algún tiempo antes del nacimiento de nuestro Señor. En el año 40 A.C. las condiciones políticas de Palestina eran caóticas. Los romanos habían subyugado al país en el 33 A.C., pero la estabilidad se había logrado en forma lenta. Herodes el Grande, finalmente, fue a Roma; obtuvo del senado romano el reino, es decir, la autoridad de ser rey de Judea y de los judíos. Muy bien podría haber tenido el Señor en mente este incidente cuando dijo su parábola. De cualquier manera, esto ilustra el significado fundamental del reino. El reino de Dios es su realeza, su gobierno, su autoridad. Una vez que comprendemos esto, podemos leer todo el Nuevo Testamento y examinar una cantidad de pasajes en los cuales resulta evidente este significado, donde el reino no es una realidad física, sino el Señorío o reinado de Dios. Jesús dijo que debemos recibir el reino de Dios como niños (Marcos 10.15). ¿Qué se recibe?, ¿la iglesia?, ¿el cielo? Lo que recibimos es el gobierno de Dios. Para entrar en la futura realidad del reino, debemos someternos en plena confianza al gobierno de Dios aquí y ahora.

También se nos dice: «Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia» (Mateo 6.33). ¿Cuál es el objetivo de nuestra búsqueda?, ¿la iglesia?, ¿el cielo? No, debemos buscar la justicia de Dios, su autoridad, su gobierno, su reinado en nuestras vidas.

Cuando oramos «venga tu reino», ¿estamos pidiendo que venga el cielo a la tierra? En cierto sentido, estamos pidiendo esto; pero el cielo es objeto de deseo solamente debido a que el reino de Dios ha de ser realizado en nosotros con mayor perfección que la actual. En relación con la expresión «reino de Dios», la palabra cielo carece de significado. Por lo tanto, lo que pedimos es: «venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6.10). La oración es una petición para que Dios reine, para que manifieste su soberanía y poder reales, para derrotar a todos los enemigos de la justicia y de su gobierno divino; para que sólo Dios pueda ser Rey sobre el mundo entero.

1. *¿Cuál es la delicada, pero importante distinción que el doctor Ladd señala entre el uso común de la palabra «reino» y su uso bíblico?*
2. *¿Prevalece aún en la actualidad el debate que cuestiona si el «reino de Dios» es esencialmente político o espiritual en su naturaleza y manifestación? ¿Cómo clarifica este argumento la explicación del «significado del reino»?*

El misterio del reino

Cristo usó muchas parábolas para mostrarnos la naturaleza del reino. Estas ilustraciones tomadas de diferentes facetas de la vida cotidiana fueron utilizadas para enseñar verdades nuevas acerca del reino, el cual no había sido aún revelado. Cristo habló de estas parábolas señalando «el misterio del reino» (Marcos 4.11). Este curioso término «misterio», fue también usado por Pablo en Romanos 16.25, para describir la naturaleza de la revelación de Cristo. Los siguientes fragmentos de *El evangelio del reino* responden a la pregunta: ¿cuál es el misterio que Cristo reveló durante su ministerio terrenal?

La perspectiva del reino en el Antiguo Testamento²

Para contestar a esta pregunta, tenemos que remontarnos al Antiguo Testamento y examinar la típica profecía del reino venidero de Dios. En el segundo capítulo de Daniel, el rey Nabucodonosor tiene la visión de una gran imagen cuya cabeza es de oro, el pecho de plata, los muslos de bronce y las piernas de hierro. Luego, una piedra hiere a la imagen por los pies y la reduce a polvo. Este polvo es arrastrado por el viento «sin que de ellos quedara rastro alguno». Entonces, la piedra que destruyera la imagen se convierte en una gran montaña que llena la tierra (Daniel 2.31-35).

La interpretación aparece en los versículos 44 y 45 del mismo capítulo. La imagen representaba a las naciones que sucesivamente iban a dominar el mundo en el curso de la historia. El significado de la piedra se da con estas palabras: «Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre, de la manera que viste que del monte fue cortada una piedra, no con mano, la cual desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo por venir...»

Esta es la perspectiva del Antiguo Testamento acerca del futuro profético. Los profetas ven anticipadamente un día glorioso en el cual vendrá el reino de Dios y se establecerá sobre la tierra. Recordará el lector que hemos descubierto que el significado básico del reino es el gobierno de Dios. En aquel día, su reino desplazará a todos los demás reinos, a todos los otros gobiernos y autoridades. Este frenará la orgullosa soberanía del hombre manifestada en el gobierno de las naciones que han dominado la escena de la historia terrenal. El dominio de Dios, el reino de Dios, el gobierno de Dios aplastará toda oposición. Dios, y sólo Él, será el Rey en esos días.

En la perspectiva del Antiguo Testamento, la venida del reino de Dios se mira como un gran evento singular: una vigorosa manifestación del poder del Señor que arrollará a los débiles reinos de soberanía humana y que llenará la tierra de justicia.

Una nueva revelación del reino

Debemos ahora volver a examinar el evangelio según San Mateo y relacionar esta verdad con nuestro estudio anterior. Juan el Bautista había anunciado la venida del reino de Dios (Mateo 3.2), por el cual entendía que este suceso era el predicho en el Antiguo Testamento. El que había de venir traería un bautismo doble: unos serían bautizados en Espíritu Santo y gozarían

² Ladd, pág. 66-67, 82-83.

de la salvación mesiánica del reino de Dios, mientras que otros serían bautizados en el fuego del juicio final (Mateo 3.11). En el versículo siguiente se ve claramente que esto es lo que Juan desea decir. La obra del Mesías será de mudanza y separación de los hombres. Así como el agricultor trilla y avienta su cosecha, reteniendo el grano bueno y desechando los desperdicios, el Mesías limpiará su era y recogerá su trigo en su granero (salvación para los justos), pero quemará la paja en el fuego (condenación para los injustos, versículo 12). La frase «que nunca se apagará» demuestra que no es un fuego común a la experiencia humana, sino el fuego escatológico del juicio.

Desde la prisión, Juan envió mensajeros a Jesús para que le preguntaran si Él era realmente el que había de venir, o si debían esperar a otra persona. Esta duda a menudo ha sido entendida como signo de la pérdida de confianza en su misión y llamamiento divino, debido a su encarcelamiento. Sin embargo, el elogio que Jesús hace de Juan logra que la interpretación sea distinta. Juan no es «una caña sacudida por el viento» (Mateo 11.7).

El problema de Juan se originaba en el hecho de que Jesús no estaba actuando como el Mesías que 61 había anunciado. ¿Dónde estaba el bautismo del Espíritu Santo? ¿Dónde estaba el juicio de los malos?

Jesús replicó que Él ciertamente era el portador del reino y que las señales de la edad mesiánica de la profecía estaban siendo manifestadas. Y aún dijo Jesús: «y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí» (Mateo 11.6). «¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?» Juan hizo esa pregunta porque la profecía de Daniel no parecía estar en proceso de cumplirse. Herodes Antipas gobernaba Galilea. Las legiones romanas desfilaban a través de Jerusalén. La autoridad estaba en manos de un pagano, Pilato. Roma, la idólatra, politeísta e inmoral, gobernaba el mundo con mano de hierro. Si bien Roma demostraba gran visión y moderación en el gobierno de sus súbditos, haciendo a los judíos concesiones debido a sus escrúpulos religiosos, sólo Dios tenía el derecho de gobernar a su pueblo. La soberanía le pertenecía solamente a Él. Ahí estaba el problema de Juan, que era a la vez el de todo judío devoto, incluyendo a los más íntimos discípulos de Jesús, cuando se esforzaban por entender e interpretar la persona y el ministerio de Cristo. ¿Cómo podía Él ser portador del reino, mientras el pecado y sus instituciones permanecían sin castigo?

Jesús contesta: «Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí». Lo que Jesús quiere decir es esto: «Sí, el reino de Dios está aquí. Pero es un misterio, una nueva revelación. El reino de Dios está aquí; pero en lugar de destruir la soberanía humana, ha atacado la soberanía de Satanás. El reino de Dios está aquí; pero en lugar de introducir cambios en las cosas externas, en el orden político, está realizando cambios en el orden espiritual, en las vidas de hombres y mujeres».

Este es el misterio del reino de Dios, la verdad que ahora Él revela por primera vez en su relato redentor. El reino de Dios ha de obrar entre los hombres en dos etapas distintas: en un tiempo futuro, cuando toda soberanía humana sea desplazada por la soberanía de Dios, según la profecía de Daniel, y en un tiempo presente. El misterio, la nueva revelación es que este reino de Dios ya vino a obrar entre los hombres, pero en una forma totalmente inesperada. No está destruyendo el gobierno de los humanos; está suprimiendo el pecado de la tierra; está comenzando a traer ahora el bautismo de fuego que Juan había anunciado. Ha venido quieta, discreta, secretamente. Puede obrar entre los hombres y jamás ser reconocido por las multitudes. En el dominio espiritual, el reino ofrece en este momento a los hombres, las bendiciones del gobierno de Dios, liberándolos del poder de Satanás y del pecado. El reino de

Dios es un regalo que puede ser aceptado o rechazado. El reino está ahora aquí, con persuasión más que con poder.

Cada una de las parábolas de Mateo 13 ilustra el misterio del reino. Esto es que el reino de Dios, que aún está por venir con gran gloria y poder, se halla, sin embargo, presente ahora entre los hombres en una forma inesperada, para traer las bendiciones del siglo venidero a esta generación perversa.

Esto es el misterio del reino: antes del día de la cosecha, antes del fin de este siglo, Dios ha entrado a la historia en la persona de Cristo para obrar entre los hombres, para traerles la vida y la bendición de su reino. Viene humildemente, sin imposición. Viene a los hombres mientras un carpintero galileo anda por las ciudades de Palestina predicando el evangelio y librando a la humanidad de la esclavitud del diablo. Viene a los hombres mientras sus discípulos van por las aldeas de Galilea predicando el mismo mensaje. Viene a los hombres hoy en día, mientras los seguidores de Cristo llevan el evangelio del reino por todo el mundo. Viene de una manera pacífica, humilde, sin gloria resplandeciente, sin partir los cerros en dos y sin espectáculo celestial. Viene como una semilla sembrada en la tierra. Puede ser rechazado por corazones endurecidos, puede ser ahogado y hasta, a veces, puede parecer que se seca y muere. Pero así es el reino de Dios. Trae el milagro de vida eterna a los hombres y los introduce en la bendición de la soberanía divina. Es para ellos la obra sobrenatural de la gracia de Dios. Y este mismo reino, el mismo poder sobrenatural de Dios, se manifestará al fin del siglo, esta vez no de una manera pacífica dentro de los corazones de los que lo han recibido, sino con poder y gran gloria, purgando todo pecado y mal de la tierra. Así es el evangelio del reino.

3. *Desde la perspectiva de dos profetas del Antiguo Testamento, ¿cuál es el destino de todos los reinos terrenales?*
4. *De acuerdo con Ladd, ¿cuál fue el problema de Juan y cuál es el de cada devoto judío, acerca del ministerio de Jesús?*
5. *¿Cuál fue esencialmente la nueva verdad que Cristo reveló acerca del reino?*

Cristo rechaza la oferta de los reinos del mundo

Los líderes judíos no fueron los únicos que creyeron que el Mesías se iba a manifestar a sí mismo, primeramente, a través de un dominio físico sobre los reinos de la tierra. Satanás, conociendo muy bien las Escrituras, trató de tentar a Jesucristo para que se rebelara contra Dios, ofreciéndole todos los reinos del mundo. Mateo 4.8-10 nos registra el incidente:

«Otra vez, lo llevó el diablo a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás».

Jesús rechazó la oferta de Satanás, conociendo que estaba basada en términos que no podía pensar siquiera. No obstante, fue una oferta genuina fundada en su control temporal de los reinos terrenales. Si Cristo hubiera buscado manifestar su autoridad a través de medios políticos, esto hubiera sido ciertamente una tentación para alcanzar su objetivo en forma rápida. Pero no era ese su interés. Él manifestó claramente en su ministerio, que su reino no era de este mundo (Juan 18.36).

Es muy importante para toda discusión sobre misiones, que entendamos exactamente la verdadera naturaleza del reino. Como cristianos, tenemos una seria responsabilidad al confrontar problemas sociales. Algunas veces, inclusive, sentiremos el llamado para desafiar a instituciones políticas o sociales que quizás están amparando injusticia y opresión. Pero nosotros debemos siempre comprender, como Cristo lo hizo, que nuestra misión primaria es la extensión del reino de Dios en la tierra. Y esto únicamente se va a realizar cuando hombres y mujeres en todo lugar tengan una oportunidad razonable para aceptar la salvación que Dios ofrece, someterse al Señorío de Jesús, y entrar en la comunión de su iglesia.

B. Cristo y el reino

Hemos dado un vistazo a lo que los judíos esperaban acerca del reino y de la venida del Mesías. Pero, ¿cuál fue la expectativa de Cristo? ¿Cuál, su papel en el reino? ¿Cuál, el impacto de su ministerio?

Cristo manifestó el propio entendimiento de su rol, por el título que eligió para sí mismo. Él pudo haber escogido entre varios nombres con que el Antiguo Testamento denominaba al Mesías. Pudo haber usado el más popular entre los judíos de ese tiempo, «Hijo de David», que lo hubiera identificado como el heredero del trono de Israel. Se identificó como «Hijo del Hombre». H. Cornell Goerner³ lo explica así:

Nada nos revela más, acerca de su personalidad, que el título que Jesús escogió para sí mismo. No le agradó el término, «Hijo de David», el epíteto popular del Mesías. Entendió que él era el «Hijo de Dios» a quien se refería el Salmo 2.7. Durante su presentación ante el sanedrín así lo admitió. Pero, el nombre que usó durante su ministerio fue «Hijo del Hombre». Más de cuarenta veces en los evangelios emplea este término refiriéndose a sí mismo.

Nos llama la atención que el nombre preferido de Cristo lo identificó con toda la humanidad, no sólo con el pueblo de Israel. Sin duda, su razón tiene importantes implicancias teológicas. Gran parte de la mística de la persona de Jesús es la manera en que pudo ser cien por ciento hombre sin dejar de ser Dios. Pero para nuestros propósitos, entendemos que con este nombre preferido, se identificó con un papel más amplio que el de «rey de Israel». Vino para retomar su reino mundial. Satanás lo supo cuando lo tentó con la legítima oferta de «todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos» (Mateo 4.8). Obviamente, la oferta fue trampa, ya que el requisito era ofrecer a Satanás la adoración, cosa que anularía los supuestos beneficios de poseer los reinos del mundo. Para recuperar esos reinos, tendría que tomar el camino de la cruz.

A los judíos no les gustó para nada esta identificación con la gran humanidad. En el primer mensaje que dio en su pueblo de Nazaret (Lucas 4.25-30), ofendió tremendamente a la gente. Les hizo sentir que Dios no les tenía mayor respeto que a los gentiles, citando dos ejemplos del Antiguo Testamento en que la fe de gentiles superó la de los judíos. Elías fue enviado no a una viuda en Israel, sino a una en Sarepta de Sidón. Y Dios eligió sanar a Naaman el sirio, cuando hubo muchos leprosos en Israel. Se enojaron tanto con este insolente joven que cuestionaba su

³ Goerner, H. Cornell: *All Nations in God's Purpose*. Broadman Press, Nashville, 1979, pág. 74. Traducido con permiso.

posición elitista entre las naciones, que lo llevaron a la cumbre de un monte para arrojarlo. Si no fuera por su poder milagroso, no hubiera escapado la muerte.

A los judíos primero

En verdad, Cristo tuvo un profundo amor y preocupación por el pueblo de Israel. Su alma se angustió sobre el (Mateo 23.37). Y sin duda, sintió que su primera responsabilidad era hacia su pueblo. Sin embargo, no era por visión exclusivista como algunos aseveran. Era un acercamiento estratégico, como Pablo después lo expresó en Romanos 1.16; 2.10, «Al judío primeramente y también al griego». Sin duda, aunque la nación en su totalidad no respondería al acercamiento del Mesías, muchos sí lo hicieron. Y Pablo también reconoció el valor de evangelizar primero a los judíos, sabiendo que muchos estaban abiertos al Espíritu de Dios. También entró el factor de urgencia, dado que el rechazo de Cristo por el liderazgo judío iniciaría un tremendo juicio sobre Jerusalén y el pueblo. Por eso instruye a sus discípulos a ir primero a «las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo 10.5-6). Había una imperante urgencia.

También a los gentiles

Génesis 10 nos relata la «Tabla de las Naciones», una lista de setenta pueblos formados por los descendientes de Noé. Entre los judíos, se suponía que estos eran el número total de las naciones dispersas por toda la tierra después de la Torre de Babel. Con el tiempo, el número setenta llegó a simbolizar el concepto de «muchos» o «sin número». Por eso Cristo le exhortó a Pedro en (Mateo 18.21-22) que necesitaba perdonar «setenta veces siete». Lucas nos relata en el capítulo 10, que Cristo también envió a «setenta», de dos en dos. Así como los doce discípulos representaron su misión a las doce tribus de Israel, estos setenta representaron su misión a «todas las naciones» dispersas por toda la tierra. Así Cristo nos dejó su clara intención de hacer predicar el mensaje del reino a todo el mundo.



DOS SÍMBOLOS DE LA MISIÓN DE CRISTO

1. En la sección «A los judíos primeramente», el autor opina que la entrega del mensaje a los judíos, en primer término, fue una consideración estratégica. ¿Qué razonamientos utiliza para dar apoyo a esta declaración?

2. *¿Por qué fue el envío de los doce, y posteriormente de los setenta, un símbolo de la misión total de Jesucristo?*

Es muy evidente que Jesús estaba completamente seguro de su doble misión, a la nación de Israel y también a las naciones gentiles. ¿Pero cómo lo relacionó con su ministerio práctico? El siguiente artículo nos señala su perspectiva universal al respecto.

Un hombre para todas las naciones

Don Richardson⁴

Millones de cristianos saben, claro está, que Jesús al final de su ministerio dijo a los apóstoles: «Id y haced discípulos a todas las naciones» (Mateo 28.19). Honramos respetuosamente este último y tan importante e increíble mandato que Jesús nos dio con un título augusto: «la Gran Comisión». Sin embargo, millones de nosotros muy dentro de nuestro corazón creemos secretamente, si nuestros hechos son un barómetro exacto de nuestra convicción (la Escritura dice que sí lo son), que Jesús profirió tan pasmoso mandato, sin dar a sus discípulos una advertencia amplia con respecto al mismo.

Leyendo de corrido los cuatro evangelios, la Gran Comisión parece como una nota pensada a última hora, agregada al final del cuerpo principal de las enseñanzas de Jesús. Pareciera que nuestro Señor, después de haber divulgado todo lo que estaba dentro de su corazón, hubiera chasqueado sus dedos y dicho: «¡Oh!, a propósito, estimados discípulos, hay algo más. Quiero que proclamen este mensaje a todo el mundo, sin importar el idioma o la cultura. Es decir, claro está, si tienen tiempo y si lo desean».

¿Será que Jesús encargó a sus discípulos la Gran Comisión de una manera repentina? ¿Será que se la confirió al último momento sin darles aviso siquiera y luego se escapó al cielo sin concederles la oportunidad de discutir con Él la posibilidad de la misma? ¿Será que se le olvidó darles una demostración, razonable sobre los métodos para lograrla?

¡Cuán frecuentemente los cristianos leemos los cuatro evangelios sin discernir la evidencia abundante que Dios ha provisto para una conclusión totalmente opuesta! Consideremos, por ejemplo, la forma tan compasiva como Jesús utilizó los encuentros que tuvo con los gentiles y samaritanos, con el fin de ayudar a que los discípulos pensarán en forma transcultural.

El centurión romano

En una ocasión (Mateo 8.5-13), un centurión romano, un gentil, se acercó a Jesús con una petición para beneficio de su sirviente que estaba paralítico. En dicha circunstancia los judíos le suplicaron a Jesús que respondiera. «Es digno de que le concedas esto; porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga» (Lucas 7.4, 5). De hecho, en la parte norte del Mar de Galilea y a dos mil años de distancia, todavía existen las paredes y los pilares de una sinagoga que muy probablemente haya sido construida por ese mismo centurión. Pero notemos la

⁴ Richardson, Don, «A Man for All Peoples», *Eternity in Their Hearts*. Regal Books, Ventura, CA, 1981, págs. 136-139, 149, 152-153. Traducido con permiso.

implicación del razonamiento de los judíos. Lo que realmente estaban diciendo era que, si el centurión no los hubiera ayudado, entonces Jesús tampoco debería socorrerlo en esta circunstancia en que su siervo se encontraba tan lastimosamente enfermo. ¡Sí que eran sectarios! Poco necesitamos para imaginarnos que Jesús no pudo evitar, suspirar de vez en cuando: «¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar?» (Mateo 17.17).

Jesús respondió al centurión: «Yo iré y le sanaré». En ese momento, el centurión dijo algo inesperado: «Señor... no soy digno de que entres bajo mi techo... pero di la palabra, y mi siervo será sano. Porque también yo soy hombre puesto bajo autoridad, y tengo soldados bajo mis órdenes...» (Lucas 7.6-8). Cuando Jesús lo escuchó se maravilló. ¿Qué fue lo que lo sorprendió tanto? Simplemente esto: la experiencia militar del centurión le había enseñado algo acerca de la autoridad. Al igual que el agua corre cuesta abajo, también la autoridad corre por los escalones (como en una cadena de mando). Cualquiera que se sujete a una autoridad de más alto nivel, también tiene el privilegio de ejercer autoridad sobre los niveles de abajo. El centurión notó que Jesús caminaba en perfecta sumisión a Dios. Por lo tanto, Jesús debía tener una perfecta autoridad sobre todo aquello que estaba debajo de Él en el mayor escalón de todos: ¡el universo! Así, ¡Jesús debía poseer la infalible capacidad de ordenar a la simple materia del cuerpo enfermo del siervo, para que éste se adaptara a un estado de salud!

«De cierto os digo», exclamó Jesús, «que ni aun en Israel he hallado tanta fe» (Mateo 8.10). Al igual que en muchos otros discursos, el Señor aprovecha la ocasión para demostrar a sus discípulos que los gentiles tienen el mismo potencial de fe que los judíos y que igualmente son objeto de la gracia de Dios. Determinado a hacer énfasis sobre ese punto, Jesús continuó diciendo: «Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, (Lucas, como escritor gentil, agrega paralelamente: «Y del norte y del sur») y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino (esto solamente podía referirse a los judíos como pueblo escogido) serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujiir de dientes» (Mateo 8.11-12; Lucas 13.28-29).

Las fiestas normalmente se anuncian para celebración. ¿Quién cree usted que celebrará esa fiesta a la que asiste Abraham y un ejército de invitados gentiles? ¡Las insinuaciones de la Gran Comisión que vienen a continuación no podían ser más precisas! ¡Espere, que todavía hay mucho más!

La mujer cananea

Posteriormente, una mujer cananea de la región de Tiro y Sidón, rogó a Jesús que tuviera misericordia de su hija que estaba poseída por un demonio. En un principio, Él aparentó indiferencia. Sus discípulos, indudablemente contentos de ver a su Mesías dar la espalda a una gentil insistente, estuvieron de acuerdo de inmediato con lo que pensaron eran los sentimientos reales de Jesús. «Despídela», argumentaron, «pues da voces tras nosotros» (ver Mateo 15.21-28).

Realmente no se imaginaban que el Señor los estaba probando. «No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel», respondió a la mujer (v.24). Habiendo ya mostrado una insensibilidad aparente hacia ella, Jesús dejaba ver también una incongruencia en su modo de actuar. Si ya había sanado a muchos gentiles, ¿sobre qué bases rechazaba ahora dicha petición? Uno se puede imaginar a sus discípulos moviendo la cabeza ceñudamente. Todavía no se daban cuenta. Nada desalentada, la mujer cananea se arrodilló a los pies de Jesús, rogando: «¡Señor, socórreme!» «No está bien tomar el pan de los hijos» y luego agregó la

devastadora frase: «y echarlo a los perrillos!». «¡Perros!», era el calificativo común que los judíos reservaban para los gentiles, especialmente para aquellos que trataban de ingresar a la privacidad y privilegios religiosos de los judíos. En otras palabras, Jesús ahora complementaba su «insensibilidad» e «incongruencia» anterior con una «crueldad» aún peor.

¿Era en realidad el Salvador del mundo el que hablaba así? Indudablemente sus discípulos pensaban que esos calificativos eran los apropiados para la ocasión. Pero, precisamente, cuando sus corazones empezaron a inflamarse al máximo con el orgullo de su raza, la mujer cananea debió captar un brillo en los ojos de Jesús y se dio cuenta de la verdad.

«Sí, Señor», contestó con mucha humildad, por no decir con sutileza: «Pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos...» (Mateo 15.21-28, ver también Marcos 7.24-30).

«Oh mujer, grande es tu fe», respondió Jesús maravillado; «hágase contigo como quieres». No, no estaba siendo un veleidoso. Su intención era precisamente hacer eso. Inmediatamente antes que eso, Jesús había enseñado a sus discípulos sobre la diferencia entre la inmundicia real y la aparente. Esa era su manera de hacer entender algo.

«Y su hija fue sanada desde aquella hora», registra Mateo (v.28).

Una aldea samaritana

En otra ocasión, cuando Jesús y sus discípulos llegaron a cierta aldea samaritana, los samaritanos se negaron a recibirlos. Jacobo y Juan, a quienes Jesús apodaba «hijos del trueno» por su temperamento, se enardecieron. «Señor», exclamaron indignados (casi pateando): «¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo... y los consuma?», Jesús volviéndose a ellos los reprendió. Algunos manuscritos antiguos registran que Él dijo: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas» (Lucas 9.51-55).

¡Con esas palabras, Jesús se identificó a sí mismo como Salvador también de los samaritanos!

Los griegos en Jerusalén

Más tarde, algunos griegos llegaron a una fiesta en Jerusalén y trataron de entrevistarse con Jesús. Dos de sus discípulos, Felipe y Andrés, comunicaron la petición de los griegos al Señor, quien como siempre, aprovechó la oportunidad para «meter otra cuña» en la perspectiva para todas las naciones: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Juan 12.32). Esta profecía describía anticipadamente la manera en que iba a morir Jesús: ¡la crucifixión! Pero tal profecía, también describió sus efectos. Todos los hombres, no solamente a pesar de la humillación de Jesús, sino precisamente por dicha humillación, serían atraídos a Él como el Libertador ungido de Dios. Superficialmente, la frase anterior puede interpretarse en el sentido de que todos en el mundo se convertirían al cristianismo. Sabido como es, que tal cosa no es probable, la frase en cuestión más bien quiere expresar que algunos hombres de todas las razas, serían atraídos a Jesús en el momento en que aceptaran su muerte como propiciación por el pecado. Esta es exactamente la promesa del pacto con Abraham: no que todas las personas serían literalmente bendecidas, sino que todas estarían representadas en esa bendición. En el pasaje anterior, también los discípulos tuvieron la oportunidad de recibir otra advertencia acerca de la Gran Comisión que estaba por venir.

Por el camino a Emaús

Así como los discípulos no creían en la forma en que Jesús les sugería el evangelismo hacia los gentiles, tampoco creyeron realmente cuando les dijo que se levantaría de los muertos. ¡Pero Jesús los asombró en ambos casos! Tres días después de ser sepultado, ¡resucitó! Y una de las primeras apariciones después de la resurrección comenzó de incógnito ante dos de sus discípulos, en el camino a Emaús (Lucas 24.13-49). En el principio de la escena, los dos discípulos no reconociendo a Jesús, se quejaban diciendo: «Pero nosotros esperábamos que Él era el que había de redimir a Israel...» (v.21); pero no agregaron, «...y que fuese una bendición a todas las naciones». Una mancha negra dentro de sus corazones aún obstruía, de manera notable, la segunda parte del pacto con Abraham.

«¡O insensatos!», dijo Jesús, «¡y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?» (vs.25, 26).

Luego, comenzando con los cinco libros de Moisés y los profetas, les explicó todo lo que la Escritura decía con respecto a El mismo. Ya lo había explicado bien con anterioridad, pero quiso recalcarlo pacientemente (v.27). En dicha ocasión, el corazón de los dos discípulos se hinchaba dentro de ellos, a medida que les abría las Escrituras (v.32). ¿Sería que al fin estaba penetrando en sus corazones una perspectiva más amplia?

Más tarde lo reconocieron, pero en el mismo momento, Jesús desapareció de su vista. Los discípulos volvieron de inmediato a Jerusalén y se reunieron con los once (como se conocía a los discípulos después de la traición de Judas), y les explicaron su experiencia. Pero, antes de que estos dos terminaran de hablar, ¡Jesús apareció en medio de ellos y los once experimentaron por sí mismos la verdad de la resurrección!

De la misma manera en que una golondrina regresa a su nido, Jesús volvió a las Escrituras y a su tema central: «Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones (griego «*ethnos*»: gentes), comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas» (Lucas 24.45-48).

3. Don Richardson nos da varios ejemplos del ministerio de Jesús hacia los gentiles. En cada caso, el Señor usa la oportunidad para reformar la actitud de los discípulos hacia los no judíos. ¿Cuál era específicamente esa actitud?

¿Tuvo éxito Cristo al tratar de persuadir a los discípulos para que cambiaran su actitud hacia los gentiles? Esta pregunta se contesta en la última parte del capítulo que pasamos a considerar a continuación:

Id y haced discípulos⁵

Notemos, sin embargo, que todavía no les ordenaba que partieran. Eso vendría algunos días después en una montaña de Galilea, donde (en lo que se refiere a los discípulos) todo empezaría. Y es allí donde comienza a funcionar lo que el pacto con Abraham había descrito dos milenios antes, y en lo que Jesús había invertido tres largos años, preparando a sus discípulos para que lo recibieran: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden (note lo que sigue a continuación) todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mateo 28.18-20).

No se trataba de un mandato injusto. Estaba previsto en el Antiguo Testamento. La enseñanza diaria de Jesús lo anticipaba. Su ministerio, frecuentemente libre de prejuicios, tanto entre los samaritanos como en medio de los gentiles, había dado a los discípulos una demostración viva de cómo llevarlo a la práctica. Además, ahora agregaba la promesa de su propia autoridad como legado y la compañía de su presencia, ¡si obedecían!

Aun después, momentos antes de que ascendiera de regreso al cielo desde el Monte de los Olivos (cerca de Betania), les agregó otra promesa: «Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo; y me seréis testigos...» Luego sigue la tan conocida fórmula de Jesús para la predicación progresiva del evangelio: «...en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra» (Hechos 1.8).

Ese fue el último mandamiento de Jesús. Sin agregar más palabras, y sin dar oportunidad para la discusión de la propuesta, ascendió a los cielos esperando la completa obediencia de sus seguidores.

De judíos sectarios a apóstoles transculturales

Claro está, que Jesús sabía que no había manera de rescatar a la mayoría de los judíos de su tiempo (de la misma manera que no hay esperanza de rescatar a la mayoría de cualquier nación), debido a la ceguera egocéntrica de ellos. A través de la historia, vemos que gran parte de los judíos había enfocado de manera exclusiva la bendición del pacto de Abraham, de tal forma que la obligación había permanecido virtualmente invisible para ellos. Probablemente no sea una exageración declarar que sus mentes estaban selladas herméticamente ante cualquier consideración seria sobre la «línea inferior». Esa es la razón por la cual muchos israelitas estaban decididos a explotar el poder milagroso de Jesús para su beneficio personal; pero la perspectiva de su pacto orientado hacia todas las naciones, choca constantemente con su mentalidad, por considerarse ellos mismos como los únicos dentro de los planes de Dios. ¡Aun uno de sus discípulos, tal como lo hemos visto, lo traicionó en el contexto de esa misma situación! La única esperanza entonces es esta: si tan sólo Jesús puede ganárselos para la perspectiva hacia todas las naciones, toda la promesa hecha a Abraham y no sólo una versión incompleta, aún puede cumplirse.

Un interrogante: ¿Podría aún el Hijo del Hombre, sin negar el libre albedrío humano, transformar a hombres cuyo patrón de pensamiento estaba programado desde la infancia para un etnocentrismo extremado? Dicha pregunta podrá parecer un tanto infantil. ¿Podría el Hijo del Hombre, quien es también el omnipotente Hijo de Dios, hacer algo? La respuesta es sí, pero el libre albedrío humano implica que la decisión prioritaria de Dios, no interfiere con el

⁵ Richardson, págs. 153-155.

fundamento metafísico de dicha libertad. También implica la capacidad del hombre para rechazar la persuasión que Dios utiliza para influir sobre dicho albedrío, al mismo tiempo que deja intacto ese principio metafísico. ¡La persuasión y no la compulsión, es lo que aún Él tiene que utilizar! Y la persuasión, por su misma definición, ¡tiene que ser algo que se pueda rechazar! Sin embargo, el Dios que se hace a sí mismo alguien a quien es factible rechazar, es tan sabio, ¡que puede vencer cualquier consecuencia de esa autolimitación, con mucha facilidad! Operando alrededor del rechazo humano y aun a través de él, tan fácilmente como lo hace por medio de una respuesta afirmativa, logra sus metas eternas.

Por lo tanto, la máxima emoción no estriba en que el éxito del diseño de Dios sea eventual, porque dicho éxito está asegurado, sino más bien, en preguntas tales como: ¿quién de entre los hijos e hijas de los hombres podrá reconocer el día del privilegio de Dios, cuando éste amanezca sobre ellos? y ¿cuáles hombres y mujeres (entre aquellos que discernan tal privilegio) decidirán despreciarlo de la misma manera que Esaú despreció su primogenitura? Y finalmente, ¿cómo podrá Dios lograr su propósito cuando aún los hombres y mujeres que lo aman y que hacen de su voluntad la propia, son espiritualmente vulnerables, físicamente débiles y tan limitados en entendimiento?

Cristo entendió que la mayor parte de su misión sería llevada a cabo por sus discípulos. Pero, el «egoísmo cultural» de estos (etnocentrismo), fue un gran obstáculo para el cumplimiento del aspecto universal de su misión. Así que, tomó todas las oportunidades que se le presentaron para tratar de romper las barreras de los prejuicios que los separaba de otra gente. Intentó construir dentro de ellos «una perspectiva para todas las naciones».

C. Los discípulos y el reino

Seguimos nuestro tema del reino con preguntas esenciales acerca de las manifestaciones del reino y su mensaje. El diálogo de Cristo con los discípulos sobre este tema (Mateo 24), tiene información tan significativa, que afecta grandemente el punto de vista desde el cual vemos el resto de la tarea para la evangelización del mundo. Lea el siguiente fragmento de «El evangelio del reino», para ver cómo Cristo respondió a la pregunta de los discípulos.

¿Cuándo llegará el reino?⁶

Para este estudio final, consideraremos un versículo de las enseñanzas de nuestro Señor. En esta serie de estudios, la verdad comprendida en este verso es, desde cierto punto de vista, la más importante para la iglesia de hoy. Es un texto cuyo significado puede captarse solamente sobre el contexto de un estudio más amplio acerca del reino de Dios.

Hemos descubierto que el reino de Dios es el reinado del Señor que derrota a sus enemigos, trayendo a los hombres el goce de las bendiciones del Señorío divino. El régimen de Dios ha de cumplirse en tres grandes actos, de modo que podemos decir que el reino viene en tres etapas. La tercera y final victoria, ocurre al concluir el milenio, cuando la muerte, Satanás y el pecado son por fin destruidos y el reino alcanza su perfección cabal. La segunda victoria ocurre al comienzo del milenio, cuando Satanás es encadenado al fondo del abismo. Aparentemente,

⁶ Ladd, George Eldon, *El Evangelio del Reino*, Editorial Vida, Miami, FL 1974, págs. 123-125. Usado con permiso.

sin embargo, el pecado y la muerte continúan, prevaleciendo a través de todo este período, pues sólo al finalizar el milenio ella son echados al lago de fuego.

La manifestación inicial del reino de Dios se encuentra en la misión de nuestro Señor sobre la tierra. Antes del siglo venidero, antes del reinado milenar de Cristo, el reino de Dios se introduce, en el presente siglo malo, aquí y ahora, a través de la persona y la obra de Jesús. Por eso podemos experimentar su poder, conocer su vida y participar de sus bendiciones. Si hemos entrado al goce de las bendiciones del reino de Dios, nuestra pregunta final es: ¿qué hemos de hacer como resultado de estas bendiciones? ¿Disfrutaremos pasivamente de la vida del reino, mientras esperamos la consumación de la venida del Señor? Sí, debemos esperar, pero no pasivamente. El texto para este estudio tal vez sea el de mayor importancia para el pueblo de Dios hoy día: Mateo 24.14.

Este versículo sugiere el tema del presente capítulo: «¿Cuándo llegará el reino?» Esto, desde luego, se refiere a la manifestación del reino de Dios en poder y gloria, en la Segunda Venida del Señor Jesús. En el pueblo de Dios hay gran interés acerca de la hora en que Cristo ha de venir. ¿Será pronto o tardará más? Muchas conferencias sobre profecías bíblicas ofrecen mensajes en los cuales se escudriñan las Escrituras y se examinan los periódicos, tratando de hacer comprensibles las profecías y las señales de los últimos tiempos, para determinar cuán cerca del fin podemos estar. El texto bíblico citado es la declaración de la palabra de Dios más precisa acerca de la hora en que ha de llegar nuestro Señor. No hay otro versículo que hable en forma tan clara y concisa sobre el momento de la venida del reino.

El capítulo comienza con las preguntas de los discípulos al Señor, conforme miran el templo cuya destrucción Jesús anuncia. «¿Dinos, cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?» (Mateo 24.3). Los discípulos esperaban que ese siglo terminara con la venida de Cristo en gloria. El reinó vendría con la iniciación del siglo venidero. He aquí la pregunta de ellos: «¿Cuándo finalizará esta era? ¿Cuándo volverás Señor, y traerás el reino?»

Jesús contestó con ciertos detalles. Describió, ante todo, el curso de este siglo hasta el tiempo del fin. Este siglo malo ha de perdurar hasta que El venga. Siempre será hostil al evangelio y al pueblo de Dios. Prevalecerá el mal. Sutiles y engañosas influencias tratarán de lograr que los hombres se aparten de Cristo. Religiosos falsos, mesías mentirosos, llevarán a muchos por caminos errados. Continuarán las guerras; habrá hambres y terremotos. Persecuciones y martirios importunarán a la iglesia. Los creyentes sufrirán el odio, mientras dure esta era. Los hombres tropezarán y se entregarán unos a otros. Falsos profetas se levantarán, abundará la iniquidad y el amor de muchos se enfriará.

Por cierto que es un panorama tenebroso, pero esto ha de esperarse en una época sometida al gobierno de los líderes mundiales de estas tinieblas (Efesios 6.12). De todos modos, el cuadro no es de oscuridad y perversidad irremediables, ya que Dios no nos abandona. Los escritos apocalípticos judíos de la época del Nuevo Testamento concebían un período que estaría completamente bajo control del mal. Dios se habría retirado de la participación activa en los asuntos del hombre; la salvación pertenecería solamente al futuro, cuando el reino de Dios viniera en gloria. Esa época sólo sería testigo de tristeza y sufrimientos.

Algunos cristianos han manifestado una actitud pesimista similar. «Satanás es el dios de este siglo; por tanto, el pueblo de Dios no puede esperar nada más que frustraciones y perversidades en este tiempo malo. La iglesia ha de convertirse en una apóstata cabal; la civilización ha de ser totalmente corrupta. Los cristianos deberán librar una batalla perdida hasta que Cristo venga».

La palabra de Dios enseña en verdad que habrá una intensificación del mal al final de esta era, pues Satanás sigue siendo el dios de este siglo. Pero debemos poner fuerte énfasis en que Dios no nos ha abandonado en manos del maligno. En realidad, el reino de Dios ha invadido este siglo malo; Satanás ha sido vencido. El reino de Dios, en Cristo, ha creado la iglesia y actúa en el mundo a través de ella, para cumplir el propósito divino de extender su reino. Estamos dentro de una gran contienda, el conflicto de los siglos. El reino de Dios obra en este mundo por medio del poder del evangelio. «Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin» (Mateo 24.14).

1. En este fragmento de «El evangelio del reino» que consideramos, su autor, el doctor Ladd, sugiere que Mateo 24:14 encierra una verdad tremendamente significativa para la iglesia actual. Describa con sus propias palabras el contenido de este versículo y sus implicaciones para la iglesia.

Si estudiamos el pasaje profético de Mateo 24 y lo comparamos con el de la Gran Comisión de Mateo 28.18-20, podemos notar líneas paralelas que nos ayudarán a relacionarlos. Una versión armonizada de estos versículos se lee como sigue:

Y estando Él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: dínos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo? Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones y entonces vendrá el fin. Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mateo 24.3-14; 28.18-20).

Ambos pasajes hablan de la misma misión y se refieren a un tiempo específico, en el cual aquélla ha de cumplirse. Los discípulos fueron enviados para realizar esa misión y es evidente por las Escrituras que su labor fue motivada por la esperanza del pronto retorno del Señor Jesús. Ungidos por el poder del Espíritu, comenzaron a llevar fielmente el evangelio a los confines del mundo conocido. Su éxito fue tal, que, en pocos años, los paganos de Tesalónica los acusaron de haber perturbado a toda la tierra habitada, con ese mensaje (Hechos 17.6).

¿Cuáles fueron los componentes de este revolucionario mensaje? Vamos otra vez a los escritos del doctor Ladd, *El evangelio del reino*, para buscar una respuesta.

La victoria sobre la muerte⁷

Volvamos nuevamente a las Escrituras que muestran más clara y sencillamente qué es este evangelio del reino. En 1º Corintios 15.24-26, Pablo detalla las etapas de la obra redentora de nuestro Señor. Describe el victorioso evento del reino mesiánico de Cristo, con estas palabras:

⁷ Ladd, págs. 127-130.

«Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque es preciso que Él reine (debe reinar como rey, debe reinar en su reino) hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte».

He aquí la descripción bíblica del significado del reino de Cristo, mediante el cual Él logrará sus fines. Este es el reino de Dios en la persona de su hijo Jesucristo, con el propósito de colocar a sus enemigos debajo de sus pies. «El último enemigo que será destruido es la muerte. La abolición de la muerte es la misión del reino de Dios. El reino de Dios tiene que destruir a todos los otros enemigos, incluyendo al pecado y a Satanás; porque la muerte es la paga del pecado (Romanos 6.23) y es Satanás quien tiene poder sobre la muerte (Hebreos 2.14). Sólo cuando la muerte, el pecado y Satanás sean destruidos, los redimidos conocerán las bendiciones perfectas del reino de Dios.

El evangelio del reino es la proclamación de la victoria de Cristo sobre la muerte. Descubrimos que aunque la consumación de esa victoria es futura, cuando la muerte es finalmente echada al lago de fuego (Apocalipsis 20.14), Cristo ya la ha vencido. Al hablar de la gracia de Dios, Pablo dice «que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio» (2 Timoteo 1.10). La palabra «quitar» usada aquí en la traducción, no quiere decir suprimir, sino vencer, anular el poder, poner fuera de acción. El mismo verbo griego es usado en 1 Corintios 15.26, «Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte»; aparece también en 1 Corintios 15.24: «Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia».

Existen, por consiguiente, dos etapas en esa destrucción: la abolición de la muerte y su derrota. Su aniquilación final se espera para la segunda venida de Cristo; pero mediante su muerte y resurrección, Cristo ya ha vencido a la muerte. Él ha roto su poder: todavía es un enemigo, pero un enemigo derrotado. Estamos seguros del triunfo futuro, debido a lo que ya ha sido logrado. Tenemos que proclamar una victoria cumplida.

Estas son las buenas nuevas del reino de Dios. ¡Cómo necesitan los hombres este evangelio! En cualquier parte se encuentran fosas que tragan muertos. Las lágrimas por la pérdida, por la separación, por la partida, manchan todo rostro. En cada mesa, tarde o temprano, queda una silla vacía, y en cada hogar, un puesto vacante. La muerte es la gran niveladora. Opulencia o pobreza, fama o anonimato, poder o inutilidad, éxito o fracaso, raza, credo o cultura, a las distinciones humanas nada significan; ante el irresistible paso de la guadaña que a todos derriba. Y en el caso de que el sepulcro que nos aguarda sea fabuloso como el Taj Majal, una pirámide monumental, o una tumba olvidada y sin desyerbar, o las indefinidas profundidades del mar, un hecho predomina: la muerte.

Aparte del evangelio del reino, la muerte es la poderosa conquistadora, ante la cual, todos somos inútiles. Tan sólo podemos agitar los puños en completa impotencia contra el sepulcro inexorable y silencioso. Pero las buenas nuevas son éstas: la muerte ha sido vencida; la vida y la inmortalidad han sido traídas a la luz. Una tumba vacía en Jerusalén es la prueba de ello. Este es el evangelio del reino.

2. ¿Cuáles son las dos «etapas» en la destrucción de la muerte?

La victoria sobre Satanás

El enemigo del reino de Dios es Satanás. Cristo debe reinar hasta que haya puesto a Satanás por estrado de sus pies. Esta victoria también espera la venida de Cristo. Durante mil años, Satanás ha de ser atado en el fondo de un abismo. Sólo al final del milenio ha de ser echado al fuego.

Pero, hemos descubierto que Cristo ya ha vencido a Satanás. La victoria del reino de Dios no es solamente futura; un gran triunfo inicial ya ha tenido efecto. Cristo participó en carne y sangre; se encarnó «para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban, durante toda la vida, sujetos a servidumbre» (Hebreos 2.14-15). La palabra que aquí se traduce como «destruir» es la misma que encontramos en 2 Timoteo 1.10 y en 1 Corintios 15.24 y 26. Cristo ha anulado el poder de la muerte; también ha invalidado el poder de Satanás. Todavía el diablo ronda de un lado a otro como león rugiente lanzando persecuciones contra el pueblo de Dios (1 Pedro 5.8); y se insinúa como un ángel de luz en los círculos religiosos (2 Corintios 11.14). Pero él es un enemigo vencido. Su poder y dominio, han sido rotos. Su ruina es segura. Una victoria, la decisiva, ha sido ganada. Cristo echó fuera demonios, liberó hombres de la esclavitud de Satanás. El los sacó de las tinieblas a la luz salvadora del evangelio. Estas son las buenas nuevas acerca del reino de Dios. Satanás está vencido, y podemos desligarnos del temor demoníaco y del mal satánico, y conocer la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

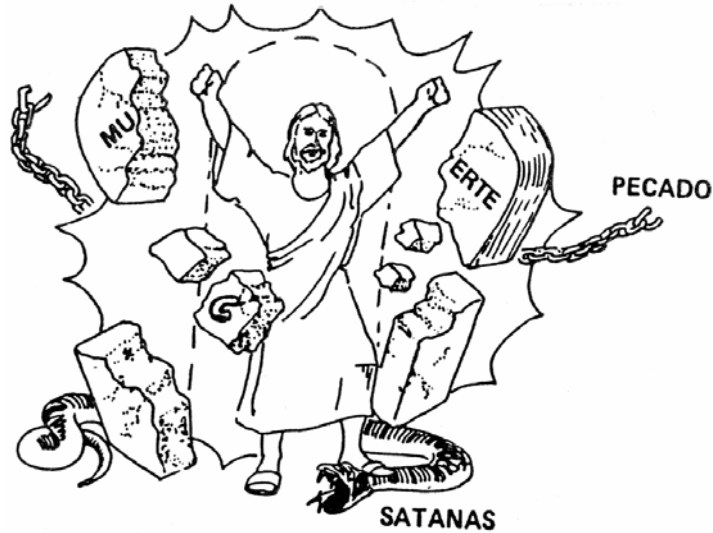
3. *¿En qué sentido es la derrota de Satanás un hecho del pasado?*

4. *¿De qué manera es considerado todavía un hecho del futuro?*

La victoria sobre el pecado

El pecado es un enemigo del reino de Dios. ¿No ha hecho Cristo nada respecto al pecado, o meramente ha prometido una futura liberación para cuando El traiga el reino en gloria? Debemos admitir que el pecado, así como la muerte, es del dominio público mundial; todo periódico ofrece un elocuente testimonio de su obra. Sin embargo, el pecado, la muerte y Satanás, han sido vencidos. Cristo ya ha aparecido para quitar el pecado mediante el sacrificio de sí mismo (Hebreos 9.26). El poder del pecado ha sido roto. «Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado» (Romanos 6.6). Aquí, por tercera vez, encontramos la palabra «destruir» o «abolir». Cristo como Rey tiene como objetivo «destruir» todo enemigo (1 Corintios 15.24,26). Sin duda, esta obra es futura, pero es también del pasado. Lo que nuestro Señor completará en su Segunda Venida lo ha comenzado ya mediante su muerte y resurrección. La muerte ha sido derrotada (2 Timoteo 1.10); Satanás ha sido destruido (Hebreos 2.14); Y en Romanos 6.6 el «cuerpo del pecado» ha sido abolido, aniquilado. La misma palabra de triunfo, de la destrucción de los enemigos de Cristo, es usada tres veces en esta triple victoria: sobre Satanás, sobre la muerte y sobre el pecado.

El evangelio del reino de Dios es el anuncio que Dios ha hecho y que hará. Es la victoria sobre sus enemigos. Son las buenas nuevas de que Cristo vuelve para destruir eternamente a sus adversarios. Es el evangelio de la esperanza. También son las buenas nuevas de lo que Dios ya ha hecho. El ya ha roto el poder de la muerte, ha vencido a Satanás y al gobierno del pecado. El evangelio es una promesa, pero también, una experiencia y una promesa fundada en una experiencia. Lo que Cristo ha hecho garantiza lo que hará. Este es el evangelio que debemos llevar al mundo.



5. *Antes de que una persona reconozca a Cristo como Señor, está sometida a la esclavitud del pecado. ¿Cuáles son «las buenas noticias» concernientes con esa esclavitud?*

El evangelio del reino contiene un mensaje poderoso. Anuncia que Cristo ha vencido a los enemigos del alma del hombre. La victoria de Cristo significa que ninguno que reconozca su Señorío, necesita permanecer en la esclavitud de la muerte, de Satanás, o del pecado. Mientras vivamos en la carne aún tendremos dificultades, pero al permanecer fieles somos asegurados por la victoria ya lograda y esperamos el día glorioso con las señales del retorno de Cristo, que traerá la destrucción final de todos los vestigios de opresión satánica.

El evangelio del reino es un mensaje maravilloso de libertad y de poder. Es el mensaje que necesita desesperadamente ser escuchado y entendido por hombres y mujeres en todo lugar. Se mantiene en un abierto contraste con los intentos del hombre por encontrar un significado para su vida aparte de Dios. En los siguientes fragmentos, Ladd describe el sentido y propósito de la historia humana.

La naturaleza de nuestra misión⁸

En segundo lugar, encontramos en Mateo 24.14 una misión, así como un mensaje. Este evangelio del reino, estas buenas nuevas de la victoria de Cristo sobre los enemigos de Dios,

⁸ Ladd, págs. 130-135.

debe ser predicado en todo el mundo para testimonio a todas las naciones. Esta es nuestra misión. Por eso, este versículo es uno de los más importantes de toda la Palabra de Dios para discernir el significado y el propósito de la historia humana.

Si no hay un Dios que maneja el timón de la historia, me siento pesimista. Pero creo en Dios. Creo que Dios tiene un plan. Creo que Dios ha revelado en Cristo y en su palabra, el propósito suyo en la historia. ¿Cuál es ese propósito? ¿Dónde han de buscarse sus lineamientos?

Uno viaja por el Cercano Oriente y contempla con admiración las ruinas, testigos silenciosos de pueblos que una vez fueron poderosos. Todavía quedan macizas columnas que se elevan apuntando hacia el cielo, mientras por todas partes enormes montones de peñascos sobre llanuras áridas denuncian escombros acumulados de civilizaciones que dejaron de ser. La esfinge y las pirámides de Gizeh, los pilares de Persépolis y las torres de Tebas aún constituyen elocuentes testimonios de la gloria que brilló en Egipto y en Persia. Todavía puede uno ascender a la acrópolis de Atenas o pasearse por el foro de Roma y percibir algo del esplendor y la gloria de las civilizaciones de los siglos primeros, que en ciertos aspectos, jamás han sido superadas, pero de las cuales hoy tan sólo quedan ruinas, columnas derrumbadas, estatuas postradas, culturas destruidas.

¿Cuál es el significado de todo esto? ¿Por qué se levantan y caen las naciones? ¿Hay algún propósito en ello? ¿O la tierra algún día se convertirá en un astro muerto, sin vida, como la luna?

6. Por lo que el autor ha dicho acerca de la búsqueda secular del significado de la historia, ¿qué es lo mejor que el hombre puede esperar si no cree en los propósitos de Dios?

El propósito divino y la gente elegida

El tema central de toda la Biblia es la obra redentora de Dios en la historia. Hace mucho tiempo, Él escogió un pequeño pueblo frecuentemente despreciado, Israel. Dios no estaba interesado en ese pueblo exclusivamente; su propósito incluía a la humanidad entera. En su soberano designio seleccionó a esta nación insignificante para desarrollar, por medio de ella, su plan redentor que eventualmente incluiría a todo el género humano. El significado cabal de Egipto, de Asiria, de Caldea y de las otras civilizaciones antiguas del Cercano Oriente se encuentra en la relación que tienen con la minúscula nación de Israel. Dios estableció sus reglas y derribó a esos estados para dar a luz a Israel. Eligió este pueblo y lo preservó. Tenía un plan y estaba desarrollándolo en la historia. Llamamos a esto la historia Redentora. Sólo la Biblia, entre todas las literaturas antiguas, contiene una filosofía de la historia y es una filosofía de redención.

Entonces llegó el día cuando «en la plenitud de los tiempos» apareció en la tierra el Señor Jesucristo, un judío, hijo de Abraham según la carne. El propósito de Dios para con Israel fue llevado a su cumplimiento. Esto no quiere decir que Dios haya terminado con Israel; pero sí que cuando Cristo apareció, el plan redentor de Dios por medio de Israel alcanzó su objetivo inicial. Hasta ese momento, la clave del significado divino del propósito de la historia estuvo identificada con Israel como nación. Cuando hubo acabado su obra redentora de muerte y resurrección, ese propósito divino se trasladó de Israel —que había rechazado el evangelio— a la iglesia, la comunidad de judíos y gentiles que lo habían aceptado. Esto está demostrado en

lo que dice nuestro Señor en Mateo 21.43 dirigiéndose a la nación de Israel: «El Reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él» La iglesia es un «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa» (1 Pedro 2.9); y es en esta misión actual de la misma, conforme lleva las buenas nuevas del Reino de Dios a todo el mundo, que el propósito redentor de Dios en la historia está siendo logrado.

El cabal significado de la historia desde el momento de la ascensión de nuestro Señor hasta su venida en gloria se encuentra en la extensión y la obra del evangelio en el mundo. «Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin». El propósito divino en los diecinueve siglos desde que nuestro Señor vivió en la tierra, se encuentra en la historia del evangelio del reino. La hilación que da significado a estos siglos está tejida con los programas misioneros de la iglesia. Algún día, cuando entremos a los archivos de los cielos a buscar un libro que exponga el significado de la historia humana tal como Dios la ve, no sacaremos un libro que describa «La historia del Occidente» o «El progreso de la civilización». Ese libro tendrá por título «La preparación para el evangelio y su extensión entre las naciones». Porque es sólo aquí donde se desarrolla el propósito redentor de Dios.

Este es un hecho que confunde. Dios ha encargado a gente como nosotros, pecadores redimidos, la responsabilidad de llevar a cabo el propósito divino de la historia. ¿Por qué lo ha hecho de esta manera? ¿No está corriendo el gran riesgo de que su propósito deje de cumplirse? Ya van más de diecinueve siglos y la meta todavía no ha sido alcanzada. ¿Por qué no lo hizo Dios por sí mismo? ¿Por qué no manda huestes de ángeles en quienes puede confiar para que completen la tarea de una vez? ¿Por qué lo ha encomendado a nosotros? No tratamos de contestar estas preguntas, a excepción de decir que tal es la voluntad de Dios. He aquí los hechos: Dios nos ha encargado esta misión y a menos que nosotros la hagamos, no será hecha.

Este es también un hecho conmovedor. La iglesia cristiana de hoy, a menudo padece de un complejo de inferioridad. Hace unas cuantas generaciones el pastor de una congregación era el líder más educado y respetado de la comunidad. Hubo una época en la cual, debido a esta situación cultural, la iglesia ejerció una influencia predominante en la estructura de la vida comunitaria occidental. Esa época hace tiempo que pasó. Con frecuencia hemos observado que el mundo ha lanzado la iglesia a un rincón y la ha pasado por alto. Hoy, ella no cuenta. Las Naciones Unidas no se dirigen a ella para pedirle consejo en la solución de sus problemas. Nuestros dirigentes políticos frecuentemente huyen de líderes de la iglesia para su orientación. La ciencia, la industria, el trabajo, la educación, son los círculos donde se buscan corrientemente la sabiduría y el liderazgo. La iglesia es echada a un lado. Estamos al margen de la esfera de influencia, hemos sido empujados por encima de la periferia en lugar de ocupar con honestidad el centro, nos lamentamos de nosotros mismos y deseamos que el mundo nos preste atención. Así caemos en una actitud defensiva e intentamos justificar nuestra existencia. ¡Ciertamente, nuestra principal preocupación parece ser la de nuestra propia preservación! Y asumimos una interpretación derrotista de nuestra importancia y de nuestro papel en el mundo.

Permitamos que este versículo que comentamos, (Mateo 24.14), arda en nuestro corazón. Dios no ha hablado de esto a ningún otro grupo de personas. Estas buenas nuevas del reino de Dios deben ser predicadas por la iglesia en todo el mundo para testimonio a todas las naciones. Este es el programa de Dios. Esto quiere decir que en el significado foral de la civilización moderna y del destino de la historia humana, tú y yo somos más importantes que las Naciones Unidas. Lo que la iglesia hace con el evangelio es de mayor influencia, al fin y al cabo, que las decisiones del Kremlin. Desde las perspectivas de la eternidad, la misión de la iglesia tiene más

peso que el poner ejércitos en marcha o que las medidas tomadas por las capitales del mundo, porque es mediante el cumplimiento de esta tarea que ha de realizarse el propósito divino de la historia. Nada menos que ésta es nuestra misión.

Abandonemos este complejo de inferioridad. Dejemos para siempre de compadecernos de nosotros mismos y de lamentarnos por nuestra «insignificancia». Reconozcamos que somos como Dios nos ve y giremos en torno al programa que nos ha sido divinamente encomendado. Estas buenas nuevas acerca del reino deben predicarse «... en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin». Me siento contento, en verdad orgulloso, de formar parte de la iglesia de Cristo porque a nosotros se nos ha encargado la tarea más significativa y valiosa que haya sido dada a cualquier institución humana. Esto comunica a mi vida una importancia eterna, pues estoy participando en el plan de Dios para todos los tiempos. El significado y el destino de la historia están en mis manos.

7. ¿Por qué la influencia de la iglesia sobre la historia es más significativa que la de cualquier organización secular, tal como las Naciones Unidas, o aún los gobiernos más poderosos de las naciones?

Dios ha confiado a su gente la tarea más grande de la historia humana. Nosotros somos los agentes de su reino y tenemos la responsabilidad de llevar las buenas nuevas de libertad, a través de Cristo, hasta los confines de la tierra. Nosotros no sabemos por qué El ha elegido al hombre como su agente. Quizás sus ángeles hubieran podido hacerlo mejor y más rápido. Pero sospechamos que Dios nos ha confiado esta misión porque, a la vez, el proceso de su ejecución es esencial para nuestro crecimiento y para nuestra madurez. La historia y la experiencia enseñan que la iglesia que no propaga el evangelio se marchita y muere. De igual manera, el creyente que individualmente no aprende a enfocar su atención en las necesidades de otros y a ministrar para satisfacerlas, permanece perpetuamente en la inmadurez.

Pero, quizás ésta no es la última motivación para nuestra participación en la misión de Dios. El doctor Ladd presenta en Mateo 24.14 un factor que nos debe impulsar a la acción.

El motivo para la misión⁹

Finalmente, el texto que comentamos contiene un motivo poderoso: «Entonces vendrá el fin». El tema de este capítulo es: ¿Cuándo vendrá el reino? No estoy estableciendo ninguna fecha. No sé cuando vendrá el fin. Pero sí sé lo siguiente: cuando la iglesia haya terminado su tarea de evangelizar el mundo, Cristo vendrá otra vez. La Palabra de Dios lo dice. ¿Por qué no vino en el año 500 de esta era? Porque la iglesia no había evangelizado al mundo. ¿Por qué no volvió Cristo en el año 1000? Porque la iglesia no había terminado su tarea de evangelización del mundo entero. ¿Viene Cristo pronto? ¡Sí, pronto! si nosotros, el pueblo de Dios, somos obedientes al mandato del Señor de llevar el evangelio a toda criatura.

8. Según lo expuesto por Ladd ¿por qué Cristo no ha retornado aún?

⁹ Ladd, pág. 135.

Algunos maestros de la Biblia acusarán a Ladd de ser muy simple en su comentario de Mateo 24.14. No hay duda que existen muchos debates complejos que conducen a diferentes interpretaciones de este pasaje en particular. Pero nadie puede negar que la evangelización es la tarea principal de la iglesia. De igual manera, es imposible negar por medio de las Escrituras nuestra responsabilidad de estar participando en ese trabajo hasta que Él vuelva. Si Cristo está tardando su retorno, ello debe ser motivación suficiente para colaborar en la tarea de evangelización mundial (2 Pedro 3.8-13). Los que aman su venida, deben estar «apresurando» el día a través de su labor.

Vivimos en una época diabólica. Los poderes de la oscuridad están redoblando sus esfuerzos contra Cristo y su reino. Satanás conoce que el final se acerca y está haciendo todo lo posible, dentro de su poder, para destruir el alma de los hombres. Pero, en medio de esta confusión en aumento, las buenas nuevas del reino siguen esparciéndose en una forma sin precedentes. El Espíritu de Dios está penetrando en los lugares más recónditos del imperio de Satanás y las puertas del infierno no pueden soportar el ataque de la iglesia. El evangelio está siendo llevado a los confines de la tierra y la iglesia está cumpliendo su comisión.

Lea este último fragmento de *El evangelio del reino*.

Por tanto, id¹⁰

¿Deseas tú la venida del Señor? Entonces te someterás a toda clase de esfuerzos para llevar el evangelio al mundo entero. Esto me preocupa a la luz de las claras enseñanzas de la Palabra de Dios, a la luz de la explícita definición, hecha por nuestro Señor, de la tarea consignada en la Gran Comisión (Mateo 28.19- 20), que tomamos tan a la ligera. «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra». Estas son las buenas nuevas del reino. Cristo ha vencido la autoridad de Satanás. El reino de Dios ha triunfado sobre el reino del diablo; esta edad impía ha sido derrotada por el siglo venidero en la persona de Cristo. Toda autoridad es suya ahora. Él no mostrará esta autoridad de su gloriosa victoria final hasta que venga otra vez; pero ahora la autoridad es suya. «Id, por tanto, vosotros». ¿Por qué? Porque toda autoridad, todo poder es suyo y porque Él está esperando hasta que hayamos terminado nuestra tarea. Suyo es el reino, Él reina en los cielos y manifiesta su señorío sobre la tierra dentro de su iglesia y fuera de ella. Cuando hayamos cumplido nuestra misión, Él volverá y establecerá su reino en gloria. A nosotros nos ha dado no sólo esperar su venida, sino también apresurar el día de Dios (2 Pedro 3.12). Esta es la misión del evangelio del reino y esta es nuestra misión.

La obediencia de Cristo logra la victoria

Cristo fue totalmente obediente a la voluntad de Dios. Por eso, el día anterior al de su muerte, a la edad de treinta y tres años, Jesucristo pudo decir confiadamente a su Padre Celestial: «Yo... he acabado la obra que me diste que hiciese» (Juan 17.4). Sin embargo, si mirásemos las circunstancias que lo enmarcarían en las horas siguientes sería difícil, desde el punto de vista humano, ver que Él hubiera logrado cosa alguna. En efecto, Jesucristo estaba a punto de ser traicionado por uno de sus compañeros de más confianza, y de encarar un humillante juicio que lo conduciría a su ejecución. El grupo de sus discípulos prontamente sería esparcido en

¹⁰ Ladd, págs. 139-140.

confusión. Parecía que todo su cuidadoso método de enseñanza y su paciente entrenamiento estaban por perderse.

No es lo que el hombre pudiera medir en acontecimientos lo que marcó el triunfo o el fracaso de Cristo. La firmeza de su obediencia hacia la voluntad del Padre fue lo que hizo de su vida un éxito; aunque esta obediencia lo condujo, a través de la humillación y de un juicio injusto, hacia una ruta solitaria en el Gólgota y una muerte de tortura. En la agonía de sus últimos momentos en la cruz, a pesar de que los pecados del mundo habían sido puestos sobre Él y parecía que Dios lo había abandonado, Él continuaba confiando su persona totalmente a la voluntad del Padre: «En tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23.46).

Aun cuando las tinieblas lo cubrían, en el último instante de debilidad y desolación, Dios estaba ejerciendo su control. Él estaba a punto de convertir la obediencia de la cruz en la victoria más grande de la historia. Tres días después, cuando Cristo completó su misión entre los muertos, resucitó físicamente de la tumba donde fuera colocado. Las nuevas noticias de este fascinante suceso fueron transmitidas fervorosamente a través de todos los lugares celestiales: «¡Él ha resucitado! ¡Cristo ha derrotado a la muerte! ¡El poder de Satanás ha sido quebrado! ¡El pecado no gobierna más!»

El regocijo del cielo era únicamente comparable con el aturdimiento del infierno. La cruz, que inicialmente parecía ser una tremenda victoria para el reino de Satanás, a través de la resurrección de Cristo, era tornada de súbito en una humillante derrota. La antigua profecía de Génesis 3.15: «Esta te herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañar», fue dramáticamente cumplida. ¡Dios hace que aún sus enemigos sirvan a sus propósitos!

La obediencia y el sufrimiento de Cristo habían sido compensados. En respuesta a esa obediencia, Dios lo exaltó otorgándole un nombre que es sobre todo nombre...

«Para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2.10-11).

Con esta investidura de toda autoridad en el cielo y en la tierra, el reino de Cristo fue inaugurado. La profecía de Mateo 16.18 estaba a punto de ver su dinámico desarrollo: «Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella».

Resumen

Malaquías habló de la venida de Cristo y advirtió a la nación judía acerca de sus falsas expectativas, relacionadas con este evento. Pero su advertencia no fue tenida en cuenta. Cristo cumplió su papel en una forma diferente de la que ellos esperaban y fue visto como un impostor blasfemo por el liderazgo judío. No tuvieron deseos de «ver» u «oír» y así crucificaron al Redentor de Israel.

En su vida y en su muerte, Cristo cumplió las expectativas de Dios perfectamente. Él inauguró el reino y reveló sus «misterios». Cuidadosamente trabajó con sus discípulos, rompiendo así sus barreras de prejuicios y dándoles una perspectiva «para todas las naciones». Luego los comisionó y les dio poder para llevar el mensaje de libertad a todos los confines de la tierra.

La iglesia ha asumido este importante papel como emisaria de Dios para las naciones. Motivados por su prometido retorno, los discípulos de Cristo han llevado, a través de los siglos, el evangelio a los lugares más remotos de la tierra.

La iglesia está embistiendo las puertas del infierno y está prevaleciendo sobre ellas. Estamos más cerca de cumplir la Gran Comisión que en cualquier otro momento de la historia. Si amamos su venida, vamos a trabajar apresurando ese día. «Maranatha», Señor Jesús.

Tarea integral

- 1. Describa el conflicto que existió entre las expectativas de los líderes judíos respecto de la venida del Mesías y el papel cumplido por Cristo, incluyendo el doble enfoque de su ministerio terrenal.*
- 2. Escriba una dramatización de una de las situaciones usadas por Cristo para reformar la actitud de sus discípulos hacia los gentiles.*
- 3. Prepare un bosquejo para una charla breve titulada «El mensaje de liberación del evangelio». Asegúrese de reforzar cada punto con las Escrituras.*

Preguntas para reflexionar

- 1. La pobreza, la injusticia y la opresión siempre han sido parte de la historia humana. Estas ciertamente fueron evidentes en el tiempo de Cristo. Él pudo haber enfrentado a los gobernadores malignos, despojándolos de sus gobiernos humanos y estableciendo su propio reino terrenal (así lo hará en su Segunda Venida). La oferta de Satanás aparentaba ser una vía corta a la meta. Pero conociendo que la cruz era su meta, eligió obedecer a Dios, y a través de sus propios sufrimientos, proveer el camino de salvación a toda la humanidad. ¿Qué sacrificio pide Dios de su vida para involucrarse en la tarea de la redención humana? Seguramente demandará un sacrificio de obediencia.*
- 2. Los discípulos de Cristo no fueron los únicos que necesitaron un cambio en cuanto a sus prejuicios raciales. El egocentrismo cultural (etnocentrismo) es común a todas las civilizaciones. En muchas sociedades existen hoy culturas dominantes que perpetúan la discriminación social como una forma de proteger su posición. ¿Esto es cierto en la sociedad en la cual usted vive? ¿Cómo son expresados los prejuicios culturales en su sociedad? ¿Ha sido esto un estorbo en la propagación del evangelio? Medite en Gálatas 3:27-29. Ore para que el Señor le dé a usted y a su Iglesia una perspectiva magnánima, hacia todos los grupos sociales y étnicos.*

CAPÍTULO 4

La iglesia en misión

«Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones...» (Mateo 28.19)

Introducción

Alguien ha destacado el hecho que Cristo vino no tanto para encomendar la Gran Comisión, sino para quitarla. Se quitó de las manos de los que lo recibieron en el pacto Abrahámico pero no lo cumplieron, para encomendarlo a una «nueva» nación, concebida bajo un nuevo pacto escrito con la sangre de Jesús. Ese pueblo de discípulos de Cristo un día se levantaría como una fuerza mundial que arrastraría naciones y potencias. Pero en su inicio, pareció un movimiento que pronto desaparecería. ¿Cómo es que una pequeña banda de humildes e ignorantes hombres pudiera iniciar algo que alcanzaría a ser lo que ha llegado a ser la Iglesia cristiana durante los últimos 2.000 años? Lo único que lo explica es el Poder de Dios. Vemos este poder en la Gran Comisión que Cristo encomendó a sus seguidores. Y el libro de los Hechos de los Apóstoles nos revela cuán explosivo fue este poder al soltarlo.

A. La gran comisión: mandato supremo de la Iglesia

Jesucristo pasó los últimos días de su caminar en la tierra con sus discípulos. La gran victoria había sido ganada, pero ahora la tremenda labor de llevar las buenas noticias del reino hasta los confines del mundo tenía que ser iniciada. Cristo había pasado tres años moldeando a doce hombres, pero en el momento crítico de la prueba uno de ellos lo había traicionado y el resto se había dispersado. Amorosa y pacientemente, Cristo los restauró hacia la comunión con Él mismo y con los demás.

La culminación de su trabajo con los discípulos llegó en el momento de su partida. Las poderosas palabras de la Gran Comisión de Mateo 28.18-20 expresan claramente la misión encomendada a los apóstoles y, sucesivamente, a la iglesia. En el siguiente artículo, Steve Hawthorne nos ofrece una exégesis de esta fuerte palabra dada con expresiones inclusivas y totales del mandato.

Mandato sobre la montaña

Steve Hawthorne¹

Lo esperan sobre la montaña, uno de los más altos cerros, dando vista al Mar de Galilea. No dudan de estar en el lugar indicado. Se habían encontrado con Jesús allí en otras ocasiones. Jesús había orado en ese lugar. Y Jacobo, Juan y Pedro les indican el lugar exacto donde habían visto a Jesús en toda su resplandeciente gloria.

¹ Steve Hawthorne es el fundador y director de WayMakers, en Austin, Texas. Luego de co-editar en 1981 el curso y el libro *Perspectivas del movimiento cristiano mundial*, inauguró el «Proyecto Josué», una serie de expediciones para hacer una investigación sobre grupos humanos no alcanzados por el evangelio en las ciudades principales del mundo. Fue co-autor, con Graham Kendrick, de *Prayerwalking: Praying on site with insight* (Caminatas de Oración: la oración perceptiva in situ), y ha escrito numerosos artículos.

El tiempo pasa lentamente. Contemplan el lago y para romper el silencio, comentan sobre lo mucho que había sucedido alrededor de ese mar. Ya sólo quedaban once de ellos. Todos se preguntan, «¿qué pasará cuando llega Jesús?» Sus expectativas son vívidas pero a la vez, desordenadas. Esperan y especulan.

Nunca fue una persona predecible, aún en los primeros días en Galilea. ¿Qué pasaría ahora que había muerto? ¿O realmente estaba vivo? Todos lo habían visto, o por lo menos su aparición. Ninguno de los encuentros fue de rutina. Había pasado por puertas con candados y había caminado por muchos kilómetros con amigos, sin ser reconocidos. Y cuando por fin lo reconocieron, desapareció. Había aparecido como un jardinero, realizando sus tareas; en otra ocasión, como cualquier otro en una playa. Podrías estar mirándolo y no saber que era Él, y al momento, verlo de nuevo y casi morirte de susto al repentino reconocimiento. Desde su muerte, y lo que presumía ser su resurrección, les había aparecido sin aviso en momentos inesperados. Pero en esta ocasión, les pidió que se juntaran. ¿Qué diría? Es difícil imaginar que el Señor le hubiera citado en una forma más llamativa que esta.

Aunque le esperaban, su llegada fue sorprendente. ¿Quién era? ¿Vivía, o era un difunto? Algunos dudaban, pero todos se arrodillaron en adoración. Esto también fue sorprendente. Era la primera vez que todos le adoraron con el pleno reconocimiento de quien era. Nunca se olvidarían de este momento; y nunca se olvidarían de sus palabras.

Cuando habló, no fue con potencia, pero con palabras tan directas que parecían pasar por cada uno de ellos. Redundaban como si fueran para un gran gentío detrás de ellos. Luego, entenderían que sus palabras también eran para todos los que le seguirían.

Al hablarles, les declara el destino de toda la historia. Su mandato es comprensivo. Cuatro veces usa la palabra *todo*: toda potestad, todas las naciones, todo lo que les mando, y todos los días.

Toda autoridad

Observaron algo distinto cuando Jesús caminó hacia ellos. Sí, había vuelto de la muerte. Eso era suficiente para complicarlos; pero había otra cualidad que percibían, como si estuviera cargado con una energía asombrosa. Había mostrado una autoridad explayada desde que lo conocieron. Siempre fue abierto concerniente a su autoridad: Simplemente había hecho lo que el Padre le había dado, con autoridad celestial. Pero ahora era enorme. No estaba con corona ni cetro. Era su amigo Jesús, con la misma sonrisa y paciente gracia. Pero de alguna forma, aparecía inmenso ante ellos. Era real, global y peligroso. Era el rey de toda la tierra. Lo sabían antes que dijera palabra alguna.

«Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra». No les sorprendió lo que Jesús dijo acerca de sí mismo. Tenía sentido mientras lo decía. Dios Todopoderoso, el Gran Yo Soy le había conferido autoridad insuperable. Reflexionarían por años sobre ello para tratar de comprenderlo, pero en el momento cobraba sentido. Cristo había triunfado sobre el mal en la cruz. A causa de esa victoria, el Padre le había exaltado y honrado, poniendo su Hijo como cabeza de toda la humanidad. Ahora tenía dominio sobre entidades angélicas, quienes moraban en invisibles esferas celestiales. Tenía el poder de dirigir la historia en cualquier dirección que le interesara. Se le había otorgado autoridad celestial para consumir la llenura del Reino de Dios.

Creo que a Juan, uno de los once quien estuvo allí sobre la montaña, más adelante le fue mostrada esta transferencia de autoridad desde el Padre al Hijo, desde la perspectiva del cielo (Apocalipsis 5.1-14). En visiones, Juan vio a Dios Todopoderoso sentado sobre su trono, con un rollo en su mano con siete sellos. Todo el cielo anhelaba ver lo que estaba en ese documento que, implícitamente, contenía el destino de la tierra. La respuesta de Dios ante toda injusticia y dolor parecía estar dentro del rollo, listo para ser implementado. El rollo contenía el destino y la gloria de las últimas generaciones de cada nación. Las más grandes esperanzas aún imaginadas son superadas en ellas: toda maldad vencida; toda persona que lo merece, honrada. Es el último capítulo de la historia humana, un maravilloso «gran final» bajo el encabezamiento del Mesías.

¿Por qué lloró Juan cuando vio esperanza en forma escrita? Sin una persona digna, los propósitos de Dios no se cumplirían. No había alguien que lo podía ejecutar. ¿Podía ser que no hubiera quien tuviese la autoridad para llevar a cabo su voluntad? «Deje de llorar», se le dice a Juan. Uno quien es digno se ha encontrado: *he aquí el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, que ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos.* (Apocalipsis 5.5). La persona quien Dios elige es totalmente humana, del linaje de David, pero es también totalmente divino, el Cordero que proviene del centro del trono. El Padre otorga a este hombre glorioso, Cristo Jesús, autoridad suprema para llevar a cabo su voluntad.

El Gran Yo Soy ha otorgado todo al Hijo de Hombre. ¿Quién puede resistir su sabiduría? ¿Quién puede intimidarle en su determinación de sanar a las naciones? ¿Qué poder demoníaco puede acobardarlo en manera alguna? ¿Quién puede derribarlo en su deseo de reunir todas las naciones bajo su autoridad? Nunca ha habido tanto poder en las manos de ninguna persona. Nunca será superado. Nunca abdicará su reino. No terminará hasta que el cumpla el propósito del Padre.

Todas las naciones

Este hombre glorioso estaba parado delante de ellos. Pausó después de haber hablado de su autoridad, permitiendo que su propósito crujiera en el aire. Tenía el poder para autorizar cualquier cosa. ¿Qué sería? Habló: «Por tanto id y haced discípulos a todas las naciones».

En ese momento entendieron la idea principal es «hacer discípulos». Las otras palabras, «id...bautizándolos...y enseñándolos» (Mateo 28.18-20) son todas acciones mandadas por Cristo, pero cada uno es para suplir lo que Jesús quiso decir con el mandamiento central, «haced discípulos a todas las naciones».

Una meta, no un proceso

Jesús habló como si se pudiera ver cada nación desde donde estaban parados sobre la montaña. Discipular cada una de las naciones implicaba que habría un cambio de una vez y para siempre en cada tribu, idioma y etnia.

En la sintaxis de esta frase, la palabra griega traducida como «haced discípulos» requiere un objeto para la acción. La gama de la acción (en este caso definida por la palabra «todas») refiere a la extensión de la acción de discipular. El mandato nunca puede ser abreviado simplemente a la actividad de hacer discípulos, como si a Jesús simplemente le interesara el proceso de hacer discípulos. La expresión tiene que entenderse en su forma completa, «hacer discípulos a todas las naciones». Jesús estaba estableciendo la meta suprema. Un movimiento

de discipulado era el destino para cada grupo étnico sobre la tierra. Él les estaba encomendando la tarea de iniciar estos movimientos.

Jesús no enfatizó el proceso de comunicación del evangelio. De hecho, dijo nada acerca del evangelio en sí. No fueron mandados a simplemente exponer a la gente al evangelio. Fueron comisionados a realizar un resultado, una respuesta a, y un seguimiento global de Jesús desde cada nación. Era una tarea que tenía que cumplirse. Y será cumplida. No tenían ninguna duda que Jesús siempre termina lo que empieza.

Las naciones

Casi todas las traducciones usan esta expresión «naciones». Cuando la escuchamos, inmediatamente nos imaginamos países o estados nacionales. Pero la palabra griega es *ethne*, de la cual proviene nuestra palabra «etnia». Aunque a veces la palabra se usa en la Biblia para referirse a todos los que no son Judíos o Cristianos, al usarse con la palabra griega que significa «todas», se asigna su uso más común: un grupo étnico o pueblo definido por sus rasgos culturales.

Para mantener claridad, utilizamos el término «grupo humano» o a veces, «etnias». Hoy, como en aquellos días, personas todavía se agrupan principalmente por rasgos culturales perdurables. Hay varios factores que hacen a estas agrupaciones. Factores lingüísticos, culturales, sociales, económicos, geográficos, religiosos, y políticos son parte de lo que da formación a los grupos humanos de la tierra. Desde el punto de vista de la evangelización, un «grupo humano» es la agrupación más grande, en la cual el evangelio puede dispersarse como un movimiento discipulador o de establecimiento de iglesias, sin encontrarse con barreras significativas en la comprensión y aceptación del Mesías.

En ningún momento se hubieran confundido los discípulos con la idea de países o estados políticos del mundo. Cada uno de los once eran de una región denominada «Galilea de los gentiles» (la palabra griega traducida «gentiles» en Mateo 4.15 es idéntica a la palabra *ethne* que significa «pueblos étnicos» o «naciones» en Mateo 24.14 y 28.20). Galilea en ese día fue conocida por su multiplicidad de grupos culturales, viviendo con sus distintos idiomas y costumbres (Juan 12.20-21, Mateo 8.28, etc.).

Ellos sabían que las escrituras hablaban de los «pueblos». Ellos se reconocían como descendientes de Abraham, destinados a bendecir a los clanes y familias extendidas del mundo (Génesis 12.3, 22.18, 28.14). Sabían del mesiánico Hijo del Hombre, cuyo reino se extendería sobre todo «pueblo, nación y gente de cada lengua» (Daniel 7.14).

Marchando a las naciones

Cristo les dijo que estuviesen listos para cambiar de lugar para realizar esta tarea. El tema de «ir» no era incidental como si estuviera diciendo: «Cuando realicen algún viaje, de paso, intenten hacer algunos discípulos donde quiera que se encuentren». Por años viajaron con Él observando y ayudando mientras cubrió sistemáticamente regiones enteras (Marcos 1.38; Mateo 4.23-25). Les había enviado más de una vez a pueblos específicos, siempre dirigiéndolos a entrar en relaciones significativas para estimular movimientos duraderos de esperanza en el reino de Cristo. El evangelio no sería anunciado sin ir a los lugares donde la gente vivía (Mateo 10.5-6, 11.13, Lucas 10.1-3, 6-9). Ahora les estaba enviando a tierras lejanas para realizar lo mismo y dejar movimientos basados en reuniones caseras de discipulado y oración.

Todos los días

«He aquí estoy con vosotros...» El mandamiento final actualmente fue «contémpenme» que significa «Velad por mí. Mantengan su enfoque en mí. Dependan de mí y miren hacia mí siempre». Les había dado momentos antes, la comisión de ir a los lugares más remotos del planeta. Pero no les estaba enviando desde su presencia. En realidad, les estaba invitando a estar más cerca de Él que nunca. No estaba meramente pasándoles un poco de su poder. Tal vez sería el caso si les hubiera estado anunciando su partida. Les estaba indicando que Él se quedaba sobre este planeta, ejerciendo toda su autoridad hasta el fin del mundo. Él mismo estaría con ellos hasta el fin de los siglos.

Pocos días después sobre otra montaña cerca de Jerusalén, lo verían ser elevado a los cielos (Hechos 1.9-12). Desde esa ciudad salieron y predicaron en todo lugar. Al irse, estaban convencidos de que Cristo no había desaparecido. Había sido dado su trono en el cielo. Pero también se recordaron lo que había dicho de estar con ellos. ¡Y así fue! Como el Evangelio de San Marcos lo cuenta, a la vez que Jesús estaba sentado a la diestra del Padre, también trabajaba con ellos a medida que partieron para los distantes rincones del planeta para evangelizar a tierras lejanas.

La época a la cual Cristo se refirió aún no ha terminado. Cada día desde ese encuentro, Jesús ha «estado» con los que realizan su mandato.

Al leer esto, hoy es uno de esos días. Jesús sabía que este día se realizaría cuando habló sobre la montaña. Ya te conocía. Y conocía la gente que le seguiría durante los días de tu vida. ¿Puedes imaginarte en esa montaña sobre rodillas, once hombres a tu lado, quieto al escucharlo declarar estas palabras? Tienes todo el derecho de imaginarte allí. Cristo te vio allí y te habla hoy con deliberada claridad. ¿Qué haremos en respuesta a Él? Él nos dio un mandato de obrar con toda su autoridad para llevar a todas las naciones a obediencia a todos sus mandamientos. ¿Cómo podemos hacer otra cosa que darle todo lo que somos en el cumplimiento de este gran mandato?

1. ¿Cuál es la extensión y la totalidad de la Gran Comisión?

Cristo otorga la Gran Comisión a su iglesia

¿Se ha puesto usted a pensar que cuando el Señor, ya victoriosamente resucitado, daba sus instrucciones finales a los discípulos en Mateo 28, se estaba dirigiendo al liderazgo de la primera iglesia de sus seguidores? A pesar de esto, Cristo no se preocupó mucho por la forma que habrían de establecer las congregaciones, por su manera de gobierno, o por sus normas de culto. Los Evangelios tienen sólo dos referencias a «la iglesia» en la enseñanza de Cristo. En Mateo 16.18, anunció que edificaría una Iglesia como fuerza que asaltaría el reino de Satanás. Luego, en Mateo 18, les dio instrucciones referentes a la disciplina y toma de decisiones de la misma. Pero, exceptuando estas dos instancias, no hay otra evidencia de que Él haya hablado directamente acerca del gobierno de la iglesia ni de su organización con sus discípulos antes de su ascensión.

Aunque a nosotros nos fascinan todos estos temas de la iglesia y particularmente en su expresión local (defendiéndola a veces como la única expresión «legítima»), no fue lo que más le concernió a Cristo. Sus instrucciones finales no tienen relación con estos asuntos. Sus palabras finales enfatizan la misión de la iglesia: Id y haced discípulos a todas las naciones. Lo que a Cristo le interesó es que sus seguidores cumplan su misión, fuera como fuera. Es lamentable que la iglesia tan fácilmente pierda este enfoque para entretenerse con temas que son la base de críticas mutuas y divisiones, estorbando el trabajo aunado de perseguir la misión que Cristo tan claramente encomendó.

Cristo, por supuesto, no estaba ignorando el hecho de que estos hombres pronto se encargarían de organizar a sus seguidores en congregaciones. Pero Él había prometido darles el Espíritu Santo, el cual habría de guiarlos a toda la verdad. Igualmente valioso fue el entrenamiento que les dio durante el curso de los tres años de su ministerio terrenal. Él les había demostrado el principio más importante del liderazgo: tener una actitud de servicio hacia los demás, y les había dado su nuevo mandamiento de «amarse los unos a los otros», como la base de toda relación personal. El amor debía ser el vínculo por medio del cual la iglesia de Cristo se ligaría y establecería sus bases para su misión.

El ciclo de la iglesia para realizar la misión

La importancia de ver la obra misionera como enfoque prioritario de la iglesia se destaca en Efesios 4.11-12. En este texto clásico referente a los ministerios de la iglesia, el Apóstol Pablo dice: y Él mismo constituyó a unos apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. Algunos ven esta lista como una enumeración jerárquica enfocada en la iglesia local. Pero el cuerpo de Cristo no es ninguna iglesia local en particular, sino todas las iglesias del mundo. Y la Gran Comisión nos da a entender que el cuerpo de Cristo no será «edificado» completamente hasta que todas las naciones sean discipuladas.

Algunos interpretan este pasaje como si fuera un orden jerárquico. Los apóstoles aparentan ser los más altos en este orden escalonado con los pastores y maestros siendo las posiciones de menos prestigio. Pero una exégesis basada en un orden jerárquico es totalmente opuesta a la enseñanza de Cristo y su acercamiento al ministerio. Fue Él quien dijo que el que quisiera ser mayor tendría que ser el siervo de todos, y que los últimos serían los primeros. La idea de una jerarquía eclesiástica es totalmente ajena al pensamiento de Jesús.

Mucho más coherente con la enseñanza de Jesús es una exégesis basada en función. En este caso, vemos que cada uno de estos ministerios funciona en base al desarrollo de la iglesia en sus varias etapas. Tomando por sentado que la misión de «ir y hacer discípulos a todas las naciones» es una tarea prioritaria de la iglesia, nos preguntamos, ¿qué tiene que pasar primero para que se cumpla esta misión? Lógicamente, lo primero es enviar personas a donde no hay discípulos. Etimológicamente, la palabra «apóstol» proviene del griego y significa alguien que es enviado. Su equivalente en español, derivado del latín, es la palabra «misionero».

Los doce discípulos de Jesús no fueron denominados por Jesús como «apóstoles» por haberle acompañado, sino porque fueron seleccionados para ser enviados. Todos los que acompañaban a Jesús fueron conocidos como «discípulos». En los primeros capítulos de Marcos, se hacen varias alusiones a estos «discípulos». De estos cuantos, Él «estableció a doce para que estuviesen con Él y para enviarlos a predicar» (Marcos 3. 14). En otras palabras, Jesús seleccionó a doce hombres para capacitar y enviar a la obra misionera. Su primera experiencia de

ser enviado se relata en Marcos 6.7-13: «Después llamó a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos...» La única referencia a este grupo como «apóstoles» en el Evangelio de Marcos es en el versículo 30 del mismo capítulo: «Entonces los apóstoles se juntaron con Jesús». Se les hace referencia como «apóstoles» porque están volviendo de la obra misionera a la cual fueron enviados en el versículo 7. Y al volver, ya asumen otra vez el rol de «discípulos» como se puede notar en el versículo 35 en adelante.

Al ser los directamente encomendados con la Gran Comisión, la iglesia primitiva reconoció a los doce como «misioneros» o «apóstoles». Pablo, Bernabé, y Silas, como unos cuantos más en el Nuevo Testamento, también fueron conocidos como «apóstoles». Pero es claro que esto fue por su función como los que desempeñaban la obra misionera, no como asignatura honorífica. Todos los que seguimos a Jesús somos su discípulos. Pero tenemos distintos ministerios y funciones dentro de la iglesia.

Volviendo al ciclo de expansión de la iglesia, los «apóstoles» (misioneros) son enviados a abrir brecha en territorio donde todavía no hay discípulos de Cristo. Al llegar, desempeñan la función de «profeta», que si vemos este ministerio en su sentido etimológico, son «voceros de Dios». Esto es exactamente lo que requiere el inicio de una obra. Hay que predicar. Y al predicar, sabemos que la Palabra de Dios no retornará vacía, sino que habrá fruto. Y en esta etapa, el ministerio de «evangelista» (cosechar), se desempeña como función principal en el crecimiento y desarrollo de la iglesia en una localidad. Luego, los creyentes caen bajo el cuidado de «pastores» y «maestros». Y al ser sanamente enseñados que la tarea primordial de la iglesia es hacer discípulos a todas las naciones, en obediencia a Cristo, lanzan el ciclo en otros lugares, enviando «apóstoles» (o en nuestros términos, misioneros), y apoyándolos en todo sentido.



Figura: Ciclo de la expansión de la iglesia

Este ciclo de la expansión de la iglesia resulta, como Efesios 4.12 lo indica, en «la edificación del cuerpo de Cristo». Es un diseño dinámico que encara un proceso necesario para la expansión de la iglesia, el cuerpo de Cristo, y el cumplimiento de su misión de discipular a

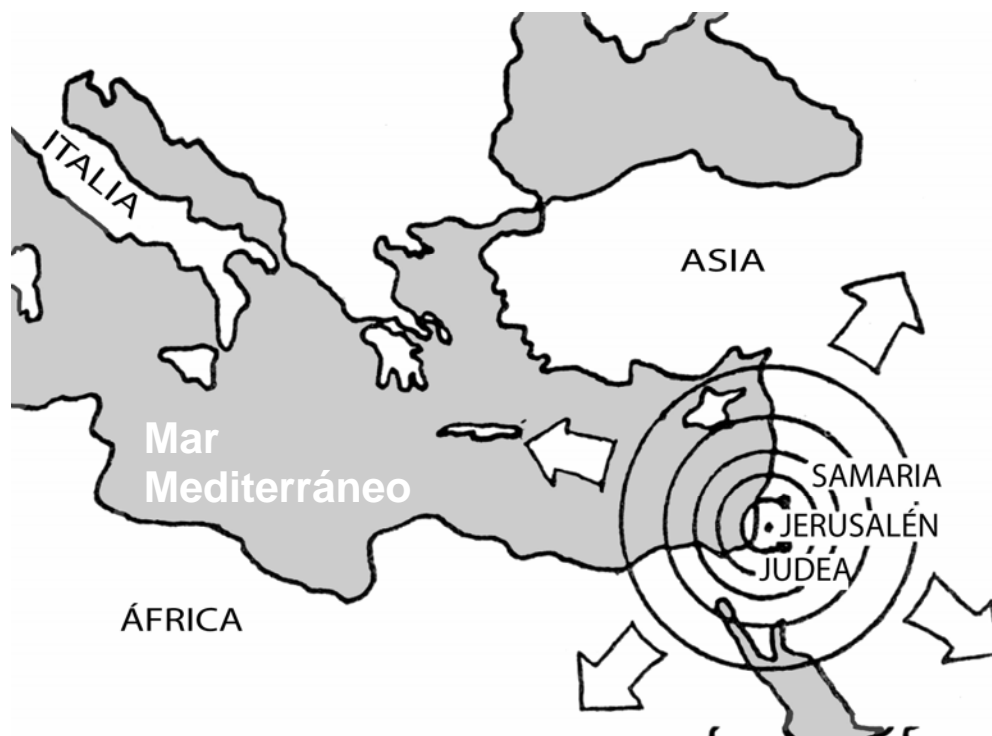
todas las naciones. Si lo pensaran bien, la mayoría de nuestras iglesias «locales» son fruto del esfuerzo misionero. Lamentablemente, con el tiempo, la mayoría se centran en el trabajo pastoral y de enseñanza, sin preocuparse por la misión mundial de Cristo. No entienden el ciclo de expansión, rompen esta dinámica establecida por Dios para la expansión de su reino, y esto produce un sinnúmero de problemas para la misma iglesia. Sin esta visión, el pueblo declina. La iglesia pierde un sentido sano de su razón de ser y muchas veces también pierde la bendición del Señor.

2. *¿Cuál fue el nuevo mandamiento que Cristo dio a sus discípulos? ¿Cuál debía ser el resultado del cumplimiento del mismo? (Juan 13.34-35).*
3. *¿Por qué es importante una comprensión de los ministerios de la iglesia como parte de un ciclo en el cumplimiento de la misión de Dios? ¿Qué puede resultar si se ignora esta dinámica?*

No existe ninguna duda razonable de que el cumplimiento de la Gran Comisión está confiado a la iglesia hoy en día. Por medio de sus discípulos, el Señor encomendó la tarea a la primera iglesia de Jerusalén y consecuentemente, a todas las comunidades de creyentes de todo el mundo que a través de los siglos se han reunido en reconocimiento de su soberanía. No hay iglesia, y nunca la hubo, exenta de esta gran responsabilidad y privilegio.

Los Hechos de los apóstoles

El libro de los Hechos registra lo que hizo Dios, por el poder de su Espíritu y por medio de la iglesia, en el transcurso del primer siglo. Sus personajes centrales son los apóstoles y su tema es el rápido desarrollo de la iglesia en Jerusalén, Judea, Samaria y los lugares más remotos del mundo conocido. La última parte del libro narra las actividades de los primeros equipos misioneros, comisionados por las congregaciones primitivas y guiados por el Espíritu Santo a través del apóstol Pablo. De este relato podemos extraer bastante, como para entender con mayor claridad todo lo que se refiere a la participación de la iglesia en el cumplimiento de la Gran Comisión. Analizar, a la vez, los métodos misioneros de Pablo también puede ayudarnos a determinar los principios fundamentales de su trabajo tan efectivo en este sentido.



La figura refleja el proceso del cumplimiento de las palabras proféticas de Cristo en Hechos 1.8.

Al estudiar ahora cuidadosamente el resto de este capítulo, le recomendamos que lea en su totalidad el libro de los Hechos. En lo que resta de esta lección, haremos referencia a pasajes de los Hechos que serán básicos para la comprensión de la obra misionera. Es muy importante para ello que se familiarice tanto con el contexto general como con el inmediato.

Las palabras proféticas de Cristo en Hechos 1.8, nos proveen de un excelente bosquejo para entender la dinámica misionera del libro: «Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra».



4. Vuelva al primer capítulo del Libro de los Hechos y lea desde el versículo 1 hasta el 11. En el versículo 6, vemos a los discípulos preocupados con la misma pregunta que le habían hecho a Cristo en Mateo 24.3. Teniendo en mente la respuesta del Señor en Mateo 24, escriba con sus propias palabras la contestación de Hechos 1.7-8.

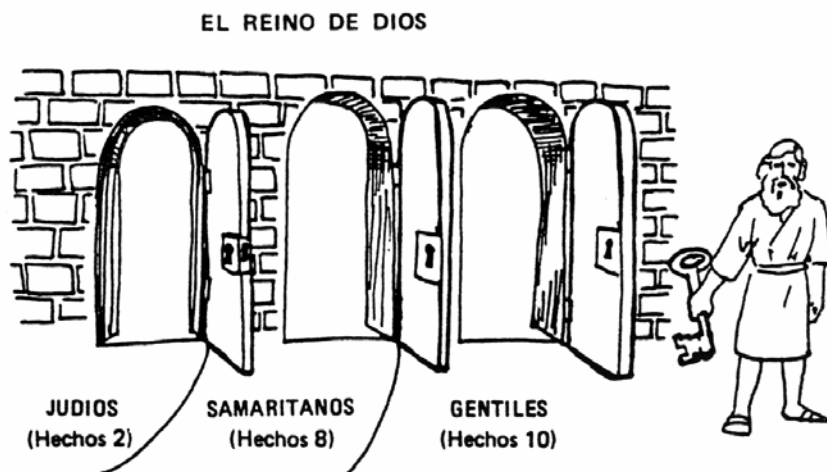
Con su respuesta, Cristo está recordando a los discípulos que ya les había dado la información que necesitaban para hacer lo que Él les había encomendado. Obediencia para su voluntad revelada era lo que Él esperaba. Ellos simplemente debían hacer como se les había enseñado. En Hechos 1.4, les había dicho que esperaran a ser llenados por el poder de lo alto. Los encontramos haciendo esto en la transición entre los capítulos 1 y 2.

5. Lea Hechos 2.1-13. ¿Cuál fue la primera manifestación funcional de la venida del Espíritu y cómo se relaciona esto con la Gran Comisión?

Con el envío del Espíritu Santo sobre los discípulos, Dios comienza una nueva era en el derramamiento de sus bendiciones sobre el hombre. «Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga... para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación». Las palabras proféticas del Salmo 67, que durante siglos fueron ofrecidas como alabanza de acción de gracias en la fiesta anual de Pentecostés, se cumplieron. Ese día, judíos devotos de cada nación oyeron las buenas noticias en su propia lengua. Pedro se paró en medio de ellos y presentó un poderoso y convincente mensaje. Tres mil almas se arrepintieron y fueron bautizadas. La iglesia de Jerusalén nació.

Los próximos capítulos describen algo de las bendiciones y de los problemas que confronta este expansivo cuerpo de la iglesia. Miles son añadidos a través del poderoso testimonio de los creyentes. Pero su rápido crecimiento conduce a problemas. Deben ser evidenciados el pecado y la hipocresía, como en el caso de Ananías y Safira (Hechos 5) y deben resolverse algunos problemas de organización, como el de reconocimiento de diáconos (Hechos 6). Pero, para cada circunstancia, el Espíritu provee sabiduría y poder.

No se hace mención de la extensión de la iglesia más allá de Jerusalén hasta el capítulo 8 de Hechos. Debido al testimonio y a la muerte de Esteban (Hechos 7) y a la gran persecución contra la iglesia en Jerusalén, los cristianos fueron esparcidos a través de las regiones de Judea y Samaria. Y por doquiera que fueron, predicaron la Palabra de Dios (Hechos 8). De esta manera, la segunda fase descrita por Cristo, en Hechos 1.8, comenzó a ser cumplida.



6. *Lea Hechos 8.4-17. Felipe, el evangelista, fue instrumento para alcanzar a los samaritanos con las buenas noticias, pero el apóstol Pedro también tuvo una parte muy significativa. ¿Cuál fue esta parte y por qué piensa usted que fue reservada para la visita de Pedro y Juan?*

En Mateo 16.19, Cristo ofreció a Pedro las llaves del reino. En Hechos 2, vemos a Pedro utilizando una de las llaves para abrir la puerta del reino a los judíos que se habían reunido para la fiesta de Pentecostés en Jerusalén. En Hechos 8, él usa la segunda llave al abrir la puerta del reino a los samaritanos, a través de la imposición de manos y la concesión del don del Espíritu Santo a estos «primos» de los judíos. En Hechos 10, usa la tercera llave para abrir la puerta del reino a los que no eran judíos en manera alguna, a los gentiles.

7. *Lea Hechos 10.34-48. ¿Por qué fue este suceso más significativo para el desarrollo de la evangelización mundial que la venida del Espíritu sobre los judíos en el capítulo 2? (Tenga en mente que hasta este punto la iglesia fue considerada una secta judía).*

Al llegar al principio del capítulo 11, la iglesia está lista para penetrar en la tercera fase de la profecía de Cristo en Hechos 1.8. En el capítulo 11, Pedro informa a la iglesia de Jerusalén que Dios también ha dado el don del Espíritu Santo a los gentiles. Aunque la noticia resultaba bastante difícil de escuchar para muchos de los judíos convertidos que aún eran algo etnocéntricos, el hecho fue reconocido: «Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a, Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!» (Hechos 11.18).

Era indudable: cada familia, tribu y nación tenía una puerta abierta para entrar al reino. A ninguno se le podía negar la ciudadanía del reino sobre la base de su nacionalidad o raza. Este hecho tuvo un impacto inmediato en Antioquía, la tercera ciudad más grande del Imperio Romano, donde muchos griegos habían creído en Cristo. Reconociendo la necesidad de colaborar con este trabajo creciente, la iglesia de Jerusalén envió a Bernabé, un hombre piadoso, lleno de fe y del Espíritu Santo (Hechos 11.24).

Después de ministrar en Antioquía por un tiempo, Bernabé fue a Tarso en busca de Pablo. Este era un judío fanático y lleno de celo, que había perseguido a la iglesia, pero que milagrosamente había sido convertido (Hechos 9). Habiéndolo encontrado retornó con él a Antioquía y ministraron allí juntos. En Antioquía, la iglesia fue reconocida por primera vez como algo más que una secta judía. Fue esta iglesia gentil la que presentó el argumento de la circuncisión al Concilio de Jerusalén. En ese histórico evento (Hechos 15), la proposición de que se debían adoptar normas culturales judías para ser aceptado dentro del reino de Dios, fue removida con bastante éxito. Debido a que esta iglesia estaba integrada por gentiles, la ciudadanía de Antioquía que la conformaba surgió con otro nombre. Así, fue allí que a los discípulos se los llamó por primera vez «cristianos» (Hechos 11.26).

8. *¿Por qué fue de gran importancia para la extensión del evangelio que las prácticas culturales judías no fueran asociadas con la conversión de la gente en discípulos de Jesucristo?*

Los primeros esfuerzos misioneros a los gentiles

El capítulo 13 marca el principio de la tercera fase de la evangelización, la cual Cristo predijera en Hechos 1.8 «...y hasta lo último de la tierra». La Iglesia había tenido éxito en la evangelización de Jerusalén. La persecución movió a los testigos dentro del resto de Judea y hacia la vecina región de Samaria. Pero, con la formación de la primera congregación gentil en Antioquía (los primeros en llamarse «cristianos»), y con el claro reconocimiento de que las buenas nuevas en verdad eran para toda persona, la iglesia comenzó a moverse con el propósito de enviar emisarios del evangelio más allá de sus propias fronteras culturales y geográficas. ¿Cómo se logró esto?

9. Lea Hechos 13.1-4. Describa con sus propias palabras cómo sucedió.

No hay muchos detalles acerca de los eventos precedentes a estos cuatro versículos, que pudieran haber ampliado nuestro conocimiento respecto de cómo llegaron a ser enviados Pablo y Bernabé. Pero, es claro que el Espíritu Santo tuvo una participación de mucho significado en ambas circunstancias: en el llamado de Pablo y de Bernabé para la tarea misionera (v.2) y en su envío (v.4).

Es también importante notar que el llamado y el envío no se hicieron al margen de la iglesia; por el contrario, aquella fue instrumento del proceso. No sabemos si el liderazgo de la iglesia en Antioquía estaba ayunando específicamente para discernir la mente del Señor en este asunto, o si el Señor simplemente aprovechó esta oportunidad para llamar a Pablo y a Bernabé. Lo que sí sabemos es que el Espíritu Santo habló a través de la reunión de los líderes de la iglesia y no sólo a estos dos hombres. También, sabemos que usó a la iglesia al comisionarlos a través de la imposición de manos y enviarlos posteriormente.

En los pasajes subsiguientes, vemos a Pablo y a Bernabé dando informes a Antioquía, «... de donde habían sido encomendados» (Hechos 14.26), y a Jerusalén: de donde Bernabé había sido originalmente enviado. Estos son pasajes muy significativos para nuestro entendimiento del papel de la iglesia local en la obra misionera. La iglesia no solamente funciona como un testimonio en su propia comunidad y en medio de su propia gente, sino que es el instrumento de Dios en el envío de mensajeros del evangelio a las personas que están distanciadas culturalmente o que se encuentran en lugares remotos donde no han oído las buenas nuevas.

Una vez enviado, la relación de los misioneros con quienes los envían no cesa. Deben responder a la iglesia de cuyo seno salieron por los trabajos que se les encomienden. El papel de la iglesia como enviada, la responsabilidad de los enviados, y una buena comunicación entre ambos, son algunos de los factores de mayor importancia en cualquier obra misionera que se intente.

La última parte del libro de los Hechos se relaciona con el trabajo que el equipo apostólico de Pablo sobrellevó luego de la comisión inicial en Antioquía. Doquiera que el equipo fuera, predicó la Palabra de Dios, enseñó a los nuevos creyentes y finalmente estableció ancianos en cada iglesia. A pesar de la persecución, las congregaciones locales que fueron establecidas, rápidamente aceptaron la responsabilidad de evangelizar en sus propias áreas. El trabajo era tan

efectivo, que en la medianía de su carrera misionera, Pablo podía aseverar confiadamente que el evangelio había sido completamente predicado a través de toda la región este del Mediterráneo (Romanos 15.19).

10. ¿De qué manera la iglesia de Antioquía fue un instrumento en la tarea misionera de Pablo y Bernabé?

B. El ministerio misionero de Pablo

Debido a su éxito en el establecimiento de iglesias, Pablo ha sido idealizado como misionero. Algunos pueden atribuir ese éxito simplemente a su relación especial con Cristo, de la cual disfrutó como apóstol. Nosotros no podemos negar que su conversión y algunos aspectos de su ministerio fueron extraordinarios. Pero hay muchos principios que Pablo usó en su ministerio, que son de gran utilidad aún para nosotros porque indican, fundamentalmente y en forma sana, cómo establecer iglesias. Al igual que Cristo, la compulsiva obediencia de Pablo para con su Señor y su voluntad, fue la causa real de su éxito.

El llamado de Pablo

Durante su defensa ante Agripa (Hechos 26), Pablo describe las circunstancias, que rodearon su conversión y su comisión como apóstol. Lea Hechos 26.15-19.

- 1. La palabra apóstol literalmente significa «uno que es enviado». ¿A quiénes fue enviado el apóstol Pablo?*
- 2. El versículo 16 traza su participación como enviado. ¿Qué tarea se le encomienda?*
- 3. El versículo 18 señala el propósito de su tarea y el funcionamiento de su papel como apóstol. Describa a ambos con sus propias palabras.*

Pablo tuvo la certeza de su llamado para el ministerio apostólico (misionero); él comprendió claramente la naturaleza de esta tarea y fue diligente en el cumplimiento de todas las instrucciones que recibió de parte del Señor. El convencimiento de su llamado lo fortaleció a través de cada prueba. El entendimiento de la naturaleza precisa de la tarea que tenía que realizar le permitió dedicarse a la tarea con gran flexibilidad. El poseer, a la vez, un profundo sentido de responsabilidad para con su comisión, fue la fuerza motivadora que estuvo detrás del cumplimiento de su tarea.

La preparación de Pablo

¿Qué hizo de Pablo un misionero tan efectivo? Una mirada a su preparación nos ayudará a contestar esta pregunta. Si comparamos su comisión con la de otros apóstoles, vemos que en esencia Cristo pidió a Pablo lo mismo que había pedido a los demás: que fuera su «testigo». Pero los otros apóstoles tuvieron las ventajas de un entrenamiento personal con Cristo y su ejemplo durante tres años. Así, en el momento de la conversión, el Señor dio a Pablo la misión y el entendimiento de la misma. Luego, usó los años siguientes a fin de prepararlo para la tarea a la cual lo había llamado. En Damasco, Jerusalén, Judea, Arabia, Tarso, las áreas rurales de Cilicia y finalmente en Antioquía, el Señor enseñó y preparó a Pablo para su trabajo en favor de los gentiles.

Es importante entender que aunque Cristo comisionó a Pablo en el momento de su conversión, tomó por lo menos siete años en su preparación para la obra misionera. Ciertamente, si miramos no solamente la vida de Pablo, sino la de algunos otros siervos de Dios, a través de los siglos podemos observar un patrón.

En primer término, la conversión fomenta un gran deseo de tener comunión con Dios y con otros creyentes, acompañado de un celo ferviente de compartir su testimonio. Al testificar con ánimo se produce persecución por parte de los no creyentes y a menudo también rechazo por parte de su familia y aún de otros cristianos. Como consecuencia de ese trato se inicia un período de retiro durante el cual el nuevo creyente aprende a reconocer su completa dependencia de Dios. En esta circunstancia, un fervoroso deseo de tener comunión íntima con el Espíritu Santo lo lleva a un estudio reflexivo de las Escrituras y a la oración. Finalmente, se le presenta la oportunidad de servicio bajo el liderazgo de personas con más experiencia seguida del surgimiento de su propio ministerio y llamado.

DESARROLLO DEL MINISTERIO DE PABLO				
Conversión y rechazo	Testimonio	Retiro	Entrenamiento efectivo	Ministerio
El camino a Damasco	Damasco y Jerusalén	Arabia	Tarso y Cilicia	Antioquía y Misiones

No estamos sugiriendo que esta es «una fórmula precisa» para producir grandes hombres de Dios. Él usa las circunstancias que rodean a cada creyente para producir su madurez. Pero es de mucha ayuda observar que el proceso de madurez de un creyente para un ministerio efectivo lleva tiempo, y a menudo está acompañado de pruebas y experiencias duras. La conversión y el llamado misionero de Pablo fueron extraordinarios y tuvo el mejor entrenamiento bíblico que se podía conseguir en su época. Pero aún así, Dios tomó bastante tiempo a fin de madurarlo para el ministerio y el liderazgo. Quizás Pablo estaba reflexionando en su propia experiencia cuando escribía a Timoteo aconsejándole «no impongas con ligereza las manos a ninguno» (1 Timoteo 5.22). Ciertamente, el proceso por el cual Dios está llevando a la madurez a un creyente debe ser muy evidente antes de asignarle el papel de líder en el ministerio cristiano.

Los elementos del mensaje evangelístico de Pablo

Cuando Cristo comisionó a Pablo, tal como está escrito en Hechos 26, no le dio simplemente un trabajo, sino que le dio los elementos básicos para predicar el evangelio efectivamente. Por cierto, si examinamos las palabras del versículo 18, y estudiamos el método evangelístico de Cristo con la mujer samaritana (Juan 4) y otros, observamos que ellas expresan principios que Él usó en su ministerio. Estos principios son universales en su aplicación y susceptibles de ser comprendidos en cuanto a su alcance. Pablo los usó en su ministerio y los mismos serán de mucha utilidad para nosotros si los entendemos y los aplicamos a nuestros propios esfuerzos evangelísticos.

Vea Hechos 26.18 y estudie cada una de las frases detenidamente:

Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.

- ***Abrirles sus ojos***: presentar el evangelio de tal manera que la gente lo pueda entender y relacionar con sus propias necesidades.
- ***Convertirlos***: persuadirlos al arrepentimiento para que reciban el poder de Dios para la salvación.
- ***Hacerles recibir***: explicarles la vida de fe y asegurarles su herencia entre los santificados.

El equipo misionero de Pablo

La estatura de Pablo como apóstol ensombrece el hecho de que él no trabajó individualmente, sino con un grupo de obreros que lo acompañaron. Este grupo, al cual llamaremos «equipo misionero», funcionó conjuntamente para alcanzar la meta de la evangelización y el establecimiento de nuevas iglesias. Aunque el equipo inicial fue originalmente comisionado por la iglesia de Antioquía, una vez enviado a la obra funcionó en forma semiautónoma. Aún así, sus integrantes siempre permanecieron responsables con respecto al cuerpo que los había comisionado para la tarea que desempeñaron; pero las decisiones diarias, la determinación de los objetivos específicos y las tácticas que usaron para alcanzar sus metas, fueron asignadas a los dirigentes del grupo, bajo la dirección del Espíritu Santo.

Esta semiautonomía hizo que el equipo tuviera su propio liderazgo y estructura. El liderazgo del equipo original estaba compuesto por Bernabé y Pablo. Un poco antes de la segunda jornada misionera, estos dos apóstoles se separaron por falta de acuerdo sobre la cuestión de llevar a Juan Marcos consigo. Este había salido con ellos en el primer viaje misionero pero pronto los había abandonado. Bernabé quería llevarlo de nuevo, pero Pablo no estaba conforme con esa decisión (Hechos 15.36-41). Después de esto el liderazgo del equipo misionero de Pablo fue compartido con Silas.

Durante la segunda jornada, otros se unieron al equipo misionero. En Listra, Pablo reclutó a un piadoso creyente llamado Timoteo, y se cree que Lucas se unió a ellos en Troas. Por doquiera que fueron atrajeron a convertidos que se mostraron deseosos de unirse al equipo misionero. El libro de los Hechos y las epístolas de Pablo hacen mención de estos colaboradores en la tarea. Estos hombres y mujeres fueron instrumentos en el éxito de la obra misionera: no solamente resultaron representantes de las personas que en cada lugar fueron discipuladas y

formadas para ocupar posiciones de liderazgo en sus propios pueblos, sino que además, fueron creyentes activos en los cuales Pablo pudo confiar, dejándolos encargados de las iglesias jóvenes para que las ayudaran y animaran en su desarrollo. Sin estos otros miembros del equipo sería muy dudoso que los esfuerzos misioneros de Pablo hubieran tenido tanto éxito.



De esta manera, Dios reunió un grupo de individuos de distintas nacionalidades y culturas, pero con el mismo propósito en cuanto a la gran obra de evangelización y el establecimiento de iglesias. No todos fueron oradores ni evangelistas; pero todos tuvieron un papel clave en el esfuerzo misionero. Veamos, por ejemplo, a Aquila y Priscila, dos creyentes que Pablo conoció en Corinto y que se dedicaban conjuntamente a la profesión de fabricantes de tiendas (Hechos 18). Cuando Pablo llegó a Corinto, luego de dejar a Timoteo y a Silas en Macedonia, aquellos lo recibieron en su hogar y le ofrecieron trabajo. Sin duda se desarrolló una profunda relación entre Pablo y esta pareja, porque cuando llegó el tiempo de su partida ellos lo acompañaron por el resto de su jornada misionera. Cuando Pablo arribó a Éfeso los dejó allí mientras él regresaba a Antioquía. La presencia de Aquila y Priscila en esa ciudad facilitó que el apóstol siguiera viajando confiado, ya que el trabajo continuó y se desarrolló bajo la dirección de ellos.

No tenemos evidencias de que Aquila y Priscila fueran grandes evangelistas o predicadores, pero sí sabemos que estaban dispuestos a servir en cualquier labor que Dios eligiera para ellos. Así, por brindar hospitalidad y trabajo a Pablo, ayudaron a establecer la iglesia de Corinto. Además, es indudable que aplicaron su profesión de fabricantes de tiendas para patrocinar la obra y aportar fondos para el equipo. Todo esto y el ocuparse de la tarea en Efeso, ya mencionada, fueron signos evidentes de su buena disposición para colaborar y de su fiel dedicación a la obra de Dios, quien les permitió ser instrumentos útiles para el desarrollo de la iglesia en esa región del mundo.

Las epístolas de Pablo hacen referencia a muchos otros creyentes que también se identificaron íntimamente con su tarea misionera. Cada uno de ellos tuvo una parte importante en el establecimiento rápido de la iglesia en toda la región del Este Mediterráneo. Fue mediante la colaboración y la participación de cada uno de estos individuos que el trabajo pudo continuar con gran eficacia. El éxito de Pablo fue por cierto el éxito de todos estos creyentes del primer siglo, y en particular, el de aquellos que formaron el núcleo del equipo misionero.

4. Vea Romanos 16. ¿Cuántos creyentes menciona Pablo como participantes de la obra misionera?

La visión misionera de Pablo

La palabra «misionero» es usada en una forma muy liviana en los círculos cristianos de hoy día. Algunos la han generalizado hasta el punto de afirmar que cada persona es un misionero